





B  
11754

Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid



Sig 20-7

20-5

$$\begin{array}{r} 11 \\ 14 \\ \hline 44 \\ 11 \\ \hline 154 \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 42 \\ 22 \\ \hline 64 \\ 5 \\ \hline 32^{\circ} \end{array}$$



entre docenas de chorizos -  
a 14, n.º 154, n.º

sesenta y quatro Libras de  
Jamón a 5, n.º 320

Mes de Julio

154  
320  

---

474  
100  

---

574

Mes de julio

8to año Comensal de pa-  
nones y chorizos 174, s.

Alonso Fernández de Villanueva

A. Asora





1547

1547

1547

1547





# Ydea de la verdadera Urbanidad.

escrita *no. 8. 2. 58*

por D.<sup>n</sup> Dionisio Sáenz Galínsoga Doc-  
tor en sagrada Theología por la Rl Uni-  
versidad de Toledo, su Catedrático  
que fue de Filosofía, y Regente sbs-  
tituto de la de sagrada Escritura,  
Cura propio que ha sido en vari-  
os Curatos de aquel Arzobispado, an-  
tes Canonigo de la S<sup>ta</sup> Ygl.<sup>a</sup> primada de  
las Españas, despues Canonigo de la de Mur-  
cia, examinador sinodal de su Obispado, y  
en la actualidad Abad de Castrojeriz  
Dignidad de la Metropolitana de  
Burgos.



Doctrina sua noscitur vir

Prov. 12.



---

## Advertencia preliminar

Este escrito tiene para mi la qualidad apreciable de escusarme de dedicatoria, y de prologo. Escusame de dedicatoria; porque no habiendo de salir á luz, es claro, que no habré menester acogerme á la sombra de algun illustre Mecenas, que con su autoridad me ponga á salvo de las lenguas de mal intencionados criticos; como si estos respetaran blasones, ó bastase la espada á reprimir calumnias. Ni necesitare tampoco para estimularlo á este vano empeño, fatigar mi fantasia en tegerle genealogicas glorias, de las que no suelen tener otro apoyo que la lisonja, ó apropiarle virtudes de que carece, con riesgo de que si tiene juicio,



y conoce la adulacion, abrazando el consejo de Oracio, me eche à coces de su presencia: quem male si palpere recalcitrat undique tutus:::

Excusame igualmente de prologo; por estar de manifesto la idea general de todo el en el principio del primer discurso, de sus principales partes, y prevenidos por mayor los reparos que pueden ofrecerse à la inteligencia del que leyere; y en el de los dos siguientes, la idea particular de cada uno, que es el fin de la institucion de los prologos, y aquel retrato fiel en miniatura, que quiere Plinio preceda à la obra, para que desde luego se comprenda su contenido; al modo que por la fachada de un perfecto edificio se viene en conocimiento à primera vista de lo que encierra interiormente.

No habiendo ademas de entenderme



con el publico, como dexo dicho, tampoco necesitare usar de las gracias de los Prologuistas en disculpar la osadia de imprimir con preceptos y agenas instancias; devil pretexto para cohonestar el arroso de sacar inadvertencia a publico teatro; o en lisongear (fiando en cortesias) la vanidad del Sector apellidandole benevolo, discreto y docto; como si el vulgo fuese monstruo capaz de alhagos, o Tuez que uso tal vez de clemencia; suerte que no merecio alguno, aun de los mayores hombres que tuvo el mundo.

Mi designio pues en la formacion de este papel es solo obsequiar con este tenue don al alto personage, a cuyos pies tengo la noble osadia de presentarle, en señal de mi profundo rendimiento, humilde respeto, y fino afecto a su esclarecidisima persona por su integridad, justificacion, piedad, y demas rele-



vantes virtudes y prendas que la ilustran.  
Si dignandose de recibir la oferta, lograrse  
la dicha de agradarle, si algun rato le de-  
xan libre para su lectura los bastos asuntos  
de la Monarquia fiados á su cuidado, que-  
dará mi vanidad cumplidamente satisfecha.

La moral Filosofia, que es el asunto de  
estos tratados, nada presentan de nuevo en  
quanto á la substancia, si solo en quanto al  
modo: si acexte á superar la arduidad, que  
pondera Plinio, de dar á lo antiguo alguna  
novedad: *res est ardua vetustis dare novita-*  
*tem*:: sabrá graduarlo, si gustase, la superi-  
or penetracion y juicio solido del doctissimo  
literato y Señor Ex<sup>mo</sup>; idea viva la mas exae-  
ta de verdadera urbanidad; en cuyos pies, es-  
pero de su dignacion, logrará mi escrito el  
mas acextado destino. Basta ya, y sobra de  
advertencia.



---

## Del trato civil en general

---

### Discurso primero.

#### S. I.

La idea que presento de la verdadera urbanidad, es claro no dirigirse al hombre solitario, que contra la inclinacion de su misma naturaleza, por la que es animal sociable, vive enteramente separado del trato humano. Quède èste en buena hora encerrado voluntariamente en su miserable prision de por vida; àme à su placer, por una imaginacion viciada, lo mismo que daña à la salud de su animo, de su cuerpo, y tambien à su opinion. El experimentará las funestas consecuencias de una melancolía, inseparable sombra del solitario, en la palidez del rostro



2  
y putrefaccion de la sangre, que le corrompa  
la vida y las costumbres: en la pusilanimi-  
dad del animo, y fanaticas imaginaciones,  
que le hagan objeto de risa, y de compasi-  
on: estara expuesto siempre á las sospechas  
de los malignos: quien le presumira, detenido  
en el retiro, de alguna enfermedad vergon-  
zosa; ó vivir fuera de la fee, como de la co-  
municacion de los hombres: quien le dara el  
titulo de Alquimista, ó le tendra por mone-  
dexa falso: por lo menos no podra eximirse  
del concepto de enemigo mortal de la Sociedad;  
y lo que es mas sensible, vivira privado del  
necesario auxilio de sus semejantes; de la  
participacion de sus conocimientos, faculta-  
des, y operaciones; y de la perfeccion del sa-  
ber, en la experiencia, juicio y mayor co-  
pia de luces, que se consiguen con el trato.

Dirigese solo esta idea de la verdadera



urbanidad al hombre sociable; amante del comercio politico con los demas hombres, y que aspira á captarse generalmente su benevolencia. Presentole el medio mas oportuno de conseguir su noble empeño; no solo individuando los defectos que pueden hacer molesta su conversacion, y trato, sino es tambien prescribiendo reglas para hacerle grato; asi generales que indistintamente deban observarse, como particulares; con determinacion al diverso modo que exigen las diferencias de edad, de sesso, profesiones, y qualidades.

El joven, y el anciano, el noble y el plebeyo, el Principe, y el subdito, el docto, y el ignorante, el Ciudadano y el extraño, el eclesiastico, y el secular, el hombre y la muger, el marido y la consorte, el padre y el hijo los hermanos, el amo, y el criado, hallarán aqui una norma breve, facil, y segura de



4.  
tratar generalmente á todas las personas de  
fuera, y dentro de casa; y de comunicarse con  
especialidad entresi; ante poniendo el trato  
publico al privado, por ser aquel el asunto  
principal.

Como la urbanidad es aquella virtud,  
que dirige al hombre en orden á hacer gra-  
ta su comunicacion en palabras y acciones  
con los demas hombres, la lengua y las cos-  
tumbres, serán solo los dos puntos á que es-  
ta idea se reduzca; exponiendo en el primer  
discurso el modo de proceder en el trato ex-  
terior con la lengua, y por lo general con las  
costumbres.

## §. II.

Utilidad  
del  
Silencio. Callar, y hablar son las dos cosas mas di-  
ficiles del mundo; y no es menos digno de  
admiracion saber callar, que hablar bien;



en esto, se muestra la elocuencia, y la doctrina; daie en lo otro, señal de gravedad y de prudencia. Conviene enfrenar el agradable quanto dañoso apetito de hablar; y acostumbrarse a tener mas cerrada la boca, y mas abiertos los oidos: aun por eso nos dió naturaleza una lengua, y dos orejas. En la conversacion se capta la benevolencia, igualmente escuchando, que hablando; y nos sentimos obligados, al que dá lugar a nuestras palabras: porque de poco sirve una lengua dulce, y eloquente, si con semblante atento no se oye lo que profiere.

Este silencio, se hace mas preciso en el ignorante; que si quiere aprender a hablar con inteligencia y juicio, debe oir al que sabe: cogerá el fruto de la paciència, en la virtud que se imprimirá en su animo, y en la gravedad de las sentencias; lo que mejor



se adquiere con la viva voz, que leyendo palabras muertas.

### §. III.

Provechos  
de la  
locucion.

Si es útil el silencio para captarse la benevolencia en el trato político, no lo es menos el buen uso de la lengua. Es esto retrato del animo; que da á conocer la interna qualidad del hombre, y sus costumbres. Quien quiera expresar con su lengua la diferencia del hombre urbano al inhurbano, en dos cosas principalmente debe procuraxlo; á saber: en la gracia, y gravedad de las palabras: hablandolo con elocuencia, y con prudencia. No se pretende, que haga en la conversacion familiar, de Demostenes y Platon; son raros en el mundo los oradores y Filósofos. Ni que se desvie de la natural, y comun forma de hablar con los ami-



7  
gos, y domesticos; usando de la fastidiosa pompa de palabras superfluas, translaciones, y figuras; si que se contente con expresar puramente su voluntad, sin afectacion, ni fatiga, segun pide la verdad desnuda; y en demostrar y hacer palpar las cosas con brevedad, y simples voces; siendo el oficio de la lengua servir solamente á los sentidos; y que siendo la cultura en el hablar el distintivo del hombre civil, del vulgar, cuide de exprimirla en la gracia, y gravedad de las palabras; esforzando con algun arte la naturaleza; que consiente metáfora, y perfeccion; con lo que no solo conseguirá agradar, sino tambien el persuadir y mover; lo que naturalmente desea todo el que habla; á cuyo fin es necesaria la hermosura de las palabras, y gravedad de las sentencias: siendo imposible penetrar el afecto del animo aquella expresion, que no alaga

7



8  
primero, ú ofende positivamente el oído: por lo que decía Biante; que se debe callar, quando no se tiene eficacia en el hablar.

#### S. IV

Hermosura, y gravedad de palabras, y sentencias. Mas de que modo se logrará esta gracia, hermosura, y gravedad en palabras, y sentencias? con gran facilidad: no ya recurriendo á las instituciones de la oratoria, si á lo mas usual, y frecuente de la conversacion familiar. Reducese esto, á poner un poco de cuidado en la accion, en la previa mocion del animo del que habla, en la cultura y ornato de las palabras, en los conceptos de la mente, y varia amena erudicion; atendiendo siempre á que sea de gravedad, y utilidad la materia de que se habla; con cuyo facil secreto se consigue el agradar, y persuadir.



Contiene la accion dos partes principales, Sonido de  
en el sonido de la voz, y el gesto, y en un re- la voz.  
quisito esencial, que consiste en la previa mo-  
cion del animo del que habla. Yo considero, que  
la primera parte de la accion, está puesta en  
el sonido de las palabras, ó en la voz; la qual  
debe modificarse, en manera que no ofenda los  
oídos; como las cuerdas de los instrumentos  
musicos, que tocadas en ciertas partes rechi-  
nan con ofensa del oído. Conviene no basar-  
la tanto, que con dificultad se oiga, como  
la voz de los hipocritas, que parece hablan  
con la boca de la muerte. Han de profexirse  
distintamente las palabras, con expresion de  
las sílabas; no al modo de los niños que  
aprenden á leer; lo que produce un indeci-  
ble fastidio. Mas no deben tampoco apresu-  
rarse, como mansar en boca de hambriento,



10  
que se devora sin masticalos. Conviene un  
temperamento medio; que ni queden opri-  
midas las palabras, ni expresadas fuera de  
medida: sobre todo, que se hagan oir las  
ultimas silabas, huyendo del vicio de hacer-  
las moir entre los dientes: como aquel  
que por temor de errar, ni *profexia tempum*,  
ni *tempus*. Hase de hablar francamente, sin  
tragar las palabras, y sin mostrar quexex  
volverlas adentro; al modo que hablan los  
amantes. Cuídase de extraer la voz dela  
garganta, que no parezca que tiene un  
manjar mui calido en la boca, ó que está  
sopocado del catarro; como de no abrir mu-  
cho la boca, llenandola de ayre, y hacien-  
do resonar dentro las palabras, como resue-  
na el eco en las cavernas.

La voz finalmente no ha de ser lan-  
guida, como la de un enfermo, ó de un men-



11.  
digo; ni canora como la de un Trompeta,  
á quien podría decirse lo que al otro: si can-  
tas, mal cantas, si lees, cantas. En el hablar  
no ha de ser la voz una misma; porque el  
deleite de la locucion, no menos que el dela  
musica, procede dela bien arreglada varia-  
cion de los tonos; la qual ha de hacerse di-  
cretamente, á tiempo, y segun la qualidad  
dela palabras, y sentencias.

Es de tanta virtud esta parte dela accion,  
que consiste en el sonido de las palabras, q.  
hace parecer al hombre lo que no es, ó mas  
de lo que es en realidad. Asi hai muchos, cu-  
yo razonamiento, aunque vano, y de bajo  
relieve, nada ordenado, y sentencioso, con todo,  
se hacen gratisimos, y logran credito de exce-  
lente labio; estrivando solo su eloquencia en  
el suave aliento, y dulce prolacion dela pa-  
labras; de cuya grata armonia, ocupados el

11



12  
animo, y el oido, no se atiende á mas. Por  
el contraxio hai tambien muchos, que aun-  
que su hablar es bien culto, y senato, con  
todo, por la infelicidad de su pronunciacion  
pierden la auctoridad, y la belleza sus pala-  
bras, y sentencias. Por lo que no es de mara-  
villar, se diga, que en las oraciones de Demos-  
tenes, si bien llenas de alta eloquencia y pru-  
dencia, falta la mayor parte de Demostenes;  
por que no puede oirse lo que se lee.

## S. VI.

Gesto del  
cuerpo.

Hablemos ya de la segunda parte de la  
accion, que consiste en el gesto. No es de po-  
ca importancia saber conservar en el cierta  
dignidad, que callando habla, y obliga con  
imperio á admirarla y venerarla. Requie-  
rese en el un temperamento por el qual, ni  
represente el hombre la inmovilidad de las



13  
estatuas, ni la inestabilidad delas monas;  
pues creyendo adquirixie con lo primero  
gravedad, da sospecha de una odiosa proso-  
popeya; y juzgando con lo segundo gran-  
gearse gracia, da señal de una reprehen-  
sible inconstancia.

No se quiere aqui advertir al que  
habla, que tenga la cabeza derecha, que se  
abstenga de lamer, ó morder los labios, que  
cuide de concertar los gestos con las pala-  
bras, como el bayle se acompaña con el so-  
nido del instrumento, y de la voz. Ni se  
propone al que oye, se guarde dela aspere-  
za de los ojos, delas contorsiones dela per-  
sona, de la intensa gravedad de las cejas, de  
la triteza del rostro, de mixarse al rede-  
dor, de hablar al oido, de reir fuera de tiem-  
po, y de otras cosas, en que parece se quie-  
re intimidar al que habla; ó mostrar, que

13



nos disgusta su conversacion. Esto seria  
querer trasladar el Galateo, con los avisos  
de los Maestros de Filosofia, y de Retorica.

Todo esto, aprendese mejor hablando, que  
leyendo. Quando habla alguno, comprehende-  
mos lo que agrada, y desagrada; y nos es fa-  
cil huir lo uno, y seguir lo otro; lo mismo  
que hablando nosotros, y notando a alguno po-  
co atento, de su misma desatencion pode-  
mos aprender el modo, que debemos tener  
en oir a otro quando habla. Bastara decir  
por ahora en orden a esta accion, que hade  
componerse en manera todo el cuerpo, que  
ni parezca hecho de una pieza, ni todo des-  
amudado: es decir, que ni se imite al Maestro  
de Ceremonias, ni al Fitixitexo.

## S. VII.

Pero en lo que sobre todo conviene se es-



15  
mere quien quiere con su accion conmover. *Mocion*  
â otro, que es el fin del que habla, es en sen- *interior*  
tixse primexo conmoverse â si mismo. *del animo.*  
que los afectos del corazon; hagalos compa-  
recer en los ojos, y en el rostro, y sentira-  
se el oyente conmovido. Quien pretende que  
otro se duela de su trabajo, dice Oracio, debe  
dolexse primexo; y quien quiere que otro  
llore, debe asomar antes las lagrimas â  
sus ojos. Ninguno comunica â otro lo que  
en si no tiene.

Ala accion externa debe preceder  
la interna; en modo que el sonido delas pa-  
labras, y los movimientos de la persona  
sean compeliidos de los afectos del animo.  
Quien tuviese pues la felicidad de un decir  
dulce, distinto, culto, y grave, y de descu-  
brir en los ojos, en el rostro, y en los ges-  
tos sus internos afectos, este guiara sin

15



16  
duda á donde quiera los animos de sus oyen-  
tes.

Conluyase pues, que no es menos nece-  
saria la elocuencia del cuerpo, que la  
del animo; y que antes bien es mas con-  
ducente aquella, que está al crédito del que  
habla. Confirma esto el egemplo de Apuleyo,  
reputado eloquentísimo, mas por el aspec-  
to, gestos y destreza de la persona, que por  
la copia de sus palabras; y el de Hortensio;  
que esmerandose mas en la cultura de su  
persona, que en la de su elocuencia, igno-  
rabase, si las gentes concurrían mas bien  
á mirarlo, que á oirlo.

### S. VIII.

Adorno de la locucion en orden á las palabras. De lo expuesto hasta ahora, tocante solo al sonido de las palabras, gestos del cuerpo y mocion de afectos, pasemos ya á hablar



de lo perteneciente al ornato de la locucion;  
de que es capaz qualquiera de mediano en-  
tendimiento. Vuelvo á decir, que no gusto  
de elevarme á coger los frutos que están en  
la copa de este grande arbol; sobre ser tra-  
bajoso, seria inutil para muchos: contento-  
me solo con estender la mano á aquellas  
pocas hojas, y flores, que están sobre la cabe-  
za.

Y porque la primera virtud es abstenex-  
se del vicio, guardarase, quien quiera que  
su conversacion sea deleitable, de abstenex-  
se de todo lo que inmediatamente se opone  
á ello: hablo de los defectos de la locucion,  
que no referiré por menor, por ser facil al  
que oye bien, discernirlos en el que habla  
mal. Insinuaré los mas principales: como  
el usar de mas brevedad de la que pide el  
razonamiento; omitiendo aquellas circuns-



18  
tancias, que para su entera claridad debían decirse; ó bien de superfluidad de palabras, que dan señal de vanidad, y poco juicio. En la multitud de palabras se descubren muchos defectos; y si el hablar mucho fuese señal de prudencia, debexia esta, decia un sabio, buscarse como peculiar en las Golondrinas.

Ni es menos fastidioso, que el hablar mucho, hacer como dice el Proverbio, de una mosca un Elefante: es decir: sobre un objeto digno de brevedad, formar un largo proceso; por lo que solia decir Agesilao, que no le agradaba el Zapatero, que á pie pequeño formaba Zapato grande. Tambien son defectos, en que inciden muchos por habito contrahido inadvertidamente, la repetición frecuente, é inutil de una voz misma; y la de aquel dice, dice, quando se habla.



19

por boca de otro; que tanto desdice; el presentar  
un, ahora bien, al principio de cada sentencia;  
y un, está VD; me entiende VD; al fin de cada  
Oracion; y lo que muele mas; enamorarse  
de alguna voz propia, u impropia, ó expreñion,  
y replicarla bien amenudo en la convexia-  
cion; como sino huviere otra forma de expli-  
carse.

De este, y otros vicios, deberá abstenexie  
quien quiera que su locucion sea grata y  
deleitabile; haciendo estudio de expresar las  
cosas con tanta claridad, que las haga ver;  
y tocar; usando de palabras acomodadas, sig-  
nificativas, y eficaces. Hai ciertamente al-  
gunos tan felices en esta parte, que qual  
otros Orfeos, y Amfiones, excitan con su va-  
rio razonamiento, variedad de afectos; y  
hacen del animo lo que quieren. Otros, por  
el contrario, quanto mas se afanan en



hablar con claridad y eficacia, se hacen mas oscuros, y menos gratos. Nace este error de la afectacion, de que debe huixse, como odiosa, y sin fruto. Mida cada uno sus fuerzas; y no quiera mas de lo que puede; pues como decia un Poeta; nunca hara' bien el hombre, lo que el cielo niega. Ultimamente advierto, que tan reprehensible puede ser el nimio estudio en el hablar, como el hablar inconsiderado; y en especial lo primero en cosas leves; y lo segundo en cosas graves. Quien tenga luz de juicio sabra' huir de estos extremos; y usar de palabras, y sentencias, mas, o menos graves, segun la diversidad de asuntos, y en consideracion de lugares, tiempos, y personas con quienes habla.

### §. IX.

La prevencion mas importante que pue-



21  
De hacerse en este particular es, que se traba- Adorno de  
se mas en las sentencias, que en las pala- la locucion  
bras; porque atendiendo ala pompa de por lo respecti-  
ellas, suele abandonarse el concepto, y el vo á las senten-  
fin del que habla: que es en sustancia dejar cias:  
la carne, por la sombra. Como no alimen-  
ta el humo de la vianda, ni paga el soni-  
do de la moneda, así no persuade el mero  
ornato de bellas palabras. Son raros, los que  
llegan á la excelencia de Focion; que en  
pocas palabras, encerraba muchas senten-  
cias: como que quisiese comparar este fe-  
vero sábio la locucion al dinero; que tan-  
to mas se aprecia, quanto es de menos ma-  
teria, y mayor valor. Quien no pueda con-  
seguir este raro don, sepa, que es mas reco-  
mendable una inculta prudencia, que  
una copiosa, y necia charlataneria.

Mas por que hai muchos, que abundan



do intexiormente de excelentes conceptos, no aciextan á expresarlos con la belleza del decir, se advierte que no pudiendo aprender de los Retoricos los lugares de donde se extrahe la variedad y copia de palabras, las figuras, y locuciones con que se ilustra el razonamiento, observe con diligencia el hablar de otros, ya en los libros eloquentes, y ya en el trato familiar entre personas doctas; y si bien en estos abundan mas estos adornos; como la naturaleza los haga florecer tambien aún en la ignorante Plebe, no debera dexar de ser tambien esta objeto de su cuidado. Notara mucha maleza, pero entre esta tambien mui cultas flores: sentencias, mote, fabulas, alegorias, similes, proverbios, y otros modos de hablar fuera del comun: recojalos y guardelos para su uso; conque lo-



23

grará maravillosamente agradar á los oyen-  
tes, que en gran manera se complacen de  
esta variedad y ornamento. Este es aquel  
poquito de arte con que yo decia, conviene  
auxiliar á la naturaleza y el modo de re-  
levar la habla desnuda, que nos enseñó  
Madre; cuya propiedad seguida siempre,  
fastidia.

Son loables en esto los que á imitacion  
de las Abejas, recogen la miel de varias flo-  
res, que leen, u oyen, la reponen en sus car-  
tapacios, abituandose á su uso, y hacen extre-  
mamente deleitable su conversacion. Son  
en parte loables, y en parte reprehensibles,  
los que sobre el deseo de agradar, aspiran  
al credito de sabios, contentandose con co-  
ger solo las flores de las ciencias; en muchos  
confusas, y sin orden, como colores en tabla  
de Pintor; son loables, porque para lograr.



24  
Lo es indispensable el estudio y trato con hom-  
bres doctos; y por el indecible consuelo que  
producen en nuestros animos con la varie-  
dad de su doctrina; y mas si se les junta la  
gracia de un decir pronto, y bien; no de otro  
modo que la primavera con su diversidad  
de flores nos causa un admirable deleite.  
Son reprehensibles, porque contentos con esta  
superficial erudicion, se privan de la exce-  
lencia de la gloria, y del maduro fruto de  
las ciencias, que se consiguen no ya con co-  
ger sus flores, si con condescender á la raíz  
de una, u otra sola; pues como decia un sa-  
bio: el vaxio leer agrada, solo el cierto apro-  
vecha; y que no esta en lugar alguno, el  
que esta en todos. No se entienda esto de  
aquella erudicion que por el enlace que  
tienen entresi las ciencias, es necesaria á la  
adquisicion perfecta de una sola.



A los Principes es á quienes unicamente puede convenirles mas bien esta superficial noticia de diversas lenguas, y ciencias, que la esquiuita de una sola; por convenir á su grandera qualquier mediano conocimiento de todo, al posible, debiendo tratar con muchas personas de diversos Reynos, y profesiones; como esto no impida la atencion al gobierno de sus Subditos.

### S. X.

Lo expuesto hasta ahora pertenece solo al deleite del oido; resta tratar de lo que concierne á la crianza, y costumbres, para dar una idea completa de la verdadera urbanidad. Poco aprovecha la cultura en el hablar, sino la acompaña la cultura en las costumbres. Debe qualquiera esforzarse en conformar las palabras con las



obras; y deberá suplirse la falta de belleza en el decir, con el candor de las costumbres. Así decía el gran Capitan Mario, orando delante del Pueblo Romano; mis palabras son mal compuestas; pero de esto poco cuido, mientras la virtud se manifieste. Aquellos tienen necesidad de artificio, que quieren con bellas palabras cubrir sus vergonzosas acciones. En conclusion; para ser perfectamente Urbano es necesario cuidar de ser Griego en la elocuencia, y Romano en las obras.

Quien quiera pues hacer su trato agradable á los demás hombres deberá practicar el divino consejo de Socrates; á saber: que el mas breve y facil camino de arriivar el hombre al credito, y á la gloria, es el de procurar ser tal, qual desea parecer. En la arduidad, que presenta la execucion



de este optimo documento (que nada hai difícil al que quiere) enemigo el hombre de la incomodidad, y del trabajo, recurre por lo general al facil arbitrio de la vana apariencia; con que imaginando erradamente hacerse grato, solo consigue hacerse odioso.

En esta vana apariencia puede incidirse de varias maneras: por ostentar saber lo que no se sabe; interrumpir al que habla; ligereza en responder; falta de veracidad; hablar de si mismo; y por el necio deseo de honra y estimacion. Siendo esta apariencia tan odiosa, conviene preescribir el modo de huirla, á quien desea hacer su conversacion grata, y amable.

## §. XI.

Con la pomposa apariencia de saber lo que no se sabe, pretende el hombre engañar la Vana obtentacion de sabiduria.



nar á los oyentes; pero se engaña por lo regular solo así mismo; y descubierta la ignoxancia, recibe el justo castigo en la xisa, y menosprecio. El modo de huirla es no dexar preceder la lengua al entendimiento; porque no es digna de hombre sabio aquella palabra que no está primero infusa en la mente. Así como la muger no se dexa ver sin consultar antes su adorno con el espejo, así el hombre antes de hablar debe consultar al espejo interior del animo, formando allá dentro las palabras, para que no parezca salir solo de la boca, ó ser mas casuales, que razonables. Con esta premeditacion, nadie se arriesgará á hablar de las cosas que no entiende, y evitará la mofa y el desprecio.

Este fué el error de Alexandro, hablando impertinentemente del arte en casa



de Apeles, á quien reprehendió el discreto Pintor, diciéndole al oído, que callase, ó hablase bajo, porque se reían sus oficiales; y el de Tolomeo disputando con un Músico de la Música; quien le responde, una cosa, Señor es el Cetso, y otra el Plectro. No es mayor gloria, decía un Sabio, discurrir de lo que se sabe, que callar en lo que se ignora. Es lo cierto, que cada uno debe hablar solo de su respectiva profesion.

## S.XII.

Introducirse en el razonamiento de otros antes de tiempo, ó de ser bien entendido lo que dice, y el interrumpir sus palabras, quitándoselas, como suele decirse, de la boca, es vicio odioso, y ofensivo al que habla; queriéndose mostrar, saber mejor que el, lo que pretende inferir. Debe pues contenerse

Interrupcion de otro razonamiento.



30  
el que oye, hasta que finalice el que habla; antes aceptare tal vez como nueva alguna especie, aun quando estuviere <sup>por</sup>terciado de ella: Esto un efecto de modestia y de buena crianza.

### §XIII.

Ligereza  
en  
reponder.

Pequeño error seria este, sino le hubi-  
guiese otro mayor en el diverso sentido en  
que se toman las cosas de aquel, que la  
impaciencia en oir, no dexó bien expresar;  
imitándose en esto al perro, que sintiendo  
abrir la puerta, sin saber si es amigo ó  
enemigo al punto ladra. De aqui lo  
altercados, y confusion que sobre vienen,  
y que oviaxia el oyente, si fuese mas dis-  
creto en esperar el fin. El impaciente en  
oir, es temerario en el juzgar; al modo  
de Juez precipitado, que profiere la senten-



cia, sin oir las razones de las partes. Estas conuexaciones donde todos se interrumpen, y hablan aun tiempo, representan las juntas de los tordos, y de los Grajos, que adunandose de tropel en un arbol, graznan todos juntos.

Querer decirlo todo, y no oir á nadie es una especie de tirania. El callar á tiempo, es mas loable que el hablar bien. Procure cada uno que su lengua muestre necesidad, antes que voluntad de hablar: una de las tres señaladas virtudes que recomendaron á un antiguo sabio: no haver jamas mentido, no haver dicho mal de alguno, ni haver hablado sin necesidad. En solo dos tiempos conviene hablar; de las cosas que se saben bien, ó de las que hai precision de hablar. En todo lo demas elisere como mejor el silencio, y mas oportuno para oir la odiosa apaxiencia y



captarse el agrado. Exceptuase hablar de cosas que se saben, quando son ajenas de la respectiva profesion, ó estan fuera de los limites de la opinion que se tiene del que habla. Fendrasele por un Quisore, al que entendiendo tal qual punto de Medicina, quisiere hacer de Medico entre los Medicos; y excitaria la risa, como la Solondina en el congreso de las Aguilas, quien conceptuado de incostante, se entrometiese á disputar de la fortaleza.

#### SXIV.

Falta de veracidad.

La sinceridad es sumamente laudable y necesaria en obras y palabras. Algunos faltan á ella, ó la adulteran por parecer lo que no son, y grangearse credito, con que descubierta el embuste, y artificio, irremediabilmente le pierden. Y aunque este



vicio, como dire' adelante, se cometa en varias maneras, pareceme del todo inoportable, quando se atribuye el hombre asi, lo que conviene á otro: imitando á la citorca que yendo en un carro por camino polvoroso se factaba de levantar un gran polvo: y á la otra que sentada en la hasta de un buey, y preguntada, que hacia, respondió que araba. Muchos tienen la insolencia de escribir como nuevas, ó propias muchas cosas, que son tan antiguas como el Caos, ó que se leen replicadas en muchos libros. Son falsarios, que se aplican el honor, y gloria de otros; pero reciben la pena de su pecado; (como la Cornesa, que osó comparecer en el congreso de las aves vestida de agenas plumas) en ser desposados, y escarnecidos. Debe venerarse la verdad, no violando su virginidad en modo alguno. Es tanta su delicadeza, que no solo



se hace reprehensible quien la altera en parte, sino tambien quien dice lo verdadero de difícil creencia. Aun por eso Alexandro á un Poeta que le adulaba en sus versos, diciendo que matava los Elefantes, echava á tierra los Edificios, y otras cosas, lo reprehende y manda se abstenga de escribir cosas, aunque verdaderas, excedentes á la comun creencia.

### S. XV.

Hablar de  
si mismo.

No basta para huir la vana apariencia el ser veraz, sino se abstiene el hombre de hablar de si, y de sus cosas; á no ser que la necesidad lo requiera. Por que aunque hable con verdad, y con modestia, de xa siempre sospecha de vanidad, y hace su conversacion menos grata. Para evitar este riesgo, es necesario no hablar de si



mimo, ni con alabanza, ni con vituperio;  
 lo uno es acto de soberbia y arrogancia; lo  
 otro disimulacion cortisana, ó de vileza. Uno  
 y otro error de nimia presuncion y descon-  
 fianza, dimanar de la falta de comunica-  
 cion politica: exerceite esta, especialmente  
 con personas sabias, é inteligentes; y la con-  
 ducta agena, y opinion comun servirán in-  
 dubitablemente al uno de estímulo, y al otro  
 de freno.

## S.XVI

Todo hombre desea naturalmente ser honrado, y estimado. Es cuerdo este deseo, y se logra quando se funda en algun mérito, y virtud personal: Es necio, y no se consigue quando está el sujeto destituido de uno y otro: antes sufre contraxio efecto su deseo, pues viendo no ser honrado, y estimado de

Necio desea de honra y estimacion.



los demas, se honra y estima á si mismo; enojado, se arma con la piel del leon, y se reviste de fiereza, con que solo se grangea el odio positivo, y el desprecio.

Si tubieren estos noticia del dho del Filosofo, que el honor consiste mas en el honrante, que en el honrado, advertirian no estar en su propia facultad honrarse á si mismos. Quien desea pues ser honrado y estimado por alguna señalada virtud, examine bien su conciencia; vea si realmente la posee; de la á conocer, y logrará se le xinda el debido honor.

Pero no basta ser honrado el hombre por la dignidad, ó virtud principal, sino procura tambien adquirirse la benevolencia: antes debexa' tenerse por enemigo de si mismo quien no se esfuerza por acumular, en licito modo, este precioso te-



soro. Consiquese la benevolencia de los ausentes con hacer de ellos en la conversacion honrosa memoria: asi como alabar al presente no carece de sospecha de adulacion, o interes, asi alabar al ausente es señal de amor sincero, y sano juicio; que llegando á su noticia, se siente dispuesto, y en precision de amarlo. Consiquese la benevolencia de los presentes con la afabilidad; instrumento el mas eficaz para atraher las almas.

Ninguna cosa nos aparta mas de la naturaleza humana, que la rigidez. Asi es que aquellos severos catones, dire mefox incultos salvages, de semblante adusto, de vista lobrega, secos de palabras, groxeros y descorteses son abominables á todos, y qualquiera les huye el cuerpo, como al que pasa cargado de espinos. Ni el vino acervo es grato



al gusto, ni la conducta desabrida al trato político. Ninguna cosa por el contrario nos acerca mas á la naturaleza humana, que la amabilidad; y es de manifesto, que aquellos hombres de aspecto alagüeño, de vista clara, y vivaz, de palabras dulces, atentos y corteses, atraen así los corazones de todos.

Debe con todo conservar cada uno la dignidad y decoro correspondiente á su agnidad; porque mostrar una ilimitada afabilidad, es exponer el tercio de su bondad, emblecarse á sí, indicar necesidad, ó adulacion, y dar motivo á la nimia confianza y falta de respeto. Son peligrosos los extremos; y no siempre ha de hacerse del tragico, ni del comico: debe conciliarse la familiaridad con la gravedad; y demostrar aún tiempo la grandera de Filosofo en la gravedad del juicio y de la vida, y la humildad del Chris-



tiano con la dulzura de palabras y costumbres; nacido todo de sincero afecto.

Si á esta virtud de la afabilidad se junta la otra hermana suya de la locosidad, entonces seguramente se consigue todo el fruto en la benevolencia que se desea. Es decir quando á la facilidad y dulzura de las palabras se agrega la prontitud, y agudeza de un decir festivo, completamente se logra maravillosamente agradar. En consideracion de lo grata, y útil que es á la humanidad esta ingeniosidad festiva, señaladamente para alivio de espíritus oprimidos de melancolia y graves penamientos, previniéron con empeño Rhetóricos, y Filósofos reglas que confirmaron con exemplos para adquirirla. No niego el influxo principal de la naturaleza: venié hombrer sabios de humor foso, faltos de prontitud y gracia: por el contrario idio-



tas, que con sus ocurrencias excitarian la  
 riya de un Hexaclito; pero tambien es cier-  
 to que pueden contribuir mucho el arte y  
 el estudio: puede mui bien el hombre de na-  
 tural rigido adquirirse con el exercicio  
 un havito de focosidad; y hai sin duda  
 algunos en el semblante y gestos graves  
 y severos, que en la conversacion son mui  
 graciosos, y festivos.

Constituida esta focosidad en su debi-  
 do medio, es tan grata, quanto son abomi-  
 nables los extremos; o de exceder en ella, que  
 en vez del titulo de gracioso, se adquiriera  
 el de pufon, y licencioso; o de ser tan xer-  
 vado que en lugar del concepto de sabio,  
 se grangee el de rustico, y de incivil. Debe  
 usarse con discrecion de tiempos, lugares  
 y personas; adaptando a los asuntos serios  
 palabras, y acciones graves; y festivas a



los que son puramente de placer. Cometerase de lo contrario un necio barbaquimo en las costumbres. Concluyase pues que la virtud y mérito personal es el seguro medio de parecer el hombre lo que es, y de conseguir su cuerdo deseo de honra y estimacion, y que el necio deseo de lograr este precioso fruto, sin otras qualidades, que las del amor propio y altivez, es un arbitrio vano y pernicioso, conducente solo á grangearse la abominacion y el menosprecio.

## S. XVII.

Quanto mas se reflexione sobre la expresada sentencia del Filosofo, tantos mas medios oportunos se ofrecerán sin duda al discurso de huir la vana apariencia, y de agradar en las acciones con la realidad del ser: al modo que se descubren mas numeros



de Estrellas en el Cielo, quanto mas se fixa  
 de noche en él la vista. Sentada la maxi-  
 ma de que tal debe procurar el hombre  
 ser, qual desea parecer, y constituida por  
 norma de sus operaciones, para nada necesi-  
 ta de este odiosísimo trampantojo. No de la  
 vana pompa de ridiculas ceremonias pa-  
 ra mostrar la sinceridad de un noble efecto:  
 de los fingidos artificios de la bassa adula-  
 cion para alcanzar la gracia, y el favor,  
 que *facilita* mas bien una honesta compla-  
 cencia: de la obstinada contradiccion á quan-  
 to se dice, para ostentar ingenio, que bri-  
 lla mejor dentro de los limites de la loca-  
 ble disputa: no de la murmuracion maligna,  
 bajo especie de caridad, que se califica  
 mejor con huixla, e impedir la; ni de la in-  
 discreta correccion de los defectos ajenos  
 para afectar prudencia, que puede mui



bien daxe á entender en la correccion de los defectos propios, y aun en la discreta correccion de los agenos. En suma aparecera lo que es; y con la realidad del ser cogera todo el fruto su deseo, en la conecucion del agrado, y la benevolencia.

Para facilitar la execucion á quien no dexan de hacer ardua la frecuencia de los enunciados vicios, y dificultad de hyperarlos, atendido el predominio que gozan sobre el corazon del hombre el amor propio, y la ambicion, hacerse preciso hacer de ellos alguna expresion, y de las reglas para ovialos; aunque con aquella brevedad que exige la concision de un discurso.

### SXVIII.

El uso de Ceremonias es indispensable al Uso de hombre urbano para captarse la benevolencia. Ceremonias.



cia; pero de las que son precias para indicar la realidad del amor interno, y honor externo, y no de las superfluas, que nada significan, y solo sirven de hacer al hombre ridiculo, y fastidioso. Por eso es necesario que á la afabilidad se junte otra virtud hermana, y compañera inseparable; á saber la discrecion: necesaria en todo, y con especialidad en el uso de ceremonias cortesanas.

Quiexen algunos sea superior discrecion no usar de ellas en el comercio politico; alegando el desagrado general; quando qualquiera confiesa ser enemigo de ceremonias: provenir estas mas de pompa, y vana apaxiencia, que de verdadero afecto: ser indicio manifesto de simulacion, y tan impropias en las cosas mundanas, quanto propias de las sagradas, y divinas. Ponderan la xia que causa vex á dos personas de lesos, sin oir su expre-



siones, hacer diversos actos de ceremonias con la cabeza, manos rodillas, y con las contorsiones de todo el cuerpo: al modo que excita la xia ver á distancia en un bayle, sin oirse el sonido, el vario movimiento de los que baylan. Y por ultimo, el tedio que causan la estudiada afectacion de unos, la desdenosa frialdad de otros, ó la necia eficacia de los que deshacen la Ceremonia en el hecho mismo de hacerla; compeliendo á viva fuerza el cuerpo, ó brazo del sujeto, para hacerle entrar primero en la estancia, recobrar el asiento, ó cubrirse la cabeza; siendo uno á penas entre ciento, quien practique debidamente las ceremonias.

Yo haciendo la debida distincion entre el abuso, y el uso, seguiré siempre á los que estan en favor de este; sin hallar dificultad en conformarme con un estilo que adop-



to tan oportunamente la sociedad; como  
 un distintivo del hombre civil, y medio efi-  
 caz de captarse la benevolencia: que tam-  
 bien las ceremonias mundanas tienen su  
 cierta fuerza con los hombres, como la  
 tienen con Dios las divinas, excitando nues-  
 tros animos á la devocion.

Es cierto que todos por lo general pro-  
 testan ser enemigos de ceremonias; pero  
 esto es solo en lo esterior, no en lo inte-  
 rior.

Realmente á ninguno disgustan; por-  
 que haciendose en señal de honor, á nadie  
 desagrada ser honrado; como ni tampoco  
 honrar á otro, por recibir despues por re-  
 flexion, parte de aquel rayo de honor  
 que se le dispensa. Puede hacerse sospecho-  
 so de simulacion, el que usa de ceremonias,  
 si; mas tambien incidix en la nota de



rustico, e incivil el que las omite.

Requiere se pues discrecion en el que las practica, y en aquel con quien se practican. En el primero: para que su practica sea de modo que con ellas de a conocer el afecto del animo, y otro tanto de amor interno quanto de honor externo, de otra suerte seran enfadosas, e indicio de un corazon simulado: que aun por eso pintan las gracias de mudas, queriend significar; que para adquirir amor, y gracia, es necesario transparentar el corazon candido, puro, y sin velo alguno de ficcion.

Requiere se discrecion en el segundo, reusando las ceremonias con modestia. Otra clase de Ceremonia y crianza, que encubre el deseo, y la ambicion, imitando el estilo de los Medicos, que reusan los dineros con la boca, aceptan con el corazon, y reciben con



la mano. Las ceremonias de los amigos deben reconocerse como efecto de crianza, no de obligacion; y precisado por alguno, á entrar primero en la estancia; ó á ocupar asiento superior, debe aceptarse; protestándole, que puede conocer lo mucho que le estima, quando le obedece aun en las cosas que le causan mas verguenza. Y aun quando se reconozcan las ceremonias como debidas, siempre debe procurarse que el amigo las excuse; queriendo que le profese mas amor, y le dispense menos honra.

Las ceremonias debexian usarse mas bien con las personas poco familiares, que con los verdaderos amigos. Mas donde se halla la verdadera amistad? Esta es como la Fenix, que qualquiera dice que la hai; pero ninguno sabe donde está. En la larga edad que tengo, no he podido aun



encontrar mi verdadero amigo, con quien  
 pudiere usar de aquella de mudada y sim-  
 ple libertad, que permite la amistad verda-  
 dera: si tal vez engañado de la apariencia  
 avance respeto á algunos el paso, bien prou-  
 to de engañado, huve de retirarle, resolviendo-  
 me á tratarlos con modos mas honrosos, que  
 amorosos: de cuya experiencia y observacion  
 del estilo comun, es preciso deducir que siendo  
 los hombres mas bien benevolos, que verdade-  
 ros amigos, conviene abstenerse de aquella  
 seguridad, y libre franqueza con que se pier-  
 de su benevolencia, y seguir el exemplo de las mos-  
 cas que tratan con nosotros, y comen de nuestras  
 viandas sin querer domesticarse con nosotros.  
 Es pues el modo expuesto, no la vana aparien-  
 cia el oportuno que sugiere la discrecion pa-  
 ra hacerse el hombre en este genero de accio-  
 nes mas agradable á los demas.



El mayor obstaculo, que se ofrece al hombre urbano, y mas dificil de superar en su deseo de complacer con sus acciones, es la detestable apariencia de la adulacion. Es este el arbitrio mas facil para lograr la benevolencia y el favor, pero es el mas ageno de un pecho noble. Todos por lo general vituperan la adulacion con la boca, pero no hai quien la aplauda con el corazon. Por duro que sea este, vemos por experiencia enternecerse al sonido de la lionfa. Esto consiste en que el demasinado amor propio adulando de continuo al hombre le hace creer ser mas de lo que es; o tal vez ser lo que no es; y por falta del debido concepto del merito, aceptan el oficio en buena parte; no teniendole por adulacion, sino por justa alabanza,



por digno apreciador de las cosas, al que la dispensa, adecuado á su concepto, benévolo, amigo, y por envidioso, y soberbio al que la niega.

Aun quando el adulador esté avitido de discrecion para conocer que la alabanza excede al merito, es tanta muestra vanagloxia, que antes le atribuye á exceso de amor, que á adulacion: ni aun en el caso que el adulador sea publico, (que el papel de gracioso, ó de truan no está reservado solo al teatro,) dexa de tener cavida la adulacion; por que se cree entonces, que aunque es adulador con los demas, no lo será respecto de si propio.

Si en el trato social pudiese privar tanto la adulacion, siendo esta la moneda, bien que falsa, con que se compra la benevolencia y el favor, como podria agradar con sus accio-



nes quien no adula? Sin embargo jamas debe usarse la adulacion, ni faltar á la verdad: sobran para grangearse la estimacion, mejor que el adulacion, arbitrios á la discrecion. Lo primero, no confirmar, ni rebatir todo quanto se oye: entre ambos extremos viciados esta el seguro camino del medio que siguen los que reusan agradar, ó desagradar en todo; aprobando, ó contrariando en debido modo, y con distincion de tiempos, lugares y personas.

Lo segundo, no alabar jamas á alguno en su presencia, ó como suele decirse en su barba; por que como decia un famoso Poeta Griego; quien dice mal de mí ausente, no me hace infamia; quien dice bien de mí presente, dice mal de mí. Y porque algunos estiman por envidioso y soberbio á quien no los alaba, con ellos es necesario



53

proceder de otro modo, que es imitar al  
peixe de Egipto, que bebe en el Nilo, y hu-  
ye: es decir, mostrarse conoedor de sus me-  
ritos, y excusarse de no querer alabarlos  
en su presencia, por no ser tenido por adu-  
lador; dexandolos con este poco de azucar  
en la boca.

No debiendo el hombre urbano usar  
de la adulacion, por ser indicio manifesto  
de vileza, tampoco debe consentirla por ser  
indicio claro de vanidad. Pero como en re-  
futar la adulacion esta el riesgo de desagra-  
dar al que la usa, graduandole de adulator,  
por tanto no es menos necesaria la discrecion  
para repelexla, que para dispensarla. Con-  
viene pues al hombre urbano tener igual-  
mente cerrada la boca para no adular, que  
el oido para no escuchar la adulacion; por  
que quien atiende al adulator imita ala



Oveja queda leche al lobo.

El modo de proceder con el adulador es el siguiente. Lo primero, quando ve que este quiere levantarle en alto con sus alabanzas, debe suplicarle con gracejo, que le dexse quieto en tierra: que á quexer alabarse así mismo, no necesitaba de que otro le alabase. Lo segundo, quando conoce ser sobre excedente al mérito la alabanza deberá decir al lisonjero: partamos como buenos amigos, quedandome con la mitad para mi, y reservandoos la otra mitad para vos: siendo cierto que en la lisonja siempre suele mezclarse alguna parte de verdad, con la mentira.

Lo tercero, quando en ocañon oportuna, se le da en su cara alguna alabanza verdadera, legitima, y fundada sobre alguna notable accion; por no hacerse sos-



pechoso de sobervio con su silencio, deberá  
contextar con reflexir á Dios aquella ala-  
banza, como á causa de todos los bienes;  
ó con disminuir la gloria, haciendo parti-  
cipe de la alabanza al que la da, u á al-  
gun otro, como lo hizo Pirro, que volvien-  
do de la guerra victorioso, y oyendo llamar-  
se águila por sus soldados, respondió dis-  
creto: si yo soy águila, es porque vosotros  
con vuestros brazos y armas me habeis  
ensalzado, y sostenido. Feliz en fin es aquel  
que no adula, ni es adulado, que no enga-  
ña, ni es engañado, que no hace mal, ni  
le padece.

## §. XX.

La porfia es un vicio contra puesto al Porfia.  
de la adulacion. Con esta se proporciona  
el lisonjero la gracia y el favor, usando



de una vil condescendencia; con aquella  
la desgracia, y el disfavor, practicando  
una bestial contradiccion: y solo en una  
cosa convienen: en interuenir en uno  
y otro la apariencia: en el lisonjero de  
un amor, y amistad, que no hai: en el  
porfiado de una superioxidad de talento  
y ciencia de que carece.

El porfiado es un fatal espíritu de con-  
tradicción á todo quanto oye hablar sin  
excepcion de tiempo, lugares, asuntos y  
personas: empenado en que prevalezca  
su dictamen, y en quedar siempre enei-  
ma como el Aceite. No hablo de aque-  
llos ingenios peregrinos, que por subtili-  
zar el ingenio, y aclarar la verdad con  
el exercicio de la disputa, sostienen sin-  
gulares opiniones, contra las comunes:  
no son estos contenciosos, sino virtuosos



dignos de alabanza, y merecedores del gusto, y admiracion con que son oidos en las conversaciones; por que aunque se apartan de la verdad, no de la razon aparente: lo que aprueban con la lengua, lo desaprueban con el corazon: sus miras se dirigen solo a mostrar la vivacidad de sus talentos; y por lo que hace a la disputa, aunque parece discordan en las palabras de la opinion agena, con el licito contraste de sus argumentos, no discordan en el amor, y mutua benevolencia; antes van de acuerdo buscando la verdad; a semejanza de los que hacen las cuerdas, en que no obstante que uno tuerece al contraxio del otro, se acordan sin embargo en orden a la intencion, y fin de la obra.

Hablo solo de aquellos insensatos, de quienes es propio el vicio de la contencion;



los quales no con animo de disputar, y de exercitar el ingenio, si con desprecio y arrogancia dicen cosas por ignorancia u obstinacion, no solo contrarias á la verdad, pero que ni aun tienen apariéncia de razon; y son semejantes á los hereges, que aunque convencidos con evidentes razones, jamas ceden; antes bien no pudiendo desquitar los golpes, montan en colera, y tal vez por cosa de poquísimo relieve, convierten la amenidad de la conversacion en campo de batalla.

Nace este abominable vicio de una madre con dos hijas: de la ignorancia con el amor de si mismo, y la persuacion: quien nada sabe, piensa saberlo todo; y tiene por sabiduria su ignorancia. El primer capitulo de los necios, es el tenerse por sabios. No hai cosa mas facil, que el engañar-



59  
se así mismo; y el sabio nos amonesta, que no  
queramos ser sabios en nuestra opinion: cien-  
cia con razon llamada diabolica; y á la vex-  
dad quien mas sabe, menos presume, y cede  
á la razon; por lo que no es de admirar, que  
el vulgo ignorante esté lleno de contenciones:  
así el contrastar sin fundamento de razon,  
es fatigarse para grangearse el odio.

Para evitar esta vana peligrosa apari-  
encia, se prescribe al hombre urbano el modo  
de proceder con los contenciosos. Quando se co-  
noce, que el contrastar al amigo, no solo <sup>no</sup> bas-  
ta á hacerle conocer la razon, sino que pue-  
de originarse algun disturbio, es mejor con-  
descender, que romper; seguir su humox, á no  
ser que de callar haya de seguirse mayor  
escandalo. Quando el hombre abandona la  
razon, y se dexa vencer de la ira; debe sos-  
tenerse su defecto con nuestra prudencia,



60  
siguiendo el proveyo, de no coxtar el fuego  
con el hiexo; que á veces la prudencia debe  
dar lugar á la temexidad.

El mejor modo de conducirse con estos ca-  
bezas de cal y canto, idolatras de su opinion,  
es el no contender en modo alguno con ellos.  
Quando alguno quiere empenax á otro en el  
litigio, debe decixeler: amigo no gusto de ques-  
tiones: me contento con lo que sea de vuestro  
agrado: como aquel que preguntado por  
un porfiado, qual de los ojos alcanzaba mas  
largo, si el derecho, ó el izquierdo; le respondió  
con prontitud discreta, por ovir la disputa,  
el que tu quieras.

Estas y semejantes respuestas, exivi-  
das con destreza, tienen una admirable fuer-  
za para hacer que el porfiado reconozca su  
yexo. Sobre todo, el sabio sufra al necio  
contencioso, por evitar el riesgo de qualquier



61  
contrario efecto; y por no hacerse semejante  
á el, tenga presente aquella sentencia: sufi-  
riendo vence aquel, que vencer puede. Sabemos  
que es muy útil, ceder á veces, algun tanto de  
muestra razon.

### §.XXI.

Como la murmuracion es una apaxien- Murmu-  
cia grata, sin dexar de ser odiosa, es facil in- racion.  
cidir en ella, y de consiguiente en el desagrado  
que debe oviar el hombre urbano en sus obras.  
Aun por eso la murmuracion es tan frequen-  
te en la sociedad; excediendo el numero de  
los murmuradores al del av moscar por Ju-  
lio, y siendo aun mas dificil librarse de su  
punzadura, por bien que se obre.

Es en la realidad el vicio de la murmu-  
racion una apariencia, exerciendose esta  
por lo regular con el disfraz de alguna vir-



tud, ó de otro especioso pretexto: de amor á la verdad, de compasión á la flaqueza humana, de caridad cristiana, y de otras ridiculas pretextas, de que se sirve ingeniosa la malicia para preámbulo de la murmuración; ó bien como de estribo para las coplas en que canta el murmurador los defectos ajenos: medio eficaz de llamar la atención, disponer la credulidad, y lograr mejor el nuestro intento.

Es grata la murmuración; por que nuestra viciada naturaleza nos inclina á oír con singular placer las faltas del próximo, á causa de aquellos dos grandes enemigos domésticos, que confurados contra nosotros, nos hacen dolernos del bien ajeno, y querer parecer solos nosotros hombres de bondad, y de valor.

Aunque familiar, y grato este vicio, no



desa con todo de ser odioso: ya se considere en si mismo, por su gravedad y funestas consecuencias; ya con respecto á nosotros; porque ninguno lleva en paciencia el ser murmurado. Asi, no solo por estos Capítulos es aborrecida la murmuracion, sino tambien el murmurador: como lo convence el exemplo de Lorenzo Vala, que habiendo sido en sus mordaces satiras el mas vergonzoso embelezo, y admiracion, no otra que el odio, y desprecio hacia su persona, hicieron fixar aquel Epitafio en su sepulcro.

El Vala que viviendo á todos guerra hizo con su decir, yace aqui, y calla; antes aun muerto aqui, muere de la tierra. Es el murmurador; por la espada aguda y veneno mortifero de su lengua, odioso á Dios, dice S.<sup>n</sup> Pablo, y la abominacion de los hombres, en sentir de S.<sup>n</sup> Bernardo. De



teste tan monstruoso vicio el hombre urbano. Jamas se oiga en sus labios respiracion que pueda empeñar la fama ajena. Su lengua siempre dulce, discreta y eloquente, á modo de culto sardinero, cosa flores de alabanzas, sin tropezar jamas en las espinas de las faltas del proximo. Esta generosa prenda le grangeará un sumo honor, y en especial el corazon de los hombres.

Y siéndole inexcusable el trato con los murmuradores, por que al fin el uso comun enemigo á veces de la razon los tolera en el comercio politico, se hace preciso insinuarle algun oportuno defensivo, para conservarse intacto del veneno de sus rabiosas serpentinadas lenguas; al modo que lo usan algunos animales, que tienen necesidad de combatir con serpientes, comiendo



ciertas hierbas, que tienen virtud de reprimir, ó mortificar su veneno.

Quando el murmurador desata su maldiciente lengua para hexix á alguno, conviene bassar los ojos, y mostrar displicencia: siente el murmurador pruxito en su lengua, quando le advierte en nuestros oidos; y se abstiene de su mal hablar quando nos conoce duros á oirle. No se plantan las saetas en la dura piedra, ni en la infecta semilla de la detraction se arroja, sino al terreno blando, y acomodado á recibirle.

Está por decidir, si sea mayor pecado el oir, que el hablar mal; lo cierto es que tolerarlo respecto al hombre de bien, es una manifiesta injusticia; que quien oye con semblante grato, al murmurador le dá ocasion de pecar, y á que se sospeche detractor el que oye; conduciendo de este modo un



ciego á otro ciego, ambos se precipitan en el oyo. Cerrando pues el hombre urbano el oido, enfrenará la lengua del maldiciente, y se grangeará el credito, y afición de los hombres de sano entendimiento.

Assi como el acto de justicia no consentir, que se hable mal de otro, tambien lo es de grandeza no hacer asunto del que se dice de nosotros. Igualm<sup>te</sup> favorece ser vituperado del malo, que ser alabado del bueno. Sacare sin duda de la lengua del maldiciente algun provecho; al modo que de las sierpes venenosas suele extraherse algun oportuno remedio; procurando mejorarnos en lo que se dice de nosotros. Seamos señores de nuestros oidos, como lo son los detractores de sus lenguas; imitando al grande Alexandro en esta tolerancia; quien entendiendo que se censuraba su conducta



67  
respondio con sabia, y regia modestia, que  
el oficio del Rey era obrar bien, y oír mal;  
y tambien á Augusto, que no usaba de otra  
demostracion de venganza con sus detracto-  
res, que la de decir, que en una Ciudad li-  
bre, debian ser tambien libres las lenguas.

Pero si es malo obscurecer la fama de  
las personas privadas, lo es incomparable-  
mente peor obscurecer la de los Principes,  
y naturales Señores; y merecen el odio gene-  
ral; por que como no todos tienen el estoma-  
go de Alexandro, y Augusto, les dan con  
hablar mal, ocasion de mudar de costum-  
bres; provocando su enojo, haciendose de be-  
nignos, y humanos, asperos y crueles; sin  
que obste el ser malos, y ducolos, quando no  
nos exime de su obediencia, y respeto el di-  
vino precepto, si antes expresamente nos lo  
manda.



Correccion de  
los defectos  
agenos.

El amor al proximo se toma de ordinario por pretexto para la correccion de sus defectos; pero el verdadero motivo en la realidad no es otro, que la vanagloria, y deseo de aparentar sabiduxia, y prudencia. Mas el que siguiendo la maxima de Epitecto, desea ser mas bien que parecer, hallará que se manifiestan mejor la Sabiduxia, y prudencia en la correccion de los defectos propios, que en la de los agenos, o en la de estos, no ya haciendo del momo, con xia y menosprecio, sino con modestia, y discrecion. Es necesario pues que el hombre urbano esté avistido de prudencia para la correccion de los defectos.

Estos pueden ser en dos maneras: unos que están á punto de cometerse, y otros que ya están cometidos. Los primeros deben



impedirse para que no se cometan: de los segundos, unos deben excusarse, y otros acusarse. Si se echare de ver pues en la conversacion, que dá uno en alguna dificultad de difícil salida, y que puede errar en las palabras, ó en el sentido, será oficio del hombre urbano, como al que tropezara en una piedra, y va á caer, detenerlo para que no caiga, y cayendo excite la risa, y quede avergonzado; cuya demostracion de aprecio de la persona, y celo de su honor es sumamente eficaz para captarse su amor y benevolencia; al paso que lo es para grangearse su indignacion y odio qualquiera culpable omision, palabra ó signo externo de desprecio.

Ninguno es tan civil, que se considere merecedor del desprecio: despreciar á otro es vicio y peligro; acto de mala crianza, y riesgo de experimentar la misma suerte;



porque como da el asno en la pared,  
 así recibe. Esto suele experimentar con es-  
 pecialidad el insolente y temerario, que  
 sin conocer á la persona, al parecer de co-  
 to alcance, graduando al faballo por la si-  
 lla, se propaña á burlarse; sin advertir que  
 debajo de un ropage tosco, suele ocultarse  
 un noble y vivaz entendimiento. Esto conven-  
 ce el egemplo de cierto joven aldeano, que  
 viniendo á la Ciudad en compañía de al-  
 gunas mugeres, y diciéndole un Ciudadano  
 licenciado, que habia tomado por oficio con-  
 ducir muchas cabras al mercado, le res-  
 pondió con agudeza; antes llevo pocas, donde  
 hai tantos hai tantos cabrones: lo mismo  
 que demuestra á cada paso la experien-  
 cia en el vergonzoso castigo de su orgullo,  
 que muchos reciben con una sabia inesp-  
 rada respuesta de aquellos á quienes quisie-



ron insultar; confiados en una apaxiencia de necesidad en semblante y gesto.

Si el yerro de palabra, ó de obra está ya hecho, ha de atenderse á si proviene de inadvertencia, ó de vicio: lo primero, será oficio del hombre urbano escusarlo, ó cubrirlo con la misma prudencia sin burlarse. Como es abominable mostrar de lo bueno, lo es tambien cruel, y odioso mostrar de lo malo. Lo segundo debe reprehenderse, pero con suma prudencia y discrecion. Debe observarse el Divino precepto de corregir al amigo á solas, pero con prudencia; usando de algun honesto engaño: ó mezclando la amargura de la reprehension, con la dulzura de alguna alabanza, ó mostrando culpar á otros de los defectos que están en el que se desea corregir, ó introduciendonos en la reprehension, significando estar tambien pasci-



dos del mismo defecto; por manera, que la correccion sea grata al sujeto, y no quede mas estrechamente agradecido y obligado.

Finalmente, en la reprehension debe atenderse á la qualidad de la persona, al lugar, al tiempo, y á como enté el sujeto dispuesto á recibirla. No debe el joven reprehender al anciano, ni el plebeyo al noble. Tampoco el que está poseído de algun vicio debe reprehender á otro del mismo vicio; por que segun el adagio, quien escarnea á un cofo, debe andar derecho. Ni al colérico ha de reprehendersele en el acto de su colera, ni en presencia de otros.

### S.XXIII.

Opondrase me contra lo que llevo dicho en este discurso, que la dulce amabilidad del



hombre urbano está expuesta al desprecio: tambien diré que la rigida gravedad del hombre incivil está expuesta al odio: una y otra siendo extremadas, tienen los inconvenientes insinuados en el S.X.V. envilece aquella al fujeto, privándole del aprecio y respeto que se merece: arriega sin duda el tesoro de su bondad, quien le franquea de maniada. Hacele esta abominable, desviándole de nra. naturaleza, de quien es propia la humanidad; por lo general desagrada la vida que sabe al humo. Conviene pues seguir el camino seguro del medio; expresando una humanidad grave, y una grave <sup>dad</sup> humana. segun aquella sentenciã, que así en el hombre como en el vino deben atemperarse lo enfuto con lo dulce.

Opondriame tambien, que adoleciendo los hombres por mayor de los expresados vi-



cios, parece deba preferirse al trato politico la soledad, cotejada la dulce tranquilidad que en esta goza el animo, con el intolerable fastidio que aquel le produce con semejantes hombres. A que respondo: que hai trato por acaso, y trato por eleccion: no nos precia el trato por lo general á buscar para conversar á tales personas, si solo á tolerarlas, si las casualidad las presenta: basta solo elegir para nuestra familiar comunicacion á las que mas se conformen con nuestra complexion, y mas se incline el animo por su virtud y bello modo: á estas es preciso sufrir con prudencia algunas ligeras faltas, como ellas tienen que sufrirlas á nosotros; sin las quales ninguno vive; por que virtud, ó bondad perfecta, asi como sanidad perfecta, es muy rara en el mundo. Conviene amar al amigo con su defecto; y qualquiera



que se elija para el trato, por alguna apari-  
encia de virtud, bondad y rectitud de opera-  
ciones, lo que basta, sufrir sus faltas; antes  
mostrar que no se notan, y formar buen con-  
cepto.

Quien quisiere captarse la gracia en  
el comercio politico, necesita casi despojarse  
de sus propias costumbres, y mostrar vestir  
las ajenas, imitando a los demas en quan-  
to la razon lo permita: ser siempre uno mi-  
mo en orden a la honestidad, y decencia; y otro,  
respecto a la diversidad de personas con quie-  
nes haya de tratarse; siguiendo aquel anti-  
guo dicho: el rostro en todo semejante al Pue-  
blo, el corazon en todo desemejante. Quien asi  
no lo hiciere, o se disponga a hacerse odioso,  
o remediarse a abandonar el trato civil, pidi-  
endo a Dios con el Caracol (segun cuenta la  
fabula) que por huir los malos vecinos y com-



pañias, le conceda la gracia de llevar conmigo su Casa.

Opondraseme por ultimo, que el empeño de captar generalmente la benevolencia, es un empeño rayano por su dificultad humana, á lo imposible, no habiendo hombre alguno tan cumplido en virtud y bondad, que no entee sugeto á la embidia y á la calumnia: siempre deberá ser mui escaso el fruto que le proporcione su urbanidad, atendido el numero innumerable de malignos, y murmuradores. A que respondo, que el complacer á todos es un privilegio hasta ahora á ninguno concedido; siendo cierto, que ni aun el mismo Jove agrada á todos: atiendase pues á complacer á los buenos, sin hacer cuenta con lo que dicen, u opinan de nosotros los malos; cuyas punzadas no ofenden la bondad, y la inocencia; que tambien el Di-



vino Filosofo nos aconseja, que no penemos  
 en lo que piensan y dicen de noso-  
 tros los muchos, si solo en lo  
 que juzgan y hablan de  
 nosotros los hombres  
 de sano, y justo  
 entendimiento.



Este es el oficio de un hombre  
 en lo que piensa y dice de hoy  
 con los hombres, si solo esto  
 que juzgan y hablan se  
 no fuera la honra de un  
 hombre de bien y justo  
 que con su pluma y su voz  
 no sea ligero a la envidia y a la calum-  
 nia: antes al contrario, el fruto  
 que le proporciona la verdad, siendo  
 el número innumerable de malignas y ven-  
 maderas a que responde, que el compa-  
 cer a todos si un punto ha de ser  
 a ninguno condesciendo, siendo cierto que ni  
 aun el mismo Dios concede a todos la vida  
 a su: a condescender a los buenos, sin hacer  
 cuenta con lo que Dios se espera de non-  
 rar los malos, cuyos pecados no ofenden  
 la bondad, y la inocencia, que también el Di-



---

## Idea de la verdadera Urbanidad

---

### Discurso segundo.

#### §. I.

El Discurso antecedente abraza las cosas generales convenientes á toda suerte de personas, descendiendo ahora á las particulares, declararé los modos que deben todos observar segun su estado, y qualidad. Mas como no baste al hombre civil conocer y observar lo que á el pertenece, para conseguir todo el fruto de su urbanidad, que consiste en la agena benevolencia, se hace preciso exponer tambien el vario modo que ha de practicar con los demas, segun su diferencia, quando le ocurra tratar con juvenes ó ancianos, con nobles ó



plebeyos, con Principes ó subditos, con doctos  
ó idiotas, con ciudanos ó forasteros, con ecclesi-  
asticos ó seculares, con hombres ó mugeres, á  
que se extiende el trato fuera de casa, segun  
la diviion, que hize en el principio, y de  
que me propuse primero hablar.

No es mi animo individuar todo lo que  
conciérne al trato particular; ya por que,  
en sentir del Filosofo, no se da ciencia de par-  
ticulares en particular, como por la diver-  
sidad de cosas, que en el ocurren, y de los ge-  
nios y costumbres de las personas dentro de  
una misma clase, que harian el asunto, si-  
no imposible, interminable. Ni tampoco in-  
tento dicurrir cumplida y ordenadamente  
de los oficios, y virtudes morales pertene-  
cientes á cada especie: hase escrito de ello lo bas-  
tante en varios idiomas, con especialidad en  
el Griego y el Latino: con todo, con haberi-



80  
tantos libros, se ve que hai pocos filosofos;  
seca, porque los hombres carecen por la ma-  
yor parte de aptitud, de talento, ó disposi-  
cion de voluntad para recibir dichas virtu-  
des, lo cierto es que el insistir en el expresado  
metodo, debo considerarlo como infructuoso. El  
que abraza en esta idea es el que me ha pare-  
cido por breve, sencillo y manual, el mas oportu-  
no á formar un razonable filosofo, y un  
hombre verdaderamente civil en el trato exte-  
rior; que es todo el asunto del discurso.

## S. II.

Quien con especialidad <sup>d</sup>adolece entre la mayor Oficios del  
parte de la hombrer de los achaques insinua joven acia  
dos en el anterior discurso, son sin duda al- el anciano.  
guna los juvenes. Estos si desean sanar, necesi-  
tan quitarse del rostro la fingida barba: es de-  
cir, desprenderse de la falsa apariencia, y vana



persuasion; advirtiéndole que á la lisura del semblante, le acompaña igualmente la del ánimo en el saber. Como del tiempo resulta la experiencia, y de esta la prudencia, no teniendo los jóvenes edad, ni experiencia, es consiguiente el carecer de prudencia. De aquí nace aquel antiguo dicho: que el Diablo sabe, por que es viejo. La edad es el condimento de la prudencia; y la vista de la mente empieza á florecer, quando comienza á marchitarse la del cuerpo.

Contentese el joven con poner un freno á su precipitada lengua: hagase al silencio; y cuide de imprimir en su corazón aquella sentencia: Hable el joven solo en su casa, y quando la necesidad le estreche. Guárdese con especialidad de hablar en tiempo alguno como viejo; siendo cierto, que se hace odioso el joven, que quiere hablar como anciano; como



la muger que quiere hablar como hombre. Este silencio deben observar con especialidad los juvenes en la presencia de los ancianos; cuyo trato les conviene procurar, sin atender á la diferencia de genio, y costumbres, por serles de suma utilidad. Ordinariamente se hace buen juicio de los juvenes que comunican con los ancianos: muestran prevenir la edad con la virtud; y empezando en edad temprana á ser sabios, se mantienen mas largo tiempo sabios; de que resulta, lograr con su buena fama, y maduras obras, antes de tiempo, dignidad, y honor. Se hace sin duda sabio y prudente, quien tiene la compañía del sabio, y del prudente; atributos inseparables de la respectable ancianidad.

De hecho, aprende el joven del anciano por su autoridad, ciencia y experiencia, á templar sus ardientes deseos á reconocer su



necia inconstancia, y á corregir sus demas naturales defectos: Ulagas, que manifestadas en tiempo, se sanan con facilidad; y que ocultandose hasta la vejez, haciendose ulceras quedan del todo incurables.

Pero la mayor utilidad, que puede resultar á los juvenes del trato con los ancianos, está en la mayor luz, que pueden estos comunicarles para conducirse con seguridad en la peregrinacion de esta incierta y falaz vida, para arribar felizmente al fin: y para saber que pasos deban oviar, y que sendas seguir; como practicos en este camino tan peligroso, e incierto al joven; que le numera el sabio entre el incierto camino de la aguilá por el aire, de la nave por el mar, y de la xepiente por la piedra.

No solo conviene al joven, por lo expuesto, solicitar la comunicacion con los ancia-



284  
nos, sino que deben tenerlos tambien en gran-  
de estimacion y respeto, imitando con especia-  
lidad la juventud Romana, que reverenciaba  
en tanto grado la ancianidad, que al hombre  
mayor de edad honraba como a Padre, y a la  
muger como a madre; estimandose lo contrario  
por cosa impia, y digna de castigo.

No basta al joven despojarse de la pre-  
suncion: necesita tener tambien el habito de  
aquella verguenza, que sonroscando el rostro  
con virtuoso color, le aumenta gracia, y dá  
claro testimonio de buena indole, y feliz exi-  
to. Jamas hice buen concepto de joven descara-  
do; que sobre hacerse odioso, por saltarle la  
modestia, y pudor que le conviene, dá seña-  
les de mal agüero para lo por venir.

### S. III.

Volviendo ya la vista de oriente a occi-



oficios del  
anciano acia  
el joven.

85  
dente, de la juventud á la ancianidad, considere-  
mos lo que conviene á los viejos, enfermos tam-  
bien, no menos de animo, que de cuerpo. Las  
llagas viejas son ciertamente difíciles de sanar-  
se; mas en los viejos no siempre son viejas  
todas las llagas. Sonlo efectivamente las que  
traen su origen de la juventud; pero no las que  
de fuyo lleva la vejez; como el ser tetrico, rígi-  
do, difícil de trato, avaro, y quexicoso; de las qua-  
les pueden sanar los viejos, teniendo entendi-  
miento, ó sujetandose á la razon.

Quien algunos, se les complazca, en vez  
de corregirlos, y curarlos, como á los enfermos  
cercanos á la muerte; y por los obgetos varios  
que en aquella edad los entristecen; no siendo  
discrecion añadir afliccion al afligido. Pero  
los verdaderos viejos, esto es, los prudentes, quan-  
to mas vecinos están á la muerte, tanto mas  
gustan de saber, y ser perfectos. Asi decia un sa-



86  
bio viejo, que deseaxia saber algo de nuevo, aun-  
que estuviere con un pie en la sepultura; conoci-  
endo, que lo que se sabe, es una minima parte  
de lo que no se sabe; y que no se empieze a saber,  
hasta que se enta al fin de la vida. Aun por eso  
se quejaba aquel filosofo de la naturaleza, que  
liberal en dar vida larga a muchos irraciona-  
les, se mostraba avara con el hombre, privan-  
dole de ella quando empezaba a vivir; esto es,  
a entender, y a comolarse con los frutos de  
sus fatigas.

No es mi animo dicurrir de lo que con-  
viene a los ancianos para sostener el peso de  
la vegez, y arriivar felizmente a aquel puer-  
to de miserias, y fin del llanto. Daria a enten-  
der, que Caton no habia hablado cumplida-  
mente por la pluma de Marco Fulio. Si dire  
que muchos viejos se quejan amargamente de  
no ser respetada la ancianidad; como si el ho-



~~87~~  
nor estuviere vinculado á las circunstancias  
de tener la barba blanca, carecer de dientes, ser  
calvos, corcobados, y temblones; sin advertir, que  
son muchos los que tienen abundancia de años,  
y entexilidad de juicio: sovenes en el valor, y en  
el consejo, y en frase de la sagrada Escritura, so-  
venes de cien años. No es venerable la anciani-  
dad por la multitud de años, sino por el mérito  
y la virtud: el ser cano infiere tiempo, no cien-  
cia: ni que honor se merece un viejo ignorante,  
y sin valor, que no se exercitó en la juventud  
en cosa loable? El odio solo: ya lo dixo un sabio;  
que tres clases de personas eran odiadas en el  
mundo: el pobre soberbio, el rico mentiroso, y el  
viejo necio.

Para que los viejos puedan quejarse  
con razón de ser desatendida la ancianidad,  
es necesario, que observen lo siguiente: Que  
pongan todo su cuidado en hablar con gravez



88

dad y juicio; especialmente en las cosas que  
conciernen al exemplo e instruccion de la vi-  
da; para lo que son de mayor eficacia las pa-  
labras de los viejos, que de los juvenes: Que cuiden  
de conformar con la edad las costumbres; teni-  
endo siempre presente el dicho del Apostol = Qu-  
ando era niño hablaba como niño, sabia, y  
pensaba como niño; ahora que soi ya varon  
me he desprendido de todo lo que es propio de la  
niñez. Pero es el dolor, que hai viejos, que por  
mas que el espejo les presente sus canas y arru-  
gas, y sus piernas debiles y tremulas les recuer-  
den la avanzada edad, se desentienden de ello, in-  
sitiendo en volverse a la juventud, sin tratar  
seriamente de mejorar de costumbres. Son estos,  
a la verdad, escandalosos, que con su mal exem-  
plo dan ocasion a los juvenes de obrar mal.  
i Que dire de aquellos viejos inobedientes a la  
naturaleza, que quieren parecer juvenes, y



esconder la edad, con sacarse los pelos blancos, con transmutar en oro los cabellos de plata, con pulirse y engalanarse como pudiera el joven mas devanecido y petulante? No advierten la vanidad de su necio empeño, quando su transformacion es tan manifiesta. Bien lo echó de ver, aunque tarde aquel viejo cans, á quien negada cieta gracia por el Principe, tiñiendose la barba y los cabellos, y presentandosele despues de dos dias á reiterar su solicitud, advertido por el Principe el engaño, disimulando, le respondió con agudeza: No puedo concederos la gracia, que me pedís, la qual negué dos dias hace á vuestro padre.

Concluyamos pues este officio, previniendo á los viejos, que degen envejecer al animo, juntamente con el cuerpo; y no procedan juvenilmente en la vegez; quexiendose retroceder, quando estan cerca del fin: considerando, que la vegez



90  
naturalmente los inclina hacia la tierra  
de donde salieron; y que tienen ya la alma en  
los labios. Deben tambien advertir, que asi co-  
mo el nimio cuidado del aliño, y hornato del  
cuerpo los hace contemptibles y ridiculos, los  
hace el extremo opuesto de desaseo, e inmundi-  
cia, tediosos e insufribles; porque como decia un  
sabio, la vegez por si misma es insipida, la in-  
mundicia la hace tediosa, y el mal genio amar-  
ga. De modo que juntandose todas tres cosas,  
constituyen un objeto enteramente insufrible.

Acomese tambien á los ancianos, que  
huyan de despreciar á los jovenes, ó tratarlos  
con altiverz, y desabrimiento: procuren delante  
de ellos mantener su decoro y su respeto, si quie-  
ra para estimularlos á la debida reverencia.  
De otro modo, no se quesen de que experimen-  
tan de los jovenes el menosprecio, y aun el es-  
carnio: siendo cierto, que el descomedimiento de



los ancianos en palabras y acciones, hace á los juvenes mas licenciados y disolutos. Advientan finalmente, que les está mandado por S.<sup>n</sup> Pablo, ser sobrios, castos, prudentes, sanos en la fée; en la dileccion, en la paciència; cuyas virtudes los harán siempre mas gratos en el comercio familiar. Pasemos ya al trato de los nobles, y plebeyos; cuya disparidad, ó proporcion le exige diverso.

#### S. IV.

Oficio del noble acia el humilde.

Preguntado el Filosofo Diogenes, quienes eran los mas nobles entre los hombres, respondió con discrecion: los que desprecian las riquezas, la gloria, los deleites, la vida, y los que triunfan de sus contrarios, la pobreza, la ignominia, la fatiga y la muerte. Mas como de esta especie de nobleza Diogenica juzgo



92

se haya extinguido ya la raza, se hace preciso buscar en menos rigida acepcion, el constitutivo esencial de la nobleza. Varias distinciones de esta hallo en los autores; segun la diversidad de sus opiniones; de las que de entendiendome por la brevedad, designare una a mi modo; si bien no de sa de coincidir en algun modo con las demas.

Distingo pues tres grados de nobleza; de las que se derivan tres clases de nobles. Nobles del primer grado, del segundo, y del tercero. Doi el nombre que hallo mas propio, a los del primer grado; de seminobles: de nobles a los del segundo; y a los del tercero de nobilissimos.

De los nobles del primer grado, o seminobles, distingo tres especies: nobles por sangre, por virtud y por privilegio territorial. Nobles por sangre, son aquellos que traen



su origen de antigua nobleza, sin tener virtud alguna, costumbres, ni apariencia de nobles. Nobles por virtud son aquellos, que por qualquiera de las vias que conducen al templo de honor, literaria, marcial, politica, y religiosa, con sudor y afan se adquieren en la realidad otra mas propia superior nobleza, con la mas brillante personal conducta. Nobles por privilegio territorial, aquellos, que por gracia del Principe gozan de ciertas prerrogativas, y exenciones, propias de la nobleza; concedidas al territorio de su naturaleza; como los Montañeses, y Asturianos.

Los nobles del segundo grado, son aquellos, que tienen juntas las dos primeras noblezas de la sangre y de la virtud. Los nobilissimos son aquellos, en quienes con la nobleza de <sup>la</sup> sangre, y de la virtud, se juntan las riquezas. Definida en todos sus grados la nobleza,



94  
discurremos del caracter y oficio de cada clase  
de nobles, y del modo de conducirse con los  
plebeyos. Y hablando de la primera especie  
de seminobles; que coloqué en el primer gra-  
do, es claro, que siendo estos nobles solo por san-  
gre, sin virtud, costumbres ni exterioridad al-  
guna de noblezas, son solamente nobles de  
apariencia, y mero nombre; de quienes puede  
decirse con mas razon, venir de nobles, que  
serlo en la realidad. Su caracter es adorar y  
meditar de continuo en sus executorias; in-  
vestigat linages agenos; y propalar sus fal-  
tas; blasonar de nobles á cada paso, e introdu-  
cir á diestro y siniestro en todas las concurren-  
cias los gloriosos hechos de sus predecesores.

Esta notable semejanza de costumbres  
entre los ascendientes, y descendientes de  
muchas familias, como la decadencia y ruina  
de ellas, á nadie debe causar estraneza, si se



considera ser las familias como los campos, que habiendo sido fértiles en la producción de nobles frutos, se hacen con el transcurso de tiempo estériles, sin otra aptitud que para criar malezas; permitiendo Dios esta instabilidad en las familias, para no dejarnos atesorar en la tierra, y elevarnos á la contemplación de las cosas divinas, en las quales está solo la firmeza; ó por no dejar algún mal sin castigo; no temiendo la nobleza de muchas casas, como decía un sabio, otro origen, que antigua, é iniqua riqueza; y siendo justo, que lo que se adquirió malamente, malamente se pierda.

Reprima el seminoble por sangre su loco orgullo; considerando, como el Pavon, los pies sucios y monstruosos de sus vicios, quando mas dervaneado se complace entre la pomposa rueda de antecesores ilustres. Advierta,



que la noblera de que se precia es agena, no propia; hija solo del merito y valor de sus antepasados; y que es la vanidad mas necia factarse de ageno merito. Desease de andar con fees de noblera a cada paso; que son siempre sospechosos los testimonios que se dan sin pedirlos; y alguno puede tenerle por ilegítimo.

Abstengase de ponderar el merito de sus mayores, con que en vez de ensalzarse, se deprime; siendo cierto, que quanto mas declare el esplendor de sus predecesores, tanto hara mas patente su defectuosa conducta; y aun quando algo le illustre la excelencia de sus progenitores, sera siempre como ilustra el sol a la luna, para descubrir mas bien las manchas con que degenera. Ni inquiere y saque a luz tachas de agenas prosapias. Escupir al nacimiento, es mayor injuria, que



recupir al rostro por herir en lo mas vivo del honor; su vanidad en las necias jactancias de noblera, le hara sin duda fastidioso; pero su malignidad en descubrir defectos de linage, irremediabilmente le hara odioso.

A esta primera especie de seminobles, esto es, de nobles por sangre, sigue la segunda, que es la de nobles por virtud. Gozan estos sin duda de una noblera superior, y mas excelente, que la de sangre; como adquirida con fatiga e industria, y siendo propia del animo; quando la de la sangre viene por succion; la da la naturaleza, o la fortuna; y pertenece solo al cuerpo; de inferior excelencia al animo.

Aun por eso no quisieron algunos reconocer en el mundo otra noblera, que la de la virtud. Preguntado el tirano Falaxis



que sentia de la nobleza, respondió con discrecion, que conocia solo la nobleza por virtud, y las demas cosas por fortuna; y que debia gloriarse solo de la excelencia del animo, no de la nobleza de sus mayores, extinguida ya en la oscura posteridad. Alabando á Alfonso, Rey de Aragon sus cortejanos de su clara regia estirpe, respondió, no haber cosa que estimase en menos, que esta; por no ser huya esta alabanza, sino de sus antecesores, que conquistaron el Reyno con la excelencia de sus virtudes; el qual no hace loable al sucesor, sino se posesiona en el, antes con la virtud, que con el testamento.

Es ciertamente vano el nombre de la nobleza, q<sup>l</sup> es de otro, no nuestra; pues solo el propio esplendor puede hacernos esclarecidos. Asi decia un Poeta: Quien por si resplandece, solo es claro. No es la nobleza como el Poeta, que nace; si como el Orador que se hace. i Que



otra cosa que la virtud puede hacer diferentes  
 á unos hombres de otros? No la diferencia  
 de hacedor, uno en todos; el mismo Dios: no  
 la materia; pues venimos todos de una mis-  
 ma masa de carne: no la alma, simple, igual  
 específicamente en todos, procedente de un mis-  
 mo Criador: no el fin, uno mismo en todos:  
 solo pues la virtud de la alma puede constituir  
 la diferencia de unos hombres á otros; hacien-  
 dolo mas preciosos, esclarecidos y nobles.

Es verdad, que la opinion comun favorece  
 poco á la nobleza por virtud; considerandola  
 como bastarda; y concediendo la legitimidad,  
 y preferencia á la de la sangre; pero la opini-  
 on comun tiraniza á las veces la razon, pre-  
 valeciendo contra ella, por falta solo del debi-  
 do contrate de la juiciosa reflexion; ademá  
 de que el valor de la opinion, como decia Sene-  
 ca, debe computarse por el peso de las razones



140

no por el numero de personas: Estimes iudicia,  
non numeres.

Es cierto tambien, que si á los nobles puramente por sangre, se les exige su dictamen, responderán estar mas contentos con haber nacido nobles, no teniendo otra cosa, que la espada y la capa, que haver nacido plebeyos, y hallarse Consejeros, ó Ministros. Consiste esto en no poder arriivar con la virtud á estos grados: así los desprecian con las personas, que con la virtud los han conseguido: semejantes á la torra que golpeando con la cola la rama de una planta cargada de fruta, para hacerla caer á tierra, malogrado su designio, partió abominando aquellos frutos. Pero de esta errada opinion, u obstinacion he visto á muchos de estos nobles por sangre pagar la pena; asada su vanidad en las antesalas de las personas constituidas en alta dignidad, quando algun asunto



los precisa á solicitar su audiencia; á quienes es inexcusable dificultarla, por la conseruacion de su autoridad, y muchedumbre de negocios.

No por eso niego, ser recomendable y util la noblerza por sangre: recomendable por obligar al noble á no degenerar de la conducta de sus antecesores. Tanto es mejor el hombre, quanto es mas bien nacido; porque como decia Quinto citaximo Scipion, mirando las imagenes de sus mayores, es forzoso se enciende el animo en amor á su virtud. Es util la noblerza por lo mucho que interese la Republica, en ser promovidos los nobles á los empleos; pues rara vez sucede, que obre mal, quien considera el peligro en que pone la noblerza de sus mayores, y la suya propia.

De los seminobles del tercer genero, se ofrece bien poco que decir. Es tan debil ena



nobleza, que apenas merece el nombre. Sin embargo, es tanta la vanidad de estos nobles de privilegio, que no se juzgan constituidos en menor grado de nobleza que en la suprema, qual es la Regia: somos, suelen decir con frecuencia, tan nobles como el Rey: como si la nobleza aun siendo legitima, al modo de los demas honores y dignidades, no admitiere diversos grados inferiores, mayores, y supremos: pero esta desmedida presuncion de nobleza, es cierto, que no se conforma bien con los exercicios, a que ordinariam<sup>te</sup> se aplican los que la obtienen; los mas humildes, y soeces de la Republica.

De los nobles del primer genero, paremos a los del segundo, en quienes a la nobleza de la sangre, acompaña la de la virtud. Esta es aquella nobleza de la que siempre hicieron tan singular aprecio los Filósofos; considerando como un cuerpo sin alma a la nobleza de la sangre



143  
separada de la noblera de la virtud. Ni es posible sin esta, que una familia conserve por largos años su nombre, ni consiga honores, dignidades, y grandezza. La virtud es el fundamento de la noblera: por la excelencia de qualquiera virtud, logra el plebeyo hacerse noble; y para la conservacion de la noblera, es necesaria la conservacion del fundamento.

Conviene tengamos siempre presente la sentencia de Saleno: á saber, que debemos obrar de modo, que si somos nobles, no nos mostremos indignos de nra familia; si plebeyos, le demos lustre, ó lo que es mejor, aquel altísimo dicho: *sois hijos de Abraham, haced obras de Abraham*. Antes al verdadero noble no le basta seguir las huellas de sus honrados predecesores, si proponere la magnanima empresa del Emperador Carlos V: es decir; las columnas de Hercules; y disponer el animo



104  
a pasar mas alla; consiguiendo tanta ex-  
celencia de virtud, que merezca el nombre de  
heroica: la gloria, y la felicidad de poder de-  
cir, tener las alas mayores que el nido; y aban-  
zando con la excelencia de sus obras y virtu-  
des en letras o armas, los meritos y grados  
de sus antecesoras, poder gloriarse con Augus-  
to, de haver hallado a Roma en ladrillos, y  
dexarla en marmoles.

Aunque el que es claro por sangre y vir-  
tud, no parece le resta mas nobleria que adqui-  
rir, con todo, si se atiende a que la riqueza  
contribuye al esplendor de la nobleria, al poder,  
al aprecio, y respeto del noble, y a la practica  
de algunas virtudes, especialmente a la magni-  
ficencia, parece estar en la riqueza colocada  
cierta especie particular de nobleria, que con-  
stituye al noble rico, en grado de nobilissimo.

Y a la verdad, ¿que cosa hay con que mas



resplandezca la nobleza, que con la brillan-  
 ter del oro y de la plata? El poder del noble  
 rico, nadie lo ignora: comunmente se dice  
 que todas las cosas obedecen al dinero: que  
 despedara las puertas de diamante, y que  
 quando habla el oro pierde la lengua su fuer-  
 za. Para conciliar el aprecio y el respeto,  
 es tambien poderosísimo medio la riqueza: quan-  
 do habla el rico, todos callan: quando habla  
 el pobre, se pregunta, ¿quien es este? Conduce  
 por ultimo á la magnificencia la riqueza, con  
 cuya clara luz, la nobleza como espejo heii-  
 do de los rayos del sol, mas resplandece: es esta  
 aquel vistoso engaste de oro, con el qual la  
 piedra preciosa de la nobleza, logra mayor  
 estimacion, y ser mas honrada y obsequiada.  
 Diremos en suma, que está el hombre en el  
 mas alto y subido grado de nobleza, quando  
 se viere esta estivar en los tres fortissimos peder-



106  
tales de sangre, virtud y riqueza; pero que  
ni aun estas le harán nobilísimo, si no son acom-  
pañadas de la magnificencia; expendiendo el  
noble sus riquezas honradamente, segun con-  
viene al esplendor de su nobleza.

Debe pues el noble rico huir de los dos opu-  
entos extremos; la prodigalidad, y la avaricia.  
De la prodigalidad; por no ser menor virtud  
el adquirir, que el conservar la riqueza; y  
por que como dice un Poeta:

Mal expendida riqueza,

Se acerca á la pobreza.

De la avaricia enemiga de la nobleza, y se-  
ñal clara de vileza. Hay nobles muy ricos; pe-  
ro tan mezquinos, que nada dexan felice de  
sus casas sino el humo: miseros en extremos,  
aun consigo mismos en el vestido, alimen-  
to y porte: de estos ninguno llora la muerte:  
los propios se alegran con la herencia; y los



307  
extraños no sienten pena por la falta de  
quienes no recibieron en vida beneficio algu-  
no; pues como dice el proverbio: ni del muex-  
to palabras, ni del avaro gracias.

Exc.<sup>mo</sup> Señor  
Príncipe de  
la Paz.

No es de pasar aquí en silencio, el claxi-  
simo exemplo de nobleza, que admiramos  
en un alto personage de la corte: objeto dig-  
nísimo de nuestro amor, veneracion y respeto.  
No contento este gran Señor, y Principe exce-  
lentiísimo con los esplendores de su notoria  
elevada cuna, aspiró á fabricarse otra mas  
propia superior nobleza en su esclarecidisi-  
ma virtud, y heroicas acciones personales;  
hasta arribar á un grado de grandeza, su-  
perior á quanto puede concebir la idea. Pe-  
ro no es esto lo mas recomendable; si el com-  
petir con su felicidad y gloria, su rara mo-  
deracion, beneficencia, humanidad, agrado  
y cortesania; prendas, que quanto mas difi-



408  
ciles de conciliarse con una fortuna mui brillante, hacen tanto mas viable la elevacion de una grande alma. El retrato manifiesta bien claxo su original; y aunque no ha de llegar á su noticia, tremula, sin embargo, la pluma con la reverencia debida á su inclito nombre, no acierta á declararle.

Tiempo es ya de considerar el modo de tratar el noble con el plebeyo. Piensan algunos nobles, mal inteligenciados de la nobleria, ser cosa mala é indecorosa á su clase, comunicar con los humildes: asi los aborrecen; y huyen como de la peste; avergonzandose mas de que los vean en su compania, que en la casa de una muger publica. Estos con demasiado tirar el arco le rompen, y con tener mui recluso el tercio de la nobleria, muestran una rustiquez odiosa al mundo, y al cielo; desdenandose de admitir por companeros, y hermanos, á



quienes no deiden admitir por hijos el mis-  
 mo Dios. Otros de mejor espíritu, aunque  
 estimando mas el trato noble, no dexan de  
 aceptar tal vez en tiempos oportunos el ple-  
 beyo. Estos practican, á mi ver, dos actos de  
 nobleria; no degenerando de ella en comunicar  
 con los plebeyos, y descubriendo aquella genero-  
 sidad y cortesia, que es propia y peculiar  
 del hombre noble; de que les resulta mayor  
 crédito entre los suyos, mayor libertad y au-  
 toridad sobre sus desiguales; y sobre todo, el  
 amor, veneracion, y humilde oficiosidad, que  
 no gozan en el trato con sus iguales. Pues  
 que no deben los nobles refutar el trato con  
 los plebeyos, veamos quienes hayan de ser  
 á el admitidos, ó excluidos. Quando las ur-  
 gencias de la Casa precisan al noble á in-  
 tervenir con artesanos y otras personas,  
 aun de la infima plebe, no debe avergon-



110  
zarse de que le vean comunicar con ellos, aun  
en medio de la plaza publica: lo que nos qui-  
so dar á entender Diogene, quando pregun-  
tado, porque entraba á beber en la taberna  
respondió: que por la misma razon que en-  
traba en la barberia á rasurarse. Sin esta  
necesidad, solo deben los nobles admitir á su  
comunicacion á aquellas personas, que aun-  
que no son nobles por su nacimiento y profe-  
sion, su honestidad de costumbres, talento, y  
civilidad los distingue en un todo de la vulgar  
gente.

En lo demás, cuide el noble de no hacer-  
se odioso á la plebe, mirandola con altivez  
y desprecio: acuerdese, que su nobleria tuvo ori-  
gen de un plebeyo: lo que quiso significarnos  
aquel Poeta quando dixo.

El que de tus mayores fue el primero,  
O fue pastor, ó sañte, ó tabernero.



y que el noble, que desprecia al plebeyo, desprecia de consiguiente á sus mayores, y á si mismo: así le conviene quanto es mayor de grado, mostrarse en sus acciones mas humano, y agradable, descubriendo en sus ojos, semblante y palabras la nobleza de su animo. De otro modo espere ser noble para si no para los demás.

### SV

Oficio del  
humilde acia  
el noble.

El noble, y el plebeyo adolecen ambos de su respectivo achaque; tan grave y difícil en uno, como en otro: el primero, de vanidad y preuencion: el segundo, de no querer conocer, y confesar su inferioridad respecto del noble; siendo cierto, estar entre las siete dignidades, y razones de Superioridad, e imperio, colocada la nobleza. Pero así como del achaque del noble dimana el humox pesimo del orgullo, con



que desprecia al plebeyo; del achaque del plebeyo resulta igualmente el pernicioso humor de la arrogancia, con que quiere hacerse lo que no es; apropiándose con las palabras, y trage exterior, el título de la nobleza.

i Que cosa mas fantidiosa, decia un sabio, que ver à un ciruelo querer hacerse naranjo? Vemos à cada paso plebeyos factarse de antigua e ilustre nobleza, habiendo nacido de la her del pueblo: dorar y disfrazar su origen con palabras ambiguas, que los hacen por lo mismo mas contentibles, y ridiculos; asemejándose en esto à aquel tuvan introducido en la comedia, que se factaba de ser su padre platexo; y preguntado; que obras hacia su padre pertenecientes à la facultad, respondia; respondia, que engastaba piedras con cal; o bien à imitacion del mulo de la fabula, que acordándose de su nacimiento, y avergonzán-



dase de manifestar que era hijo del arno, decia, que era nieto del caballo.

No con menos frecuencia se nos ofrecen plebeyos, empeñados en ostentar en el trage lo que no son; y aun en echar el pie adelante á la noblera. ¿Que lusso en el vestir, que iguale por lo comun al del plebeyo pudiente? El comerciante, el empleado en rentas, el artesano, se nos presentan á la grande con vestido rico, espadin brillante á la cintura, su par de relojes en las ingles, peinados al exirron, con mas polvos, que rata de ctolino, que parecen unos Condes. ¿Quien no los tendria por tales, si despues en su oficinas y exercicios no nos manifestasen su calidad?

Desorden es este de la indistincion en el vestir cada uno segun su clase, digno del mas serio y eficaz remedio; porque sobre ser estas engañosas apariencias capa de infinitos frau-



114

des, se hace en ello manifiesta ofensa á la nobleza. Mas en suposicion de no admitir remedio este abuso, llevalo en paciencia el noble, y burlase del plebeyo; que al fin el arno vestido de la piel del Leon, pensando hacese respetar entre los animales, como señor, conocido por arno, fue tratado como tal.

Tenga presente el humilde el exemplar de Agatocles, que habiendo nacido de padre Alfarexo, no quiso servirse en su mesa de otra vagilla que de barro; para que teniendo de continuo á la vista la memoria de su vileza de su padre, no se ennoblesciese en su grandeza. Imuense por ultimo en la moderacion de costumbres, y de palabras inferior al noble, y venerador de su nobleza; asegurandose, de que así como con la artificiosa altanería se adquixia el odio, y menosprecio de los nobles, con la simple humildad, se grangeará sin



duda su amor, y su benevolencia.

## SVI.

Oficio del  
Principe  
acia sus  
Subditos.

Justoso paraxia en silencio este oficio de los Principes; por lo mucho que de el se ha exercito en lo antiguo, y en lo moderno; por el pulso con que debe tratarse asunto tan delicado, y por ser la conducta de los Principes irreprehensible, e inexcusable. Son Dioses terrenos los soberanos, en quienes no tiene cabida facil el yerro; por tanto son en su proceder irreprehensibles. Es dificilissimo el conocimiento de las razones de estado, que nacen de los primeros principios, de la combinacion de las diversas partes del gobierno, y del concurso de las circunstancias; y que no pueden ser bien penetradas, sino por los que tienen el cargo de la administracion general: asi son inexcusables sus resoluciones.



116

De este principio nace la temeridad de los que intentan poner en duda las acciones de los Principes; interpretandolas en mal sentido: á que contribuye no poco, la vecindad, que tienen las virtudes con los vicios, la imperfeccion del juicio humano, y la malignidad. No advierten, ó se desentienden los que así discurren, y hablan del proceder de los Principes, (aunque incomprendible, sabio siempre, juicioso y prudente) de que tienen estos Señores, tan largas como las manos las orejas: lo que quiso, á mi ver, significarnos, en las que se atribuían al Rey Midas: no reflexionan que como Dioses, saben lo que se dice, y aun se piensa: que participantes del poder divino, saben abatir al grande, y exaltar al humilde; y que si uieren del castigo, no excederian los límites de lo justo. Pero veo, que gustan mas de conformarse en esta parte con la bondad di-



divina; no mostrando xerentimiento; acto propio de un verdadero Principe, que como aguililla generosa se desdena de pillar moscas.

Pero; como podre negar, se me dirá, los varios exemplos de Emperadores, y Principes de mala vida, que nos presentan las historias? Ni los niego, ni los extraño. Eran Principes no por naturaleza, si por violencia: carecian de la luz de la fe: creian ser necesaria para reinar la violacion de las Leyes: ignorantes del dulce placer de ser amados de sus subditos, aspiraban solo á la triste ventaja de ser temidos; con que quedaban reducidos igualmente á la necesidad de temer: eran infustos, crueles, avaros; la miseria, calamidad, y ruina de sus pueblos. Asi eran de ordinario estos tiranos, por sus violencias, victimas del furor del pueblo; temiendose por feliz el Principe, que moria en su lecho.

Pero los Principes de nuestro siglo son al con-



trario: por la mayor parte christianos, prudentes, liberales, benignos, embiados de Dios à mantener la justicia en la tierra, à defendernos de las opresiones, à castigar à los insolentes, à rebatir los bufones, y aduladores, à remunerar la virtud y buenos servicios, à mantenerse en sus palabras, y obras firmes e inmobiles, como la piedra angular, y el polo en el cielo, y à procurar en un todo con zelo infatigable el bien de sus pueblos.

España siempre favorecida del cielo, con preferencia à las demas Naciones, lo ha sido con especialidad en esta parte. Sin retroceder mucho de nuestros tiempos ¿que Principes tan insignes no hemos debido à su piedad de las rejas esclarecidas estirpes de Austria, y de Borbon en un Carlos V., en un Felipe II., en un Felipe V., y en un Carlos III. ? de quienes puede afirmarse con verdad, que reprodugeron en



España el siglo de oro de los antiguos.

Y; que dire de nuestro glorioso Monarca, que hoy tan felizmente nos gobierna; á quien el cielo nos gobierbe largos años? Baste decir que heredero de las sublimes prendas y virtudes de su augusto Padre, es el mas fiel retrato de aquel espíritu excelso, e incomparable; cuya mayor gloria será siempre, habér tenido por hijo á un Carlos IV., como lo fue de Filipo de Macedonia haber tenido por hijo á un Alexandro. Y para colmo de nuestra prosperidad, admixamos condecorado el trono soberano con el Epitalamio mas brillante, atendido el lleno de virtudes que ilustra á nuestra muy amada augusta Reyna; fiel retrato de las Berenguelas, y las Blancas; digna de la immortalidad de la fama.

Aunque paraxia gustoso en silencio, vuelvo á decir, este oficio de los Principes, con todo



120

siendo preciso llenar el argumento del discurso, careciendo de todo recelo, establecer maximas de politica recta en un tiempo, en que esta misma politica se practica, y escribiendo sin otro designio, que el de un honesto recreo, venciendo mi repugnancia, me vuelvo á insinuar solo algunas de las mas principales advertencias, relativas al modo de conducir los Principes con sus subditos, con especialidad los que estan cerca de sus personas; y de los subditos con los Principes; para llenar sus obligaciones, y grangearse el reciproco amor, y benevolencia.

Asuego que el Principe sube al trono, debe despojarse de la persona privada, y vestir la publica: poner la vista en el cielo y la corona, la consideracion en su grave peso, y todo el pensamiento en el beneficio de los pueblos. Si sube al solio con esperanza <sup>de vida</sup> mas tranquila



imita á aquel, que asciende á un alto monte con la esperanza de librarse del rayo, y de los vientos. Aun por eso con gran juicio, llamó un Filosofo la vida del Principe, una gran mixeria; y otro le dio los nombres de noble esclavitud, y siervo publico. Si considerasen los Principes los desvelos, afanes, peligros, y graves cargos, que toman sobre si, habria ciertamente mas Reynos, que Reyes.

De aqui, no pudiendo hacerlo todo por si mismos, la necesidad indispensable de haver de asociarse Ministros, y oficiales para cubrir los diversos cargos de la publica administracion; derecho anexo á la soberania, y confirmado con la practica de Moyses en el desierto, en la asociacion de los setenta ancianos para gobernar á los Hebreos; y con la de los Reyes de Juda, de que hace mencion la divina Escritura. Mas con qué tino no



deberá proceder el Principe en la eleccion de Ministros y oficiales; dependiendo de ello su gloria, y la felicidad de la nacion? Es celebrada en esto la diligencia, y circunspeccion de Filipo, Rey de Macedonia, que por saber que un Ministro huyo se tenía la barba, lo removió del oficio, diciendo que no podía ser fiel en las cosas publicas, quien no lo era con la propia barba.

Abran bien los ojos en este particular los Principes; escogiendo personas dotadas de ciencia, bondad, zelo, y experiencia. Una nave abandonada á Pilotos inexpertos, no puede menos de perecer en el mar, mayormente en tiempo de borrasca. De la eleccion de un hombre solo, depende á veces la salud de un pueblo entero. Este es el caso principal, en que ni el favor, ni los servicios mismos, son títulos suficientes para pretender los empleos pu-



blicos, sin las qualidades que se requiexen para exercexlos.

No basta elevar el merito á los cargos publicos; debe tambien el Principe hacer respetar la autoridad de aquellos, que ha honrado con su confianza, contra la malignidad, y las intrigas de la embidia, siempre ingeniosa para desacreditarlos; pero protegiendolos debe velar sobre su conducta: la vista del señor excita el zelo, y previene el abuso. El Padre de familia se hace responsable á las culpas de sus criados, quando los ha debido preveer, ó ha sido negligente en reprimirlas.

El Principe debe cuidar de la observancia de las Leyes, necesaria p.<sup>a</sup> mantener el orden publico. Como el gran movíl de las acciones de los hombres, es el interès personal, no lo surto, es necesario, que el Principe, ligando este interès con el bien publico, los estimule á la



124  
observancia de las leyes, con la esperanza de  
las recompensas; y los amedrenta con el temor  
de las penas.

Sean pues justamente remunerados los  
servicios, y demás meritos, que pueden contri-  
buir al bien publico. Asi lo exige el orden de  
la justicia, y la buena politica de un estado.  
Devie el Principe de los honores, y cargo  
publicos el favor, y la intriga. Confië la dis-  
tribucion de las gracias à dispensadores fieles,  
que en vez de concederlas al favor, no vean si-  
no con los ojos de la justicia; no obren sino por  
el zelo del bien publico; buscando hasta en la  
obscuridad del retiro la virtud modesta, que  
se esconde. Mutil à la ambicion otro titulo  
que el del merito, alentaxanse todos à servir  
à la sociedad con la esperanza de las recompen-  
sas. Los felices pimpollos del heroismo, y del  
genio desplegaràn, y fructificaràn con noble



428  
emulacion; y verame las artes, las ciencias  
y las virtudes vivificar todas las condiciones.

La edad de los grandes hombres, ha sido siem-  
pre el siglo que los ha honrado.

Dirigido por el mismo espíritu de  
equidad el Principe, debe castigar al malo.

No lo hará sin dolor un Padre de la patria:  
es cierto, pero omitir el castigo por una com-  
pasion indiscreta, será lo mismo, que ani-  
marlo al delito. Es amar á su pueblo, rexi-  
mir á los delinquentes que lo inquietan. Vean  
entonces siempre la espada elevada sobre sus cabe-  
zas, y habrá menos delitos. La clemencia es una  
crueldad, quando el perdón concedido á los delin-  
quentes, ocasiona la desgracia de los inocentes,  
y la justicia es entonces humanidad. "Perdo-  
nad vuestras propias injurias, y vengad los  
agravios publicos," decia Libia á Augusto.

La administracion del gobierno exi-



126

ge fondos necesarios para subvenir á las comu-  
nes indigencias; pero la misma ley que sujeta  
al pueblo á las contribuciones, constituye al  
Príncipe en obligación de no imponerlas sino  
para el bien del estado; de ordenar la cuota  
con discrecion, y de imponerlas con considera-  
cion.

La utilidad pública que da derecho al Prin-  
cipe para exigir el tributo, debe ser su regla  
para imponerlo; pues por solo este título, el  
pueblo está obligado. Entiéndese por la utili-  
dad del pueblo, todo lo que se ordena á la dig-  
nidad del Imperio, y del soberano, y al prove-  
cho general de los Ciudadanos. Quando las ren-  
tas del estado no son suficientes para las ur-  
gencias, y las circunstancias piden nuevas  
contribuciones, el bien público quiere, que el  
Príncipe examine antes, si se puede suplirlas  
con una administracion mas economica, ó



127  
con otros medios: que el aumento de los impuestos se haga en el modo menos oneroso; sobre el lujo y lo superfluo, antes que sobre lo necesario: sobre los generos que se compran al extranjero, no siendo de primera necesidad; sobre los que se extraen del Reyno, y sobre los bienes antes que sobre la industria, que debe fomentarse.

Pide tambien la justicia, que la imposicion sea proporcionada á las facultades de cada uno; y que se quite luego que cese el motivo, que la hizo necesaria. El modo en la exaccion no es menos importante á la felicidad del pueblo, ni menos digno de la atencion del soberano. No debe preciarle á los pobres á las tasas, que su indigencia los pone en la imposibilidad de pagar. El fin de las contribuciones es proteger á los pueblos: no deben pues quitarse los me-



128  
dios de subsistir: el Principe se empobrece,  
quitando á sus subditos los provechos de la  
industria, que pueden ponerlos en estado de  
satisfacer las tasas impuestas. Las tierras  
quedan incultas, si se quitan á los pobres  
del campo los instrumentos de la labor, y el  
estado se despuebla por la muerte de los infe-  
lices, á quienes la miseria devora. El inte-  
res del Principe, el del estado, y el del pueblo  
piden se adopten los medios mas sencillos  
de la percepcion, para disminuir las costas,  
y quitar la ocasion á los exactores, ó come-  
tidos para dha. percepcion, de enriquecerse  
con perjuicio de los demas subditos.

Si la equidad, y moderacion deben  
prender á la percepcion de los impuestos, la  
sabiduria, y la fidelidad deben dirigir el uso.  
Los caudales publicos estando consagrados al  
bien de la sociedad, no es permitido emplear-



129  
los en otros objetos. La liberalidad honra  
ciertamente á los Principes; mas la prodi-  
galidad será un agravio, que se haga al  
pueblo; con sus bienes, con sus sudores, y con su  
sangre se forma el tesoro público. ¿Cuanto de-  
be ser precioso? ¿con que reserva, y con que  
religion debe ponerse la mano en este depo-  
sito sagrado?

La ley natural da á los Principes el de-  
recho de oponer la fuerza á la invasión de  
los extraños; de consiguiente de hacer la guer-  
ra, y la paz. La Escritura santa autoriza  
las guerras justas. Dios es llamado el Dios  
de los exercitos. Con todo, la guerra es un re-  
medio violento, del qual no debe usarse, sino  
para repeler la fuerza, y asegurar la salud  
pública. Si hay un instante en que el Sobe-  
rano está obligado á pesar sus derechos, y el  
interés de su pueblo en la balanza del San-



tuaxis, es aquel en que se trata de emplear esta potestad; formidable aún á los Reyes: aquel en que con solas dos palabras meditadas en el silencio del Gavinete, decidirá el Príncipe la suerte de muchas Provincias, y acaso de Naciones enteras: pondrá el puñal en el corazón de una infinidad de infelices: el incendio, la desolación, y la muerte en los mas bellos Países: hará revivir los mas espantosos orrores, y los mas graves delitos sobre la tierra, y destruirá con los golpes de los rayos en corto tiempo la obra de muchos siglos.

Si en este instante fatal, se determina á tomar las armas por mixta de ambición ó de venganza, por deseo de tener un puesto mas distinguido en los fastos sangrientos de las historias, de sacudir el yugo de una dependencia legitima, de humillar á los vecinos muy poderosos, de aprovecharse de su poco fa-



borable situacion para darles la ley, ó por otras mixtas igualmente injustas, en este instante, sea el que quiera el suceso de su axma, se hara ya el Principe culpable de toda la sangre, que se derramase, y de todos los delitos; que son las conueguencias inevitables de la guerra.

El mundo esta ya mas puesto en razon en esta parte: no deslumbra ya á los hombres el resplandor de los triunfos, para estimar por grandes á los conquistadores: ni menos, enemigos de si mismos, los estimulan á derramar su propia sangre por el vil aplauso, que tributan á su sucesos. Los soberanos mismos hacen ya distincion entre la idea de la gloria, y la destruccion del genero humano; y los trofeos de estos pretendidos heroes no se presentan á los ojos de su razon, sino como vergonzosos monumentos de la barbarie.



Hemos visto con gloria de los Soberanos  
 y bien de la humanidad, en estos años fatales  
 de desolacion, y de sangre escrupulosamente  
 observadas las leyes, que tiene tambien la guer-  
 ra misma. Examinada la justicia de sus pre-  
 tensiones, antes de hacerla valer con la fuer-  
 za de las armas; y aun armada la diestra  
 de los Soberanos con el rayo, consultar á la  
 humanidad, y á la justicia. Hase visto res-  
 petada la propiedad de sus pueblos en las  
 Provincias que atravesaban sus exercitos;  
 protegido el honor, los bienes, y la vida de  
 sus subditos, y del Principe agresor: desterra-  
 da la practica barbara de abandonar á la de-  
 solacion las Ciudades tomadas por asalto, des-  
 pues de abierta la brecha; contra la que siem-  
 pre ha reclamado la ley natural. Hase visto  
 ultimamente terminada la universal guerra,



luego que se han asegurado suficientemente los derechos de la justicia, y el público sosiego: y confiamos en la piedad del cielo, la duración en la inviolable observancia de los deseados tratados, que acaban de publicarse.

El Príncipe debe poner su principal cuidado en proteger la Religión: no hay sin ella soberanía, ni gobierno; dependiendo uno y otro de las obligaciones de la obediencia; la qual no puede existir sin aquella ley primitiva de orden y de gobierno; parte del culto religioso, que debemos á un lex supremo, que nos manda respetar el orden público. Fuera de esto, no hay mas que el interés personal que sirva de regla; ni mas que la fuerza que domine: pero ni el interés ni la fuerza establecen el derecho, ni la justicia, cesando la ancora poderosa de todos los



134  
interece; en la pena y recompensa despues  
de la muerte.

Los Paganos, entre las tinieblas de la  
supersticion han conocido esta verdad; mi-  
rando el honor tributado á la divinidad,  
como la primera ley. No obstante su reli-  
gion informe no espacia sino debiles vis-  
lumbres sobre las maximas del gobierno.  
No otra que la verdadera Religion podia  
iluminar plenamente á los hombres solo  
en el seno del Chxistianismo, el soberano  
y el pueblo alcanzan aquellas verdades  
santas, que aseguran la potencia del uno, y  
la salud del otro; enñando á los Reyes á  
amar á sus subditos y á mandarlos como  
á hijos; y á los subditos á obedecerles como á  
Ministros de la Divinidad, y Padres de la  
Patria. Con que cuidado pue no deberian cus-  
todiar este precioso deposito!



135  
Como la religion de Jesuchristo no pueda  
producir frutos de vida, ni existir sino en  
la Iglesia Romana, de aqui el principal  
cuidado del Principe catolico en protegerla,  
y de consiguiente su potestad soberana\* en el  
orden espiritual. Alexese el Principe de este  
punto central, y se debilitara á proporcion  
su soberana potestad para el gobierno poli-  
tico. Los Hereges, levantandose contra los  
superiores que Dios les ha dado en la fe,  
enseñan á desobedecer á aquellos, que ha  
antepuesto á la sociedad civil. Previendo  
de otros varios motivos, que interesan al  
Principe en la proteccion de la autoridad  
eclesiastica; que la concision de un parra-  
fo no me permite expresar.

Y pues son tantos los libros, que hay es-  
critos de politica, de donde puede extraer el  
Principe las maximas mas importantes pa-  
\* De la Iglesia



na el acierto de su gobierno; por lo que tanto  
 recomendaba su leccion Demetrio á Folo-  
 mes, baste añadir, que debe el Principe poner  
 toda su mira en adquirirse el amor, y be-  
 nevolencia de sus subditos; la qual es el ver-  
 dadero, e' inespugnable preudio del Reyno:  
 lo que conseguira seguramente si sobre el des-  
 velo en promover el bien de sus subditos, imi-  
 tase á Fito Tespiano en la humanidad,  
 agrado, y cortejanía, en dar siempre audi-  
 encia á todos y no dexar á alguno parte  
 mal satisfecho de su preencia; por lo que no  
 es de admirar fuese de comun sentir llamado  
 el amor del mundo, y las delicias del genero  
 humano. Dichosa nuestra Monarquía, en  
 la que vemos vigorosam<sup>te</sup> practicadas estas  
 saludables maximas! Desvelado siempre  
 nuestro augusto Soberano, tierno padre de  
 la patria, en promover por todos los medios



337  
posibles la felicidad de sus amados Vasallos; y  
no menos activos sus sabios celosos Minis-  
tros en la execucion de sus proyectos.

## SVII.

Oficio de  
los subditos  
acia su Prin-  
cipe.

Hablemos ya del oficio de los subditos  
para con el Principe, especialmente de los  
que estan inmediatos á su persona. Opinan  
algunos, ser prudencia en los subditos reu-  
sar en lo posible el lado de los Principes; ale-  
gando, ser su benevolencia una llama, que  
con facilidad se apaga al mas ligero soplo  
de la envidia, y de la calumnia; exponien-  
do los muchos exemplos que ofrecen la hi-  
toria y experiencia de los que del humo fa-  
vor descendieron de improviso á una extre-  
ma desgracia y ruina: que dado el caso,  
que logre el subdito estable la gracia del  
Principe, vive de ordinario con el animo



inquieta, sin libertad, y oprimido de negocios;  
y para que nada quede que exponer en fa-  
vor de la mas errada opinion, alegan hasta  
la fabula de la banisa de barro, que reusaba  
el lado de la de cobre, por evitar el riesgo de que-  
brarse.

Yo de bien contrario sentir juzgo ser  
humanamente apreciable y ventajosa la comu-  
nicacion con el Principe; y que no es cordura  
en el subdito escusarla, si tuviere la dicha  
de merecerla. Su benevolencia le honra, y en-  
grandece; su virtud tan sobresaliente, y su-  
perior como su dignidad en gran manera  
le edifica: y si su amor y confianza le dispen-  
sa algunas ocupaciones, su liberalidad recom-  
pensa su trabajo, colmandole de mercedes y  
satisfacciones. Caen muchos de la gracia del  
Principe; no lo dudo; y como el vaso de tierra  
con su comunicacion se rompe, siendo ma-



yor el golpe, segun que es de mas alto la cai-  
 da; pero proviene esto en mi juicio del abuso  
 que hacen los subditos de la benignidad de los  
 Principes, antes que de los tios de la embidia,  
 de los quales vive seguro el valido en el concep-  
 to y estimacion del Soberano, si procediere con  
 rectitud, candor, fidelidad, prudencia y mode-  
 racion. Basta solo el defecto de esta ultima  
 circunstancia en la comunicacion con el Prin-  
 cipe, para incurrir en su indignacion; quan-  
 do unicamente confiado en el favor, y grata  
 acogida, que experimenta en su benignidad,  
 se desvia de la debida humildad y reverencia

Conviene pues al subdito para lograr es-  
 table la gracia del Principe, imitar al oso,  
 del que dicen los naturalistas, que en tiempo  
 bueno se entristece, esperando el malo: cuya  
 duda le mantendra siempre en la obediencia  
 y respeto, que tan grato es, y debido al Princi-



pe, y á Dios mismo, de quien es Ministro. <sup>140</sup>

El mismo honor se debe proporcionalmente exhibir por los subditos del Principe á sus Ministros, y Magistrados, por ser sus miembros, y llevar su imagen impresa en los frentes. Pero este honor deberán considerar, que es al Principe á quien primariamente se tributa, y secundariamente á ellos; por la dignidad, que dimana de la autoridad misma soberana, y con subordinacion á ella. Consideracion de no poca importancia, para impedir la entrada á la elacion del animo al verse honrados: cuidando mas de la estimacion y honor que proceda de su propia virtud, que de la que se les dispense por su oficio; de que no estaran en posesion siempre, para que puedan decir con razon, verificado el caso, estar en honor, sin honor, esto es, sin el honor de la dignidad.



En quanto á la comunicacion del Ministro con el Principe, baste decir, que jamas por temor, ni esperanza comienta que el Principe egecute cosa injusta, ni mucho menos la acomese. Muchos por este iniquo medio creyeron duxar en la gracia de los Principes, y adelantar su fortuna; lisongeando sus perversas inclinaciones; pero con fin bien contrario á sus ideas, vinieron á quedar por ultimo sin pelo, ni piel; terminando infelizmente la vida con muerte infeliz, e ignominiosa. En caso de ser inexcusable al Ministro hablar con verdad, y desengañar al Principe, no tema su indignacion y desgracia: consulte á la prudencia, q.<sup>ta</sup> ella le sugerirá el medio de suavizar el desengaño: experimentará, si, algun desabrimiento; pero quedará mas asegurado en la estimacion y confianza del Principe, y de mejor condicion los deseos



de mejorar su suerte.

142

Pero los Principes, así como son Ministros de la Providencia del Señor, son también imágenes vivas de su bondad y sabiduría: con aquella, los mueve á obrar el bien: con esta, los ilumina para el acierto; y pues nos los ha dado para que nos gobiernen, defiendan y protejan, su conducta debe suponerse irreprehensible; prudentes sus resoluciones; y su voluntad en la práctica justísima. Así deben todos sus súbditos respetar, amar y obedecer su autoridad soberana, como la base en que estriba el gobierno político, de donde depende el bien de toda la sociedad.

El mismo Dios, que instituyó la soberana potestad de los Reyes, impone á todos los súbditos la obligación de la obediencia: Jesuchristo la ha mandado expresamente; y el espíritu santo la recomienda, no solo



en orden al Principe, sino tambien en orden á las cabezas de la Sociedad; esto es, á los Magistrados y demas oficiales del Soberano: Estad sujetos á toda humana criatura por Dios; al Rey como á principal, y á las cabezas, ó lo que es lo mismo, á las personas que ha elegido para que le ayuden á cubrir los cargos de la publica administracion, porque el Soberano, revitiendolos de su poder, impone á los subditos la obligacion de obedecerles: y seria una violacion de la autoridad soberana, la inobediencia de los otros subditos.

Esto no obstante, estos mismos oficiales no estan menos obligados á obedecer al Soberano, á causa del juramento de fidelidad que le han prestado; del exemplo de obediencia, que deben dar para conservacion de la autoridad que exercen; que caeria nece-



saxiamente, si no sostuviesen la potestad de quien la han recibido; y de quedar en la clase de subditos; á quienes no exceptua el conde de S.<sup>n</sup> Pablo, que encarga en general á todos los subditos, la subordinacion al Soberano.

Esta feliz subordinacion, es el freno, que era indispensable poner al hombre constituido en sociedad para asegurar su propio bien. Falte esta subordinacion, y aniquilada la potencia del gobierno, en breve se verá el hombre sumergido en un abismo de calamidades. El Principe no tendrá el poder necesario para cuidar de la publica seguridad; para reprimir á los malhechores; para restablecer el orden; terminar los pleitos, y repeler los enemigos del estado, si no pudiese hacerse obedecer; porque su potestad consiste en el derecho de hacer concurrir todos los miembros del estado á la execucion de su voluntad: no cono-



ciendo por otra parte los subditos otra ley que la de sus pasiones, quedarán abandonados á su imperio, el honor, el sosiego, la libertad, y la vida: la codicia, la ambicion, la venganza, y el deseo del dominio cubrirán la tierra de delitos: las guerras intestinas, la confusion, y la barbarie sepultarán las virtudes, las artes, y las ciencias debaxo de las ruinas de la humanidad; y ofrecerán por todas partes la imagen del antiguo caos: de lo que nos ofrece innumerables exemplos la historia de todos los siglos.

Conviene pues, que los subditos sean igualmente celosos por la conservacion de la suprema potestad, que aquellos en cuyas manos esta depositada: quando esta no existe, sino para nuestro provecho; manteniendo inseparable siempre nuestra union de su autoridad. Pero deben con especialidad ser.



146  
lo en aquellos procelosos tiempos, en que el fanatismo, gritando al arma, inspira en los animos su furor, para establecer el despotismo sobre las ruinas del trono, y de la humanidad.

Obedecer á la Iglesia en materia espiritual, y al Rey en lo que pertenece á la sociedad civil, es el código compendiado de la Religión, y de la patria. Regla simple, y cierta, que pondrá siempre los corazones en seguro del entusiasmo de un falso amor á la patria, pero que jamás lo conocio el espíritu de independencia, por haber sido en todos tiempos enemigo de la autoridad.

### SVIII.

Quando voi á discurrir sobre la conversacion del Docto con el Ignorante, no cuento con el ignorante rudo, que destituido de

Oficios del docto acia el indocto.



147  
talento, de literatura, de amor á ella, y  
al literato, vive contento en su estolidez.  
Con este, unirre el docto en el trato es tan  
difícil, por la diversidad de naturaleza,  
y de costumbres, como incorporarse la cera  
con el agua; y el dicurrir con él en mate-  
ria literaria tan al perdido, como el echar  
según el proverbio, margaritas á puecos.  
Hablo solo del ignorante entendido: sin letras,  
pero amante de ellas; que aprecia al docto, y  
á su doctrina: le honra, sigue, y codicia su ins-  
trucción. Y pues es acreedor el ignorante de es-  
ta clase á que no desdeñe el docto su trato, por  
sus apreciables qualidades, y á él también  
resulta satisfacción, y gusto en la comunicaci-  
on del bien, que goza, enseñando lo que sabe,  
insinuaremos el modo, que deben observar  
ambos en su reciproco comercio.

Las letras hacen por lo regular al hom-



bre hinchado, y soberbio. Esta es una verdad  
que á cada paso se ve confirmada por la ex-  
periencia, y la demuestra la historia en mil  
exemplos: el de Accio Poeta solo, basta para  
conocer el extremo, á que puede arripar la  
entonacion de un literato; pues entrando Car-  
los V. en una Academia, á la que asistia á  
la sazón dicho poeta, no se dignó saludarlo;  
estimandose por su literatura en mas, que  
el mismo Cesar.

Debe pues el docto mostrarse humil-  
de en el trato. La copia misma de su doctri-  
na debé obligarle á doblar la cerviz. La plan-  
ta mas cargada de fruto está mas inclina-  
da acia la tierra. La desconfianza, y la mo-  
destia son las señas características del sabio:  
La humildad es el fundamento de la virtud  
verdadera; y el resplandor de la mas grande  
en qualquiera linea, siempre es oscurecido



de la soberbia.

Ni ha de tener el docto escondida la ciencia sin fruto, ni ha de usarla por vanagloria; sino por utilidad suya, y por el beneficio universal; pues no se posee con gusto bien alguno, sin compañía; y ha de transfundirse en otros lo que se sabe, aprendiendo para enseñar. Convienele también, esconder en las conversaciones cierta afectación, que en vez de hacerle grato, le hará odioso: ni deberá prodigalizar tanto la doctrina, que cause saciedad y cansancio, en que podrá también pecar en el modo, fastidiando el ánimo, y el oído, si hablando con los indoctos dicurriere presentando los argumentos en forma, y usando de expresiones superiores á su alcance; como si leyese á sus discípulos, ó perorase en algún corro de Filósofos.

Requiere se especialmente con los in-



150

doctos exercitar la doctrina con tal familiaridad, y discrecion, que sirva mas à excitar el apetito, que à saciarlo. Quien tuviere este estilo, dará y recibirá grandísimo contento: lo grata ver aprovechada, y recibida su doctrina, y se captará el aprecio, y respeto de los indoctos. Pero lisongeandose con el placer de conceptuarse superior en talento, y erudicion en la materia, que se trata, no haga tan poco asunto de los oyentes, que incida en algun renuncio, que le saque los colores al rostro, y quite la gana de ser quixote; como sucedió à un literato con un artifice, à quien pidiendole limosna, añadiendo que era Maestro en las siete artes, le respondió con agudeza: Yo soi mas docto que tu; pues con un arte sola me alimento à mi, à mi muger, y à mis hijos, quando tu con siete, no puedes sustentarte à ti solo.



Hai ciertamente personas de ingenio tan  
 peregrino, aunque sin letras, que sin mas  
 que seguir como discipulos á la naturale-  
 za maestra, concluyen con el mayor acie-  
 ro arduos honrados empeños, y son en las  
 concurrencias, por su nativa gracia, y agu-  
 deza, el encanto y la delicia; quando mu-  
 chos literatos, son para los negocios inutiles,  
 y sin fruto; y en las conversaciones, insi-  
 pidos, y sin gusto: distribuyendo la natura-  
 leza con mano provida sus dones, sin que-  
 rer hacer agravio á los demas, recogiendo  
 todas las prerrogativas en uno solo.

Conviene por ultimo advertir al docto,  
 se abstenga con especialidad de los vicios: tan-  
 to vale la ciencia en un literato vicioso, quan-  
 to el buen vino en una mala cuba: Acompa-  
 ñe á su doctrina una vida irreprehensi-  
 ble; y muestre no menos con las obras el can-



2452

dor del animo, que con las palabras la so-  
lidez de su sabiduria; lo que le hara sobre  
todo amable, y respetable.

### S. IX.

Prescribamos ahora a los indoctos el mo-  
do de adquirir en la conversacion la bene-  
volencia de los doctos. El primero y mas efi-  
caz arbitrio para ello, es el silencio; mal  
observado de los indoctos; pues los que saben  
menos, son por lo regular los que mas hablan,  
altercan, y gritan mas fuertemente: aun por  
eso se diria tal vez, que la rueda mas gasta-  
da del carro, es la que hace mayor estrepito;  
como se dice por el contrario en favor de los  
sabios, que los rios mas profundos cami-  
nan con menos ruido.

Oficios del  
indocto acia  
el docto.

El segundo es, que hablando con doctos,  
se acuerden de que son ignorantes. El cono-



cimiento del pecado, es el principio de la salud. Con este recuerdo procederán con mas circunspeccion en sus razonamientos, y con menor peligro de errar; siendo dicho de un Filosofo, que no yerra en las cosas, que no sabe, el que conoce no saberlas; al paso q<sup>e</sup> es ignorante, y comete error, el que piensa saber lo que no sabe. Asentirán á los dichos del docto, sin suscitar contestaciones y disputas, siendo cosa la mas odiosa, el alterar un ignorante con un sabio; y tan irregular empeño, como el de contender en el canto con un ruiseñor, un graso. Y sin ocultar por ultimo su ignorancia, preguntarán al docto lo que no saben; haciendo antes sincera confesion de no saber, que vana ostentacion de saber. Lo uno argumento de modestia, y lo otro de arrogancia. No es decir, que haya de hacerse tan



354  
á las claxas la confesion de la ignorancia  
que excluya todo diuimulo, u artificio: Ar-  
bitrios tiene la dixeracion: Gracioso es al pro-  
posito del que se sirvió un Hidalgo; quien  
preguntado por un forastero, que historia  
era la que estaba pintada en el friso de su  
sala, le respondió: Esperad; vuelvo al momen-  
to: y pasando al quaxto de un hermano su-  
yo doctor, y conduciendolo á la estancia don-  
de estaba el forastero; hermano, le dice, respon-  
de á este Caballero.

Repito por ultimo á los indoctos, honren  
á los doctos, y procuren su conuersacion; la  
que los hará inteligentes, sabios, virtuosos,  
amables, y aptos á proporcionarse honrada-  
mente qualquier brillante destino. Estas son  
ciertamente las grandes utilidades que resul-  
tan de las letras; pues ellas destierran la igno-  
rancia, ilustran el entendimiento, dirigen el



155  
juicio, ordenan la vida, hacen benigno al  
hombre, pacifico y agradable, le fixen de  
escala á los honores y dignidades, y á la con-  
templacion de las cosas celestiales, y divinas.  
Ni para persuadirle á la conducencia de  
las letras para la virtud, y honrosos desti-  
nos, es necesario alegar mas argumento, que  
el de la experiencia; habiendo acreditado  
esta en todo tiempo, no haber habido sabio  
que por lo regular no haya sido virtuoso,  
y su merito atendido; siendo igualmente  
cierto por experiencia el influxo de la igno-  
rancia para las acciones viciosas; pues los  
hombres estupidos, y sin cultura, son los  
que adolecen por lo comun de mayores vicios  
y los que en defecto del talento, y merito  
de los doctos, se valen de la adulacion, de la  
malevolencia, y la calumnia para ensal-  
zarse.



Pero á quienes con especialidad conduce  
 el trato, familiaridad, gracia, y benevolencia  
 de los doctos, son á aquellos que aspiran á im-  
 mortalizar la fama de sus gloriosas acciones:  
 serian privados sin duda muchos ilustres per-  
 sonages de nombre, y gloria sin el subsidio  
 de las letras; es decir sin los escritos de his-  
 toriadores, y poetas, que conexasaron á la pos-  
 teridad su memoria. No á todos asiste la ap-  
 titud que á Cesar, para tomar, como dice el  
 poeta, ora la espada, ora la pluma. Aun  
 por eso llamaba Alessandro afortunado á  
 Aquiles, en haber hallado un excelente escri-  
 tor de sus empresas; significando su deseo de  
 lograr tambien un primoroso escritor de sus  
 heroicos hechos; sin cuyo espiritu sabia, que  
 su memoria moriria bien presto en el olvido.

Grande prerrogativa la q.<sup>a</sup> gozan las plu-  
 mas de los sabios escritores. Hacer á quien quie-



ren triunfar de la muerte, sacarle de la sepulcro, y conservar le por muchos siglos en vida. No solo en este sentido pueden dar la vida, sino tambien quitarla. Aun por eso solia decir un ilustre Capitan; que las plumas de los escritores pasan los coteletes de los guerreros; siendo cierto que muchos, segun el afecto que los domina, o ensalzan, o abaten, fuera de lo justo, en sus historias las obras de los mas insignes personages.

Como quiera es prudencia solicitar la amistad de los literatos, dispensarles favores, y acogellos bajo su proteccion; no tanto por el propio interes, quanto por amor a la virtud; lo que grangeo suma gloria a Alexandro, a Augusto, y a Mecenas, honrando y enriqueciendo con grandes, y magnificos dones a varios poetas, oradores, y filosofos de los que mas sobresalieron en su tiempo.



Juan pocos exemplos se ven de estos en este tan decantado siglo de la ilustracion! Los verdaderos doctos viven en el retiro de sus estudios abandonados de los indoctos; y lo que es mas extraño hasta de los que están en el concepto de doctos. Sin duda es mas extraño; atendidos el má<sup>or</sup> placer y utilidad, que experimenta el docto en el trato con sus iguales; entre quienes es mas conocida, y aplaudida su doctrina; en cada uno de los quales, logra la complacencia de ver una imagen de si mismo: la de dar y recibir aún tiempo, en lo que enseña y aprende en sus familiares conferencias, y disputas; y el mayor bien de la amistad perfecta, que resulta de la uniformidad de voluntad, vida y estudios; siendo cierto, que estrechan mas, y con mayor duracion los vinculos de la virtud, que los de la sangre.

Pero la injusticia de este desvio, y menos-



precio de los pretensos doctos, seria poco sensible á los verdaderos doctos, sino exercitase otra mayor su suprimiento, en los ultrages que padecen de aquellos en sus personas, y exixtos con las mas iniquas censuras. Fácil era descifrar el enigma; asignando, y reflexionando sobre las causas de tan extraño procedimiento, en la necia presuncion de los indoctos, en la malevolencia, embidia, ó ignorancia de los doctos, diré mejor, semidoctos, ó doctos de apariencia; llamandolos de una vez con su propio nombre: Mas arguixiásemelo tal vez de inconsiguiente, en exponerme al odio, y duplicencia; siendo mi intento en esta idea de la verdadera urbanidad, prescribir reglas para grangearse el amor, y benevolencia en el comexio civil.

### SX.

El trastorno general de Europa, en especi-



160  
al de las potencias vecinas, ocasionando ma-  
yor concurrencia de forasteros á esta Penin-  
sula, hace preciso el razonamiento acerca  
del Ciudadano, y el Estraño; que en otras  
circunstancias pudiera omitirse, por irregu-  
lar esta comunicacion. No obstante, aunque  
accidentalmente se haya hecho hoy mas or-  
dinario; como de suyo sea infrecuente, y  
poco comun en el trato familiar, nos conten-  
taremos con solo hacer algunas breves adver-  
tencias relativas al oficio de cada uno.

Oficios del  
propio acia  
el extraño.

Exige pues del ciudadano la humanidad,  
mirar con ojos de piedad á los forasteros;  
considerando, que estando lejos de su patria,  
pacientes, facultades, y privados de todas las  
conveniencias, que gozamos en nuestras casas,  
son dignos de nuestro amparo y favor; en  
especial, si se hallan necesitados; en cuyo al-  
vergue, lo adquiere cada uno en el cielo: sien-



do ciéato sea tan grata á Dios esta  
obra de clemencia, que aun el dar á be-  
ber solo un vaso de agua, no carece de pre-  
mio.

Y aunque las cosas de acá bajo no de-  
ben ponerse en consideracion con la grande-  
za de los meritos divinos, no obsta que se  
ponga en consideracion el honor, y utili-  
dad, que resulta á los que tienen siempre  
su casa abierta á los forasteros, tratando-  
los con toda urbanidad, y amor; pues ade-  
mas del credito, que se adquieren en su patria  
por su opiciosa hospitalidad, sin salir de su  
territorio, son conocidos, y nombrados con gran-  
de honor, y aplauso, en los países distantes;  
seguros de encontrar en sus peregrinaciones,  
amigos, dinero, y buen servicio.

Aquellos, que jamas salieron de los mu-  
ros de su patria, ni probaron los trabajos



162  
e incomodidades, que se padecen fuera de  
casa, son de ordinario los mas duros, y me-  
nos dispuestos a compadecerse de los forane-  
ros; por no conocer su estado: error sin duda  
grande: debiendo usarse con los extraños  
no solo de los terminos comunes de amor y  
benevolencia que se practican con los con-  
ciudadanos, sino aun mucho mayores: sien-  
do cierto, que estando privados de todos los  
consuelos de su patria, y casa, son mas dig-  
nos de compasion a los ojos de Dios, y de los  
hombres. Por tanto, se requiere tratandolos,  
usar con ellos de palabras, y acciones llenas  
de respeto: absteniendose de reprehenderlos, mu-  
cho menos de insultarlos, aunque den ocasion;  
y de aquellas confianzas, que se permiten  
entre payzanos; antes bien tolerando, y disi-  
mulando sus defectos.



Oficios del  
estrano acia  
el propio.

Es cierto, que algunos forasteros son poco  
estimados por culpa suya, á causa de hacer  
mas de lo que conviene del domestico, y ciu-  
dadano. La gravedad nimia, la licencia, la  
curiosidad, la hutil impertinente investiga-  
cion de la agena conducta, y otros vicios del  
pai, del temperamento, ó de la educacion,  
son motivos suficientes para hacerse un es-  
trano vituperable, y odioso. Abstengase pues  
de estos defectos; y use en especial fuera de  
su casa, y patria de tal respeto, y moder-  
tia con los que trata, que los obligue á amar-  
le, y estimarle digno de su favor: tan conte-  
nido en los limites de la moderacion, que sa-  
mas se proponga en cosa alguna; antes sea  
su cuidado el retirar siempre el pie acia  
átras; aventurando en lo uno, ser sosteni-  
do con verguenza; y asegurando en lo otro,



164.  
el ser invitado con honox. sea por ultimo  
tan medido en sus palabras, y acciones con el  
ciudadano, qual á este corresponde sexlo con  
el; para que sea la comunicacion por am-  
bos lados agradable.

## S. XII.

Con bien pocas palabras, como el ante-  
rior asunto, pudiera concluirse el presente  
de la comunicacion entre el Eclesiastico, y secu-  
lar; no ocurriendo esta por lo regular, sino es  
una vez al año, y en el, una sola media  
hora, que se expende en la confesion de los  
pecados; despues de la qual se huye por lo  
comun, no solo de la conversacion, sino de la  
presencia del Eclesiastico. La culpa de este des-  
vio esta en los seculares, que seducidos del de-  
monio por qualquier imperfeccion que notan  
en los Eclesiasticos, los consideran indignos de

Oficio del  
seglar acia  
el Eclesiastico.



su amor, & su respeto, y de su trato. Es cierto que hay Eclesiásticos, que lo son en el nombre, no en las obras. Mas á los Seculares debe batar que tengan el nombre, y la dignidad sacerdotal; y que se los haya dado Dios, no para ser jueces de sus acciones, sino para ser observadores de sus preceptos, y documentos.

Los que aborrecen su trato, (seame licito decirlo) dan muestras nada equívocas de abrigar en sus corazones un espíritu enemigo de la Religión, y de la Fe de Jesuchristo. Los verdaderos católicos no pueden negar que la conversacion de los Eclesiásticos es en gran manera fructuosa; porque con la doctrina nos dirigen en el camino de la salvacion, y con la gravedad exterior nos dan exemplo de temor, y reverencia. Ni hay Eclesiástico de tan mala fama, cuya conversacion no sea edificativa, y aumente el fervor espiritual en



vez de enturbiarle.

786

Devese pues á Dios el juicio de la vida  
de los Eclesiasticos: abstengame los Secula-  
res en su trato de palabras, y acciones pro-  
fanas, que son ofensivas á su caracter: sean  
tenidos en grande reverencia, atendida la  
alteza de su dignidad sacerdotal, por la qual  
son tan distinguidos en las santas Escrituras  
con los honrosos titulos de Sal de la tierra;  
Luz del mundo; Ciudad edificada sobre un  
monte; Antorcha colocada sobre un candelero  
para iluminar á los que estan en la Casa de  
Dios, Semilla escogida, Gente santa; Pueblo de  
adquisicion; Real Sacerdocio, finalmente Es-  
trellas, y Angeles; siendo mai cierto que  
los honores, y oficios, que se usan con los sa-  
cerdotes se exhiben al mismo Dios.

### SXIII.

Es igualmente cierto, que á los Eclesias-



Oficia del  
Eclesiastico  
acia el reglar.

167

El que pertenece regir a los muros, antes  
de regir al pueblo; porque en vano se fatiga  
el que pretende enderezar la obra torcida, sin  
primero enderezar la vara, que hace recta  
la obra. En el trato con los seculares no deben  
ser muy asperos, ni muy suaves: deben obser-  
var un temperamento medio entre la vara,  
y el baston; usando de aquella para herir,  
y de este para sustentar. Abstengase de pa-  
labras, que puedan dar mal exemplo, o sos-  
pecha de intencion de arreglo; acordandose  
de aquel dicho, que las chanzas de los legos, son  
blasfemias en la boca de los Eclesiasticos.

Asi con sus palabras, y costumbres cuiden  
de reformar la vida de los seculares; estimulando-  
los a tenerle la debida reverencia; mostrandose  
mas devotos, sumos, y perfectos, que ellos: pue-  
si es gran verguenza tenerlos en la conducta  
por su igualdad; quanto mayor sera reconocer.



los por superiores? No hai cosa que mayor-  
mente prueve de su honor a la Yglesia de Dios,  
que el que los seculares sean de mejor vida, que  
los Eclesiasticos. Sepan pues, que asi como son  
constituidos en mayor dignidad, que los secu-  
lares, lo estan tambien en mayor obligacion  
de vivir bien. Sus fueros son mas dificiles de cu-  
brirse a los ojos de los hombres. Estan en suma,  
en la estrecha necesidad de mostrarse en la doc-  
trina, y en la vida irreprehensibles

SXIV.

De intento reserve para el fin de este dis- Oficios del  
curso hablar de la comunicacion entre la mu-hombre aca  
ger, y el hombre; para que lograse el animo la muger.  
con lo ameno y agradable del asunto, havi-  
zar el fastidio, que pudo ocasionarle la me-  
sura y sequedad de los anteriores razonami-  
entos. Si ya no le me dice, que voi a conti-



en mayor angustia al animo, y aun  
 al malquistar mi reputacion, hablando de  
 un trato generalmente reputado por va-  
 no, inutil, y peligroso; contra el qual sehan  
 producido en todos tiempos las mas acerinvec-  
 tivas, y vehementes declamaciones.

Asi seria sin duda, si dirigiere mi razona-  
 miento á aquella clase de trato criminal,  
 en que interviene solo la lasciva Venus, ma-  
 dre del amor impudico; amor y trato abomi-  
 nable á los ojos de Dios, y de los hombres de sa-  
 na mente, y origen de innumerables males;  
 de la perdida de la hacienda; de la fee, de la fa-  
 ma, de la virtud, del cuerpo, y de la alma;  
 en el qual ni hay orden, razon, ni estabili-  
 dad alguna; cuyo principio es miedo, el me-  
 dio pecado, y el fin dolor, y fastidio.

Pero el objeto de mi raciocinio es mu-  
 otro: á saber: el trato honesto, en el que inter-



viene solo la honesta Venus, madre del amor casto, que nace de las gracias de la alma, y de la belleza tambien del cuerpo, con tal que no trascienda a mas sentido, que al de la vida. Amor y trato noble, y benefico para uno y otro sexo, que le produce los mas preciosos efectos. Por este amor, y trato logra el hombre ser discreto, sabio, sociable, fino, amable, laborioso, paciente, y magnanimo: ama la familiaridad, y compania de sus semejantes: los publicos espectaculos, y las privadas concurrencias; que le serian inuipidas, y frias, sin la intervencion de las mugeres; a cuya presencia, especialmente de la persona amada, subtiliza el entendimiento, compone el semblante, el vestido y la actitud del cuerpo; esforzandose en palabras, acciones, y de todos modos para grangearse su gracia, y benevolencia: inflamado de honrados penamientos, emprehende acciones heroicas



y se dedica á los mas loables estudios, en especial al de la Poesia, en cuyas producciones por la mayor parte no tiene menos influ-  
xo Venus, que Minerva. En suma constituyen  
el amor y trato honesto todo el esplendor  
y ornato de la vida del hombre.

Los mismos efectos causan proporcional-  
mente el amor y trato honesto en las mu-  
geres, y sin estímulos de agradar á los hom-  
bres, seria menor sin duda el atractivo de su  
belleza, de su gracia, y de su adorno. Siendo  
pues como es inegable de suyo el trato honesto  
entre hombres y mugeres, grato, loable, y  
util, y el discursar á cerca de el, ocupacion  
gustosa y digna de la pluma, paremos ya  
á hablar de el sin mas demora; con lo que  
logrará el animo sin duda, completa la  
satisfaccion en cerrar<sup>en</sup> obsequio del res-  
petuoso amable lexo, con llave de oro el discurso.



Como al hombre su naturaleza misma con especialidad le inclina al amor de las mugeres, y de consiguiente excita el deseo de agradarles para grangearse su correspondencia, que es el fin del amante, á qualquiera le son obvios los medios de conseguirla; pudiendo en algun modo decirse, que tanto alcanza en esta parte el sabio, como el ignorante, el entendido como el estúpido; ceníreme en tan amplo asunto á hacer solo algunas ligeras advertencias sobre lo que principalmente debe observarse en el trato con las mugeres; por cuya falta es muy frecuente incidir el hombre en su desagrado, y á veces en su indignacion con no pequeño detrimento.

La especial prerrogativa, que gozan las mugeres por razon del sexo, exige de los hombres todo respeto, y obsequio. Bien persuadido estaba Romulo á esta verdad, expidiendo a-



quel Decreto, tan honorifico á las mugeres en que mandaba á los hombres, le cediesen el primer lugar. Aun quando qualquiera determine su afecto, servicio y obsequio á una sola, no debe desar con todo de tributar honox y reverencia á las demas, mostrandose deseoso de merecer su gracia, y absteniendose de hacer, ó decir jamas cosa, que ceda en desestimacion, ó desprecio de ellas; en que no solo padece el credito del hombre, no habiendo cosa que mas le infame, y degrade, sino que pone tambien á riesgo el exito favorable de su designios; siendo los votos contrarios de las mugeres pronosticos de mal agüero; atendido el poder de su influencias para el bien, ó para el mal. Ni hay que esperar, que el tiempo, ni las mas eficaces persuaciones las hagan deponer el concepto, que una vez formaron; porque



la condicion de la muger, al paño que es de  
cera para recibir las impresiones, es tambi-  
en de obstinado marmol para retenerlas. Con-  
viene pues al hombre exercitar siempre su  
lengua en alabarlas, y nunca vituperarlas,  
ni en publico, ni en secreto, ni por passion, ni  
en acto de confianza; pues asi como el desacre-  
ditarlas es el instrumento mas poderoso pa-  
ra encenderlas de ira, asi el aplaudirlas y  
ensaltar su merito, lo es igualmente para  
inflamarlas de amor.

En la conversacion con las mugeres, con-  
viene tambien al hombre abstenerse de alter-  
caciones, y disputas; antes debe siempre huir  
del empeño de que prevalezca su dictamen; por  
que con estos modos peccinaces no se gran-  
gea otra cosa, que el desagrado: asi sera pru-  
dencia, dexar siempre a su opinion. Juz-  
go en suma, que quien aspira a lograr el



179  
amor, y benevolencia de las mugeres, ape-  
nas puede pecar por exceso, en exigirles  
muestras de aprecio, y respeto, de discrecion  
y rendimiento.

### SXV.

Oficios de  
la muger  
acia el hom-  
bre.

Es bien cierto que si las mugeres no se  
portan con el modo, que conviene a su es-  
tado, jamas deben esperar el aprecio, honor,  
y obsequio de los hombres. Asi es necesario,  
pongan su estudio en agradarlos; absteni-  
endose especialmente de la abundancia de  
palabras. Comunmente se dice, que donde hai  
menos entendimiento, hay mas palabras. El  
silencio es el mayor ornato de la muger, y  
el mas claro indicio de su prudencia. Con-  
vienele pues la continencia en la lengua;  
y que quando hable, acompañe a las pa-  
labras aquel agrado, amabilidad, y porte



grave, y magestuoso que corresponde á una Matrona.

Stugeres hay sin numero, que por su indubitable honestidad, talento, y otras apreciables qualidades, logran grande concepto entre los hombres; pero creyendo adelantarse con un mal entendido despeso, se muestran vanas, licenciadas, y libres, con ofensa de su decoro, y reputacion. Otras hay por el contrario, que por adquirir nombre de honestas, y grangearse mayor aprecio, arman el rostro de terrible fiereza; mostrandose mas altivas, que honestas, grangearandose solo, en vez del amor, la displicencia. La bondad y cortesia no repugnan á la honestidad; antes son sus compañeras inseparables; y la austeridad sirve solo á ocultar las dotes de la alma: por lo que decia un Poeta que:

El demaniado orgullo,



esconde en la muger muchas virtudes.

Uno, y otro extremo de rigidez, y licencia deben ovir las mugeres: en el agrado del rostro, en la magestad de la persona, en la sinceridad y precion de las palabras, en la vivacidad del entendimiento, en la modestia del porte, y en el candor de las costumbres, consiste toda la fuerza de su atractivo.

Exc.<sup>ma</sup> Señora  
Princesa de  
la Paz.

Jamás se borrará de mi memoria la imagen de una gran Señora, que por sus raras prendas de alma y cuerpo, fue siempre objeto de mi admiracion, y respeto, y de quantos conmigo lograron el distinguido honor de su pie. Su proporcionada estatura, su airoso talle, su belleza, gracia, y donosura, su ademan, y porte magestuoso, pero afable, correspondiente á su inclito augusto origen, su aseo, y honesto adorno, en suma todo su exterior es lo q.<sup>e</sup> en esta esclarecidísima Señora.



ra roba menos la ~~atencion~~, y roba mucha.  
 En cuyo supuesto, ¿quales debexán ser sus puen-  
 das de alma? Enlaza felizmente esta Señora  
 Ex<sup>ma</sup> con un talento fino, y despejado, un ju-  
 cio solido, y una índole noble, generosa, e in-  
 clinada á lo bueno. Une asimismo á la digni-  
 dad de las palabras, la dulzura de la voz, y la  
 honestidad de los conceptos, resultando de este  
 agrado primoroso, la melodía mas grata, y  
 deliciosa para la alma: es tal la suavidad,  
 que quando habla parece que calla, y que  
 habla quando calla; retirada por lo regular  
 en sí misma, y atenta con singular agrado, y  
 complacencia al que habla, sin jamas interrumpirle;  
 y es huias á veces la trinterza, que causa  
 en los animos su natural silencio, por la eca-  
 sa economia, con que dispensa el tesoro de su  
 preciosa locucion. Mas no an el de su bene-  
 ficencia, de la que participan todos en el mo-



do conveniente, sin excepcion, salvando siempre escrupulosamente su decoro. Habiendo la divina Providencia, justissima remuneradora del merito, dado á esta alta Señora poder igual á su beneficencia, ¿que no deberán esperar de su proteccion los literatos y virtuosos, á quienes honró y amó con todo el afecto de su corazon? Mas pudiera extenderse la pluma en su alabanza: baste lo dicho para proponer un exemplar á las mugeres, que si áciertan á imitarle, lograrán sin duda la gracia, y benevolencia de los hombres. Hoy existe su original en el gran teatro de la Corte en la elevacion de grandezza, correspondiente á su grado, desde cuya altura convida á todos igualmente á la imitacion, que al respeto.

Resta ahora por conclusion de este razonamiento, prefixar los limites, á que deba ceñirse la comunicacion entre la muger, y



el hombre, como conducente al asunto principal. Mas como no deba esta exceder por lo común los del ocio, se hace necesario distinguir dos clases de ocio: á saber el vicioso, y el honesto. Ocio vicioso llamo á aquel, que nace de la vileza del animo, y retira al hombre de las vigiliat, de los estudios, de las fatigas, y de todo genero de loables operaciones: ocio abominable, ocasion de vanos pensamientos, y de mala vida, propio de aquellos hombres, que son inutilis en el mundo, temerosos del sol, de la lluvia, y de mas intemperies, y dados solamente á pensamientos accididos, y al sacrificio de Venus, y de Baco, enemigos de los hombres, y aun de Dios, que maldijo la higuera por llevar solo hojas sin fruto.

Ocio honesto, es aquel desahogo que se concede al animo, oprimido de graves negocios, y serias ocupaciones, con el beneficio del descans.



so, y de algun honesto paratiempo. Ocio indispensable, y necesario para recobrase el hombre de la fatiga y molestia, que origina todo exercicio intenso de alma, ó cuerpo; sin cuyo auxilio no pudiera conservarse por largo tiempo la vida. Por esta razon no se dedignaba el invicto Alcides de mezclarse á veces entre los niños, y jugar con ellos como niño: por la misma, no se avergonzaba Agesilas de cabalgar en una caña en compañía de un hijo suyo parvulito; ni aquellos juegos, y demas antiguos espectáculos creo yo que se concediesen al Pueblo por los Príncipes, tanto para gloria suya, quanto para que los hombres despues de ellos, volvieran á la fatiga de su acostumbrados exercicios con mayor nervio, y alegria.

Pero á este ocio, aunque util y necesario debe asignarsele cierto termino, del qual no es



licito pasar; habiendo dado la naturaleza el ser al hombre, no para el reposo, y la alegría, sino para el ejercicio, y el estudio de las cosas graves. Perderia sin duda este ocio el nombre si se convirtiese en ejercicio continuo, perjudicial por extremo al desempeño de las obligaciones propias del respectivo ministerio.

Aun por eso Filipo Rey de Macedonia reprehendia á su hijo Alexandro magno, porque con el nimio ejercicio en el canto, apaxtaba el animo de las cosas pertenecientes á su grandeza; y á un Ciudadano despidio el Emperador Domitiano de su Consejo, que con el uso continuo de la danza se distrahia de los negocios.

Asi es constante, que debe usar el hombre de este ocio honesto y virtuoso, con prudente moderacion, solo como medicina para recuperar el vigor del animo, y del cuerpo. Y pues en la conversacion con las mugeres se halla conves-



pecialidad el ocio honesto, apto á aliviar el espíritu, oprimido de graves pañones, conviene advertir tambien, que el nimio uso no sea ocasion de destemplan, y molifican el animo de modo, que pierda aquel ardimiento, que es propio del hombre; si solo se use para recobrar el vigor del animo, y las fuerças del cuerpo debilitadas con la fatiga, en consideracion de aquel antiguo dicho, que conviene solo gustar la miel con la punta del dedo; dar vista á Scila, ó haver gustado la copa de Circe, sin quedar transformado.

Opondrase me tal vez, que ocurriendo frequentemente en la conversacion con las mugeres por su natural penetracion y facundia, razonamientos delicados, que piden igual, ó superior estudio y cuidado, que los negocios mismos, deba con mas propiedad graduarse este trato de exercicio penoso y



184  
violento, mas bien que de ocio: A que res-  
pondo: Que no hay, ni puede haber clase al-  
guna de ocio en el que no intervenga al-  
gun exercicio de alma ò cuerpo, ò mixto  
de uno, y otro, destituido de trabajo, y de can-  
sacio. Los que despues de haber expendido  
gran parte del dia en el estudio de las letras  
y otros servicios publicos, ò secretos, emplean  
algunos ratos en la musica, ò el juego, tra-  
bajan sin duda con el discurso: los que salen  
à pasear el campo acompañados de sus ami-  
gos, exercitan el cuerpo caminando, y el  
animo conversando: los antejanos, y forna-  
lexos en el dia de fiesta baylan y truncan, co-  
mo suele decirse, à la desesperada; fatigando  
el cuerpo, y sudando mas que en el trabajo  
de la anterior semana; y sin embargo estos,  
y otros exercicios de esta clase, son en la comun  
opinion reputados por ocio honesto, y virtuoso.



so, aun quando no carezcan de trabajo, y  
 camacio; por hacerse con gusto, y placer,  
 y el ocio con duplicencia, y fastidio.

De donde claramente se deduce,  
 que todo el tiempo que se  
 expende con gusto en el  
 honesto paratiempo, ob-  
 tiene con razon el  
 nombre de ocio;  
 aun quando in-  
 texvenga en al-  
 gun trabajo  
 de alma, o  
 cuerpo.



## Idea de la verdadera Urbanidad.

### Discurso tercero.

#### §. I.

Venimos ya á hablar en este tercer discurso de nuestra idea, segun el orden propuesto en el principio, del trato domestico ó de casa; reducido á los mismos capitulos que los anteriores: á saber la lengua, y las costumbres; pues aunque estas pertenecen en rigor á la Etica, y el trato domestico á la Economia, como abra aquella el camino para esta, son indispensables las costumbres, quando se trata del buen arreglo de una familia: no porque mi animo sea extenderme en el discurso al modo de gobernar bien una casa, proveerla de lo ne-



187.  
cerario, y de lo q.<sup>e</sup> concierne al manejo  
de la hacienda, á la conservacion y aumen-  
to de las facultades, si solo del modo parti-  
cular de tratar entresi los individuos de  
que por lo regular se compone una familia.  
Son estos el marido, y la muger: el padre  
y el hijo: los hermanos: el amo, y el criado;  
á cuyos quatro capitulos reducir todo el  
dicurso; pues aunque suelen intervenir otras  
personas en las casas, al fin todas se re-  
ducen á las expresadas clases.

Para que las saludables maximas que  
ofrece esta idea á los casados sean mas  
fructuosas, se hace preciso anteponer  
algunas advertencias, relativas al acier-  
to de la eleccion de esposo, con especiali-  
dad de la esposa; pues errada aquella, ja-  
mas se conseguirán la paz y amor en-  
tre los conyuges, que son la base funda-



mental de su reciproco conveniente trato:  
la guerra, y el odio sean solo el fruto mi-  
serable del infeliz maridage. Estas adverten-  
cias dirigidas á especificar las qualidades  
de que debe estar asistida la que haya de  
elegirse para esposa, deben proporcionalmen-  
te acompañar al que haya de escogerse pa-  
ra esposo; en que debere ceñirme solo á in-  
dividuar las qualidades mas principales, por  
no admitir prolijidades, en tanta variedad  
de asuntos, la concision de un discurso.

Es abuso á la verdad reprehensible, que  
hayan de observar los hombres en la elec-  
cion de muger para el matrimonio, la mis-  
ma conducta que observa en el mercado el  
comprador de un Caballo; examinando bien  
con la vista, la edad, sanidad, bella forma,  
y demas partes exteriores, que le constituyen  
excelente. No niego que del aspecto de una



muger se comprehendan algunas aparien-  
cias de bondad, ó de malicia; pero el mismo  
Dios nos dice, que no debemos hacer juicio  
segun la cara; asi debemos uisar de otros  
mas seguros, y util medio.

Seria loable, que los que meditan unir-  
se en matrimonio, se tratasen antes con chris-  
tiana franqueza, sin esconderse cosa alguna,  
que sabida despues, causase pesar, ó arrepen-  
timiento á alguna de las partes; pero lo con-  
trario es lo que se practica por lo general;  
ocultar hombres, y mugeres quanto pueden  
sus defectos de alma y cuerpo, imitando  
la conducta del Pintor Protogenes, en no  
representar á Antigono con el rostro entero,  
si solo á perfil, escondiendo la parte falta  
del ojo. Atui otro fue el proceder del Filoso-  
fo Crates, que cerciorado de que una muger  
virtuosa le queria por marido, ignorante



190

de que supiere ella que era coxcoado, y po-  
bre, sele puso delante; y quitandose de los  
hombros la alforxa, y el capote, y poniendo-  
los entierra con el palo, le protestó que aque-  
lla era su forma, y sus facultades, como lo  
podia ver: que lo pensase bien, para que no  
tuviese despues que arrepentirse; la que no  
desso por eso de aceptar el partido; afirman-  
do, que no podia desposarse con hombre mas  
hermoso, y rico que el.

Paremos ya sin mas demora, á ininuc-  
ar los medios de proceder con seguridad el  
hombre en la eleccion de muger para el ma-  
trimonio. La primera, y mas importante  
diligencia, es pedir á Dios la muger por  
medio de la oracion; porque es dho. de la sa-  
bieluxia, que las casar, y las riquezas nos las  
dan el padre, y la madre; pero la muger sa-  
bia, solo Dios.



A este cristiano oficio, debe seguir el cuidar de que la esposa sea igual en edad, y condicion; y que el matrimonio se efectue con plena, y espontanea voluntariedad; en atencion á las finestas resultas que de lo contrario suelen lloxar, con grave deshonra, y tardo arrepentimiento. No me parece á la verdad conveniente; que acompañando un marido viejo á una esposa joven, comparezca con exterior mas de padre, que de marido. Yo no dudaria llamar á esta clase de esposas, viudas de maridos vivos. Ni como puede menos, (atendida la humana suspicacia) de suministrar ocasion la barba cana del marido, y corta edad de la muger, de zelos á aquel, y de sospecha de fidelidad en esta, por mas honrada que sea?

Ni se grangea mas honor, y conveni-



cia la vieja cana, arrugada, y sin dientes, que se caia con joven de rostro lleno, liso, y desbarbado: antes juzgo, que compitaban el despecho de aquellas, con la desgracia de estas. No puede haver en fin amor, y paz entre tan distantes extremos: y así como Saturno, y Venu se hacen continuada guerra, así jóvenes, y viejos juntos, jamas se avienen. Lo mismo sucede en los matrimonios de condicion desigual; pues en tanto que está enalzando el uno todo el día su noble prosapia, arde en ira el otro, y reniega de su suerte; de que se originan contiendas interminables.

Ni está menos expuesto á graves inconvenientes contraherse sin libertad los matrimonios; lo que sucede con más frecuencia de parte de las mugeres, quando los padres, y parientes sin contar con el con-



sentimiento de la contrayente, concluyen  
tratados matrimoniales; á que las desven-  
turadas, por temor al imperio y rigidez  
de aquellos, se ven en preciuion de acceder;  
aceptando con la boca, lo que reusan con el  
corazon: de que se figuen desordenes, que  
se lloran toda la vida por los que intervie-  
nen en estas mezclas.

Debe ademas cuidar en lo posible el  
que ha de elegir esposa de informarse de  
su origen, de la buena indole, y qualidades  
de los padres, y de la educacion que la ha-  
yan dado. Los hijos, sientan otros como quie-  
ran, participan de la naturaleza de los  
padres. La aguilá no engendra palomas;  
y es imposible que nazcan malos fructos  
de una buena planta. lo bueno produce  
siempre bueno: la naturaleza no falta: in-  
tenta siempre lo mejor, transfixiendo á



194  
los hijos, por medio de la generacion, ~~crecen~~  
ocultos principios de virtud, y de excelencia.  
Aun por eso se cuida tanto de la buena raza  
en la compra de caballos, y de perros, y de las  
plantas, se eligen las mejores semillas; sa-  
biendose por experiencia, lo mucho que contri-  
buye la nobleza del origen, para lograr una  
buena sucesion. solo en la eleccion de esposa,  
desestimandose esta tan importante previa  
diligencia, se procura unicamente averigu-  
ar, si tiene mucho dinero.

No niego, que muchos hijos degeneran  
de la bondad de los padres; pero es por la fal-  
ta de buena educacion; cuyo auxilio exige  
la naturaleza, p<sup>a</sup> conservar su buena indole,  
y qualidades. Asi no solo le conviene al que  
busca esposa saber si es nacida de buenos pa-  
dres, sino tambien si esta educada con el es-  
mero que pide la virginal modestia; siendo



cierto, que muchos padres dominados de un imprudente amor acia sus hijos, especialmente si la hija es unica, no pueden sufrirle sea impedido quito alguno; concediéndoles una total libertad, y tales delicadezas, que son despues causa de notables errores; en cuyo exterminio, tiene que trabajar no poco el marido, con buen, o mal suceso.

Conviene asimismo, que la esposa que se elija no sea pobre ni rica. Basta una mediana. Es prudencia atender á las facultades de la muger para sostener las cargas del matrimonio. El que casa con muger pobre mete en casa la necesidad; y el que con rica, la ruina. Comunmente se dice, ser tres veces infeliz quien se desposa con muger pobre; y que sale la libertad, donde entra la riqueza. A poco de contrahido el matrimonio con pobre, reflexionando el enamorado



esposo & no haver trahido á casa la con-  
 soxte mas que la gentilera & la pexona, y  
 aixe bello del semblante, reconocido el yerno,  
 luego se desanamora, transformandola de es-  
 posa, en vilissima esclava: si bien es cierto, no  
 ser hoi tan frecuente este xieigo; hallando  
 por lo regular las hermosas sin dote, mas  
 bien amantes, que maridos; y reusando todo,  
 bien abiertos ya los ojos, casarse por el amor  
 de Dios, y admitir la carne sin el sabor.  
 Trahe contigo, dicere por lo regular, si quie-  
 res vivir con migo.

Ni es de menor importancia el cuida-  
 do que debe ponerse en elegir esposa, ni  
 mui fea, ni mui hermosa; y aunque lo es  
 lo bastante, la que es hermosa de alma, tra-  
 tase con todo de elegir muger, no tigre, y una  
 compania que ha de durar largo tiempo, pa-  
 ra consuelo, no fiato de por vida. Ademàs



que nuestra naturaleza aborrece las cosas  
 feas, y monstruosas; y por lo regular un  
 horrible semblante es indicio de malas costum-  
 brer; quando rara vez sucede, unixe a un  
 cuerpo deforme, una bella alma; y si a una  
 alma ridicula, un cuerpo ridiculo; como su-  
 cede en la mona. Lo cierto es, que sea lo  
 que se quiera la hermosura de una alma,  
 la nimia fealdad del cuerpo deprime siem-  
 pre la dignidad, y autoridad de la persona.  
 Aun el bien de los hijos se interesa en  
 el exterior razonable de la madre; los qua-  
 les quanto son de mejor aspecto, y mas pro-  
 proporcionados, tanto mas son amables, y aptos  
 a las empresas; honores, y dignidades: de don-  
 de nace, que el Poeta Atlantiano promete,  
 por boca de Juno, una bella ninfa en ma-  
 trimonio al Rey de los vientos, por medio de  
 la qual venga a ser padre de una bella prole.



Ni conviene sea muy hermosa la que  
 se elige para conuorte; sea procuraxie su  
 propio daño; puer dice el adagio, que la mu-  
 ger hermosa es un dulce veneno. Y con razon,  
 puer á muchos la hermosura de la muger  
 costó no menos que la vida. A la belleria  
 se junta de ordinario la soberbia; cuyo co-  
 nocimiento suele hacer á la muger inolen-  
 te, aun quando sea por otra parte sobria,  
 y casta. De la hermosura nacen de ordina-  
 rio las tentaciones, y de las tentaciones el  
 deshonor. De aqui la gran dificultad de con-  
 cordar las dos grandes enemigas hermosu-  
 ra, y honestidad; por la que hay de aregu-  
 rar aquellas cosas que son el blanco de los  
 suspiros, y deseos de todo un pueblo. Quien  
 asalta la plaza con el ingenio: quien con  
 la gentileza de la persona: unos con la elo-  
 quencia, y otros con las riquezas: y aun



quando se junte con la hermosura la honestidad, quien impedira los finietos juicios, y sospechas, que de una rara belleza se forman contra la fama del marido, y de la muger? Despo de referir las guerras, y las ruinas de paises enteros, ocasionadas por la extremada bellerza de algunas mugeres, y concludyo con decir, que ninguna cosa es en el mundo ocaion de mayores discordias, que una muger deseada de muchos hombres.

Conviene pues elegir esposa, ni fea, ni hermosa. La perfeccion del cuerpo consiste en la mediocridad: ni mui robusto, o hermoso, ni mui debil, o feo: hace lo uno a las personas audaces, y soberbias; lo otro abatidas, y pusilanimas. Asi se recomienda la forma media, propia de la muger, y se reprueba la extremada, de bellerza, o de fealdad.



200  
tormento lo uno, lo otro fastidis. Basta en  
suma en la muger aquella forma, que se con-  
forma con el juicio univexal; y donde se ha-  
ce lugar la gracia, que sirve al marido de  
estimulo para amarla, y de freno para no  
desear otras mugeres.

Omito otras oportunas advertencias por  
obvia; por no admitir mas demora la estre-  
chez de un discurso, y llamar ya nuestra con-  
sideracion el asunto principal de este razo-  
namiento, que es insinuar el modo conveni-  
ente de tratarse reciprocamente el marido,  
y la muger en el matrimonio.

El primero y principal oficio del maxi- Obligacio-  
do es amar de todo corazon á la muger: así ner del  
esta mandado por ley christiana, y se hace marido a-  
cia la muger  
en gran manera reprehensible el marido,  
que no ama lo que con tanta diligencia ha-  
brucado, y ha juzgado una vez digno de su



201  
amor; en lo que da manifiesto indicio de  
inconstancia y veleidad. Este amor es aquel  
firmísimo fundamento, q.<sup>e</sup> sostiene franco  
y seguro el matrimonio; en cuya conser-  
vacion debe poner todo su cuidado el mari-  
do; temiendo de continuo qualquier defecto  
propio, y perder por su culpa el amor y  
benevolencia de la muger; lo que conseguira  
siendo p.<sup>a</sup> ella, qual desea sea ella para él.

Si se reflexiona bien sobre este punto, se  
hallará, que los mas de los yerros de las  
mugeres no tienen otro origen, que la cul-  
pa de los maridos; quienes al paso que aban-  
donan las leyes matrimoniales, exigen de  
sus mugeres la mas cabal observancia de  
ellas. A quantos vemos, que no obstante  
haber recibido de la mano de Dios por com-  
pañera á la muger, exercen sobre ellas  
con la lengua, y las manos aquel rigor,



i imperio, que se usa con las esclavas? Que si reciben por fuera alguna ofensa, las hacen en sus casas sufrir instantamente la pena: amorosos para todos, y rigidos solo para ellas; que muchos, que vencidas del dolor, y del enojo, llamen á los diablos en su defensa! que se aproveche de la ocasion el lascivo amante para tentarlas, con esperanza de buen suceso; y que ellas facilmente se acomoden á quanto les inspira la ira, y el despecho!

¶ Mas por lo contrario, quando conoce la muger, que el marido esta todo vuelto á ella con los rayos del amor, de la fe, y de la bondad, y que le tiene por la cosa mas apreciable, la vemos entonces consumirse toda en ardiente llama de amor, ponen todo su empeño en agradarle, conformarse enteramente con su voluntad, hasta transformarse toda en el; de cuyos efectos resulta en ambos una seguri-



dad de fe, y quietud de animo, que los mantiene siempre felices, y contentos.

Conozca bien el marido qual sea, y hasta donde se estienda su imperio sobre la muger. No se persuada serle superior, como lo es el Principe á sus subditos, ó el pastor á sus ovejas; si como la alma al cuerpo, con quien está junta por una cierta benevolencia. Considere, que no fue formado el hombre de la muger, si la muger del hombre; y no ya de la cabeza, para que no la señoreare, ni de los pies, para que no la pisare, sino es del lado, proximo al corazon, para que la amase cordialmente, como asi mismo. Y asi como el sol, señor de las estrellas, no va por la Ecliptica sin la compañía de Ateneuxis, asi el marido no debe exercer el imperio que tiene sobre la muger, sin la compañía de la sabiduria.



Por tanto sea solícito en disponerla con di-  
 estro modo á cobrar amor al gobierno de la  
 casa, y ocupaciones domesticas, haciendola per-  
 der la inclinacion á las cosas vanas, que  
 la complazcan. Para conservar su honesti-  
 dad, será de gran provecho tener con ella fre-  
 cuentes coloquios virtuosos, abominando la  
 vida de las mugeres impudicas, y excitan-  
 do su aversion, sin omitir ponerle de mani-  
 fiesto quan grave pecado es el del adulterio,  
 del qual resulta perpetua ignominia al ma-  
 rido, y la muger, y cuide con especialidad  
 de proveer á sus honestos deseos, en modo, que  
 ni la necesidad, ni la superfluidad, la esti-  
 mulen al deshonor.

Y respecto de haberse escrito tanto, y tan  
 sabiamente sobre el modo de tratar el maxi-  
 do á la muger, baste decir, que para sostener  
 por su parte con igualdad el comun peso del



209  
honor, es necesario estimar á la muger co-  
mo á un precioso tesoro, cuidando que por  
su parte no se envilezca; si que se la conserve  
siempre cara, e inmaculada. Ni se derdene  
en señal de amor de comunicarle sus pensa-  
mientos; que muchos con utilidad se acon-  
sajaron de sus mugeres: y ciertamente es  
gran ventura la de aquel que, ó bien comu-  
nicando sus trabajos con la amada y fiel  
compañia de su vida, recibe de ella gratas  
respuestas, y sabios consejos, ó participando-  
le su fortuna, en el verdadero gozo de la mu-  
ger se duplica el suyo.

Si tal vez notare en ella algun defecto  
en la lengua, acciones, ó costumbres, repre-  
hendala á solas siempre con suavidad, y  
discrecion, sin enfado, ni desconfianza; mos-  
trandose zeloso de su honor, y reputacion.  
Cuide por ultimo el marido de mostrarse



206  
á la muger grato. siempre en palabras y  
acciones; por cuya causa suelen amar las  
mugeres mas á los amantes, que á los maxi-  
dos; por el estudio que hacen de abstenexse  
de cosas licenciosas, y presentarse á su da-  
ma siempre en el modo con que juzgan po-  
derlas agradar; lo que no hace el maxido,  
que tratando de continuo con la muger, no  
se abstiene á su vista de algunos actos incivi-  
les, e indecentes, por los quales, atendida su  
delicada naturaleza, no solo le aborrece, si que  
estima á los demás hombres por mas discre-  
tos, y bien criados. Guarde en su porte ho-  
nertidad y modestia, para no contrariar el  
animo casto de la muger; cuidando de agra-  
darla en quanto justamente pueda, y deba;  
con lo que podrá esperar su amor, y benevo-  
lencia, y aquella gloriosa remuneracion, que  
recivian de los antiguos los buenos maxidos



207  
en ser mas estimados, q<sup>e</sup> los buenos admi-  
nistradores de la republica.

## S. II

Obligaciones  
de la muger  
acia el marido

La misma ley divina, que manda al ma-  
rido ame a la muger, manda tambien a  
la muger no solo que ame al marido, sino  
que le este sujeta, y obediente. Asi las anti-  
guas juiciosas matronas, especialmente Sa-  
ra, daban a su marido daban a su mari-  
do el tratamiento de Señor. Pero quan al  
contrario es lo que se ve a cada paso; es-  
tar vergonzosamente sujetos los maridos  
al imperio de su mugeres; ya sea efecto  
del errado concepto en que estan algunas  
de tener a gran ventura este infinito seño-  
rio, lo que en la realidad es suma desven-  
tura, por vivir en abandono, como cuerpo  
sin cabeza, y en riesgo su estimacion al la-



208.  
do de un hombre sin capacidad, espíritu, ni  
autoridad, (como son semejantes maxidillos,)   
qualidades, que como un escudo ponen á cu-  
bierto el honor de la muger: ya procega  
en otras, aunque á tiempos obedientes á sus  
maxidos, del arte que tienen de disponer su  
animos para todo quanto quieren: por lo  
que decia Caton á los Romanos, „ nosotros  
mandamos á todos los hombres del mundo,  
y nuestras mugeres nos mandan á nosotros“;  
O ya en fin proceda de la terca y dominante  
condicion de muchas, que reusan sugetarse  
al imperio de los maxidos, oponiendose de  
continuo en un todo á su voluntad: lo que  
dio ocasion á un Rey, para decir, que eran  
verdaderamente necios los que seguian á la  
muger fugitiva.

Y aqui me ocurre ahora á la memoria  
el exemplo de aquel maxido, cuya muger



habiendole ahogado en un río, buscando-  
la afligido por la riera contra la corri-  
ente de las aguas, y diciendole que su mu-  
ger habria ido acia bajo, segun el curso del  
río: antes no respondió; porque así como en  
vida tenia la costumbre de hacer todas las  
cosas al reves, así lo habra hecho tambien en  
muerte.

No solo está obligada la muger al  
amor y fugacion al marido, sino tambien  
á guardar la fe conyugal, aun quando vea  
faltar el marido á uno y otro por su parte.  
No debe imitarlo; si suplir su defecto, ha-  
ciendo ver al mundo, que en modo alguno  
consiente á la praccion del honor del talamo.  
Hagare cuenta de llevar por sí toda la cruz;  
con que recibirá duplicado premio de Dios, y  
doble alabanza del mundo. Yaunque en la  
violacion de tanto sacramento igualmen-



210  
te provoca la ira del cielo el marido, que  
la muger, ha de escribir con todo en su co-  
razon, y no olvidarlo jamas, que donde reci-  
ve el marido por este yexo, pequeño desho-  
nor en la opinion de los hombres, pierde  
la muger su honor enteramente, y queda tan  
manchada, que ni con el arrepentimiento,  
ni con la reforma de la vida, puede recobrar  
jamas su buena fama.

Asi para conseruarse siempre casta,  
es necesario cierre los oidos á las alaguenas  
expresiones de los enemigos de su honridad,  
y abra los ojos á aquella sentencia: que la que  
se desapriva de su honor, ni es ya mas mu-  
ger, ni vive mas. Es precio tambien, que  
huya de la compania de las mugeres de ma-  
la fama, que con sus malas costumbres, y  
desonestas palabras procuran envolver en su  
extragada vida á las demas; y quisieran, que



les fuesen todas semejantes.

Ni basta á la muger ser en su conciencia casta, sino lo certifica con la prueba, removiendo de si toda sombra de vanidad, que hace siempre sospechosa la inocencia: y hay bien poca diferencia en ser una muger infame por las obras, ó por la opinion.

Ni confie tanto en su buena intencion, que crea la haya de tener Dios siempre la mano sobre la cabeza; porque permite muchas veces sea censurada la muger, para que reciba la pena de su vanidad, con la qual ha dado ocasion de escandalo. Es cierto, que querer desprender á la muger de la vanidad, que le es tan propia como al pavon ostentar la cola, es empeño arduo; pero no hay arbitrio, esto exige en rigor la integridad de su pudicicia, que quanto es mas difícil mantenerla, tanto es mas loable, y gloriosa, quando



la honestidad acompañada de la vanidad poco, o ningun honor se merece; antes le conviene el dicho del Rey Demetrio, quien oiendo hablar mal á un casado de una concubina huya, le dixo: Fen entendido, que es mas modesta mi concubina, que tu Penelope.

Abstengase pues la muger de dar mal olor con su gestos, palabras, obras, y con el ornato del cuerpo. Alege de si todo incitativo de incontinencia: sea su caracter el de una suiciosa matrona: semblante magestuoso, bajos los ojos, precias y graves las palabras, el esterior compuesto, y moderado el vestido y adorno de su persona; el mejor indicio de su honestidad: por lo que dixo un sabio, que se adorna mas, <sup>la</sup> que menos se adorna.

Aqui habiendo hecho mencion del  
ornato de la



muger no puedo menos de la mentarme  
 del ridículo intolerable abuso, que se ve oy  
 en esta parte, en cuyo vano ornato ab-  
 suelven muchas todas las facultades de los  
 maridos y consumen lastimosam<sup>te</sup>. toda  
 la dote; siendo lo mas extraño que con-  
 sientan estos, con la vanidad de sus mu-  
 geres, tan enormes gastos en estos rida-  
 les de lascivia, que mas contribuyen á la  
 ruina, que al bien parecer, y á sospechar  
 ilícitos contratos, y fraudes para sostener-  
 los. Quisiera me digieran las mugeres, si  
 tanto empeño en el vestido, y prolijo ador-  
 no de sus personas es por agradar á sus  
 maridos. A tan bella empresa, en el estan-  
 darte de la soberbia que presentan sus ca-  
 bezas, echo menos siempre un mote en  
 letras de oro: ofensa de Dios; esperan-  
 za de los amantes; ruina de los maridos.



244

Expendexian sin duda las mugeres  
menos horas en su tocadores, si entendie-  
sen bien en que consiite su reputacion, y  
su alabanza; que aun por eso no quiso  
admitir cierto Ciudadano los ricos vesti-  
dos, y otros ornatos, que presentó á su  
hija Dionisio Firans; diciendo, que con  
ellos su hija se harian mas feas. El ni-  
mio vario ornato, por lo menos obscurecen  
las mugeres lo que la naturaleza tienen  
de buenos; y suele llevar mas la atencion  
el atavio, que la persona.

Lo cierto es, que el freno dorado no me-  
jora al caballo; y yo he notado, que las  
mugeres de menor valor, y bondad de cos-  
tumbres, son las que por lo regular mas  
se esfuerzan en suplir con el ornato del  
cuerpo la falta del animo; creyendo aca-  
so les suceda lo que á la abubilla, que aun-



que acostumbrada á estar en el estiércol, fue honrada con todo sobre las otras aves en las bodas de la aguilá, por tener corona de oro en la cabeza, y matizadas las plumas con variedad de colores; sucediéndoles lo contrario; excitar con su pompa la risa, en vez de la admiración; en lugar de la buena opinión, la incontinencia; y los celos, antes que el agrado de los maxidos.

He observado tambien que las que son tan estudiosas en el ornato exterior de sus personas, son por lo comun descuidadas, y sucias en orden á las cosas de la casa; y por el contrario, he conocido á muchas, enemigas de estas pompas, diligentísimas en el gobierno de ella, y en hacerla aparecer tan adornada, y limpia, que hasta las escobas representan el aseo, y ordenado juicio de sus dueños. Es cierto; que no



se puede beber, y hilvar á un tiempo; y  
 y la que le consume todo en el cultivo de  
 si misma, es preciso, que dexse ir la casa  
 en abandono. De semejantes cuerpos  
 pomposos, e' inútiles, puede decirse con  
 razon, que vale mas la pluma, que el  
 pajaró.

Y volviendo á cobrar el hilo del razo-  
 namiento, de que me desvie por la degre-  
 sion, concluyo embien pocas palabras, dicen-  
 do que la felicidad de la muger consiste  
 en verse amada del marido; por lo que no  
 solo debe huir quanto puede ser molesta, y  
 alterar el animo del marido, sino tam-  
 bien conformarse con la voluntad, y costum-  
 bres suyas. Es necia la muger, que en la  
 tristeza del marido se alegra, y en la alegría  
 se entristece; como es malo el espejo, que



representa doloxosa la imagen de un alegre, y alegre la de un doliente. Turque de lo dulce, ó amargo, segun el juicio del marido; que la diversidad de pensamientos es entorpecimiento á la conservacion del amor. Tome exemplo de Livia, muger de Augusto, que decia haberlo señoreado con la humildad, modestia, y disminuido: con hacer todo quanto era de su agrado; y mostrar que ignoraba sus amores domesticos, que eran bien publicos; en lo que se manifestaba sabia la muger; que viendo, no ve, y oyendo, no oye.

Cuide de mostrar al marido en palabras y acciones dulces, y agradables, toda señal de aficion; porque acostumbrados algunos maridos á la amorosa urbanidad de otras mugeres, juzgan ser poco esti-



mados de las propias, si no les hacen igua-  
 les, y aun mayores caricias, que les hacen  
 aquellas; continuando siempre en las mis-  
 mas señales de amor, y benevolencia, para  
 obviar en el marido alguna sospecha, no  
 sin daño propio. solicitada de alguno, jamas  
 de parte al marido, por los malos efectos  
 que pueden seguirse. Tal vez sospechará;  
 que ocultando un amor, manifiesta otros: de  
 aqui enemistades, y escandalos. Sepa el ma-  
 rido por boca de otro la repulsa dada al  
 amante; no predique su propia honestidad;  
 en cuyo caso, quedará el marido mas sa-  
 tisfecho de su fidelidad.

El modo mas seguro es, que componga  
 su exterior en modo, que nadie se atreva  
 á tentarla; porque las fortalezas, que se  
 reducen á parlamento, están proximas á  
 rendirse; y en caso de ser tentada, responda



lo que ciexta valerosa matrona: „ Quando era soltera, estaba bajo el dominio de mis padres; ahora de mi marido; hablad con el, y ved, que quiere que haga. Ausente el marido imaginele presente; y vea este en su regreso, que ha estado empleada con utilidad en casa; con lo que se grangeará mas su amor, y benevolencia.

Y porque hai maridos tan irregulares, ó tan bestiales, que con nada se contentan de quanto bueno hace la mujer, antes si que la ponen á cada paso en riesgo de dar desesperada su alma al diablo: haga recuerdo la mujer de la fugacion, y obediencia al marido, que le está mandada: á imitacion de los medicos deberá ingeniarse á curar con medicinas contrarias sus defectos; con cuyo arbitrio muchas fabias mugeres triunfaron del genio, y vicios



de sus maridos; reduciendolos de leones bravos, á dociles, y mansas ovejas. Si es aspero y dominante conviene vencerlo con la humildad: si el grita, ella calle; que la respuesta de la muger sabia, es el silencio: espere á hablarle, y discretamente reconvenirle quando este tranquilo. Si en algun asunto lo viere obstinado, ceda ella; y no imite á la otra cuyo marido habiendo traído á casa para cencar unos toros, al oirle nombrar toros, no son, dixo ella, sino merlos; y replicando el, que eran toros, y ella que merlos, excitado de la ira el marido, le dió una bofetada. Ni por eso desistió al presentar en la mesa los toros de llamarlos merlos; por lo que le duplicó los golpes. Pasada la semana recordándole sus merlos, y que por ellos le habia castigado, respondiendo el marido, que toros, ella, que merlos, fue preciso celebrar la octa-



va con refrescar las puñadas; por lo que  
 sus pretendidos merlos no debieron hacerle  
 el mejor provecho. O! como es verdadero aquel  
 dicho: Que es menor mal habitar en un dexer-  
 to, que con muger litigiosa.

Entienda la muger, que ninguna cosa  
 es mas poderosa para encender el amor del  
 marido, como ocuparse toda en el servicio y  
 gobierno de su casa. No solo se alegra el ma-  
 rido en conocer el valor, y utilidad de la mu-  
 ger, sino que forma tambien la mejor y mas  
 segura opinion de su honestidad, viendola aten-  
 ta toda á complacerle, y al beneficio de su ca-  
 sa: lo que no hacen las mugeres vanas, cuya  
 costumbre es vivir ociosas, sin cuidar del ma-  
 rido, de los hijos, y de las cosas domesticas, con  
 lo que dan indicio manifesto de estar solo  
 dentro de casa con el cuerpo, y fuera con el  
 animo; de que se sigue verguenza, y daño.



Es tambien medio el mas eficaz no solo para conseruarse el amor del marido, si p.<sup>a</sup> constituirle en obligacion eterna, auxiliarle en los trabajos: en ellos se conoce el verdadero amigo; lo que no hacen algunas, que gustan solo de participar de las alegrías del marido, no de las aflicciones: desatendiendole del exemplo de la hermosa, y sabia muger de Mitridates, la qual por amor de el, cortandose el Cabello, y acostumbRANDOSE á cabalgar, y llevar armas como hombre, le acompaña siempre en todos sus peligros; cuya fidelidad, y tolerancia fue á Mitridates de grandisimo consuelo en sus fortunas, y exemplo al mundo, de que no hay cosa tan grave, que no puedan soportar los dos corazones de marido, y muger reciprocamente encadenados. Asi, si se halla el marido enfermo de animo, ó de cuerpo, ó en qualquier otro trabajo, este pron-



ta la muger á consolarlo y servirlo, con lo que se suscitará en el una ardiente llama de amor. Tenga presente siempre el precepto del Apostol: Que amen las mugeres á sus maridos, é hijos, que sean prudentes, castos, sobrios, benignos y solícitos en el gobierno de la casa.

Y pues me he entendido mas de lo que pensaba en un particular, sobre que se ha escrito tan difusamente por hombres grandes, si bien en tiempos diversos, y costumbres, baste prevenir al marido, y á la muger, se amen mutuamente con afecto sincero, se rian con un mismo espíritu, y voluntad, estimen comunes todas las cosas, no teniendo alguna propia, aun la misma persona: y que depuesta la soberbia, procuren con animo alegre á competencia la conservacion y aumento de la casa; de que resultará aquella



admirable armonia de dileccion y concordia,  
grata á Dios, que los conducirá dichosamente  
á la vegez, estimulará á sus hijos y criados  
á seguir sus virtudes, é imitarlas, y á otras  
cosas á imitar el exemplo de tan suave, y  
feliz concordia.

### S. III.

A cada paso se me presenta entre padres, é hijos una mui notable desemejanza en las costumbres; y en este respecto á aquellos, contra toda su expectacion, una absoluta contraxiedad de voluntades, poco amor, y respeto, y sobre el trato que se da muchos cul-  
pase por lo general á los hijos de este fa-  
tal desorden; quienes christianam<sup>te</sup>. instrui-  
dos y diligentemente custodiados por sus pa-  
dres, ó por la autoridad de Maestros sabios  
y virtuosos, desviandose con su vicioso proceder

Obligaciones  
de los padres  
acia sus hijos.



de tan loable empeño, se muestran fruto indigno de una noble planta.

Pero yo inuitire siempre en atribuir por lo comun este defecto á la negligencia de los padres, que ó no han dado las costumbres á sus hijos, ó lo han diferido hasta la tarde de la edad, (contrahido ya el mal habito difícil de levantarlo) debiendo haber sido al amanecer, casi con la leche de la nodriza, en cuya sazón en los animos tiernos, como en la cera blanda, se hacen con mas facilidad las impresiones.

Como quiera, siempre será para mi verdadera aquella sentencia; que pocos hijos son semejantes á los padres: peores muchos; y rarísimos mejores. Asignar las causas por mayor de esta desigualdad, será la materia del presente razonamiento: lo que hará bien claro ver el modo conveniente de exercer la



paternal suxidiccion, sin exceder indiscre-  
tamente los justos limites, ni dar ocasion de  
que sea á los hijos para substraheirse de la  
paterna obediencia, y del debido amor, y res-  
peto.

La 1.<sup>a</sup> causa de esta desigualdad de hijos  
á padres, y exito contrario á sus esperanzas,  
está en el primer nutrimento de los niños:  
en la leche de las nodrizas, á quienes se con-  
fian; de tan poderoso influjo en las costum-  
bres, que los hace salir mas semejantes á las  
amas, que á sus propias madres.

Del prodigioso efecto de la leche en las  
costumbres han hablado los Físicos, en espe-  
cial Galeno, con tanta solidez y energia,  
que no dejan lugar á la duda, lo confir-  
man con mil exemplos las historias, y lo  
demuestra á cada paso la experiencia. Has-  
ta en los animales se advierte claramen-



te esta desemejanza, haciendo la lana mas aspera, y torca el cordero, que se cria con la leche de la cabra; y mas suave y mas suave, y fino el pelo el cabritillo, q.<sup>e</sup> se alimentó con la de la oveja: prueba clara de participar de la leche, con el temperamento las costumbres, que son (salvo el albedio) como consecuencia de sus inclinaciones. Asi poner en ama los niños, sin urgente necesidad, es á mi entender una perversion de la naturaleza.

Quán reprehensibles son aquellas madres, que zelosas de la apariençia, ó de la vanidad, dando á criar sus hijos, quieren alterar su naturaleza antes que deslucir algun tanto su exterior forma: de que resulta, que habituandose los niños al afecto, y costumbres de las amas, se desvian del debido amor, y reverencia á sus propias ma-



dres; lo que comprueba el exemplo de  
 aquel bastardo de ilustre familia, que  
 volviendo de la guerra cargado de despo-  
 jos de sus enemigos, y presentandose la  
 madre, y la nodriza, dió á aquella un ani-  
 llo de plata, y á esta un precioso collar  
 de oro; de que doliendose la madre, diere-  
 ta y oportunamente le respondió en esta sub-  
 tancia: Sin razon madre os queisais: Vos no  
 me llevasteis mas de nueve meses en el vi-  
 entre; esta por espacio de dos años hame su-  
 tentado con sus propios pechos: lo que ten-  
 go de vos es solo el cuerpo, dado con modo  
 poco honesto: lo que de esta he recibido, ha  
 dimanado de animo sincero, y puro: á penas  
 yo nací me separasteis de vuestra compa-  
 ñia, y me privasteis de vuestra vista; esta  
 así abandonado, saliendome al encuentro,  
 me acogió graciosamente entre sus brazos



constituyendome su cuidado, y direccion en la feliz situacion en que me ves; cuyas razones, con otras, que omito, cerraron la boca á la avergonzada madre, y acrecentaron el amor á la querida nodriza.

Bien al contrario fue el proceder de la muger de Caton, que alimentaba á sus hijos con su propia leche, y aun se desaba alguna vez enfugar los pechos de ~~los~~ niños de sus criados, para inclinarlos al amor. Mas ya que no quieren las mugeres enteramente ser madres de sus hijos, debieran por lo menos ser diligentes en la eleccion de amas, y en el conocimiento de sus costumbres; pero al primer abuso de confiar la vida de los niños á mugeres estranas, sigue como consecuencia el segundo de no pensar en quales sean.

La 2.<sup>a</sup> causa del mal hizo de lo shi-



235

los entienda en la negligencia de los padres en investigar su nativa inclinacion, para darles el conveniente destino; á cuyo fin, no basta la naturaleza, sin el concurso de la fortuna. ¿Que importa sea el grano bueno y fructuoso por naturaleza, sino se coloca en apropiado terreno? Jamas producirá el deseado fruto, hecho estéril por la fortuna, ó razón contraria á su fecundidad. A este modo el hijo; si nacido para las letras se destina á ceñir la espada, ó otra qualquiera profesion distinta de la que su espíritu le llama, vendrá seguramente á ser inútil, ó de muy poco valor.

Es necesario pues, que los padres zelosos del bien propio, y de sus hijos, lo sean igualmente en inquirir por una u otra señal el natural instinto de los hijos; que se comprende de los primeros años; como del



amanecer se conoce el día; destinándolos  
 á las letras, ó á las armas, á la agricul-  
 tura, ó al comercio, ó á aquel exercicio, á  
 que su naturaleza los inclina; pues no pue-  
 de tener buen fin, empresa mal comenzada.  
 Consideracion importantissima pero mal en-  
 tendida de algunos padres, que atendiendo  
 solo á su particular satisfaccion, dan esta-  
 do á sus hijos, ó destino contrario á su vo-  
 luntad, é inclinacion, en detrimento de la  
 casa, y aun en perjuicio de la Religion y  
 del Estado.

Ni basta conocer los padres á donde  
 se incline el natural de los hijos, sino cuidar  
 de proporcionarles todos los medios aptos  
 á conducirlos felizmente al fin. Faltan en  
 esta parte muchos padres: unos porque el  
 excesivo amor á sus hijos no los conviene  
 separarlos de su lado, para embiarlos á



232  
las Universidades, ó Colegios, desandolos engro-  
sar el entendimiento en el ocio y las delicias,  
incapaces de discernir en adelante la cevada  
de la avena; y sin otro juicio, que el del asno  
de la fabula, que estimaba por mejor el canto  
del cuco, que el del ruiseñor.

Faltan otros, por no querer se rompan  
sus hijos la cabeza en las letras, nimiamente  
confiados en sus riquezas; no conociendo la  
diferencia que hay entre el sabio, y el idiota;  
este en comparacion de aquel mas que muerto;  
avergonzandose aun de que sus hijos sepan leer,  
con no poca verguenza, y confusion á veces  
de estos ricos de hacienda, y pobres de ciencia;  
teniendo que servirse de agena mano, aun  
para escribir una carta, manifestando su  
secreto, y su ignorancia: como sucedió á aq.  
rico idiota, quien despues de escrita una car-  
ta en el oficio de un Abogado por un parlan-



te, preguntado del nombre del fujeto para poner el sobre, respondió, que no era necesario poner otra cosa, que á hu compadre en Madrid: y replicándole el amanuense ser preciso especificar el nombre para hallar á hu Compadre: no, insistió él, no importa: basta decir á mi Compadre, porque todos le conocen.

A estos ricos sin letras, ó cuerpos sin almas, con razon los llamó Diógenes ovejas con lana de oro. Debieran contentir sus padres, no solo que se rompiesen las cabezas, sino que muriesen como el caballo en la batalla, antes que dejarlos vivir como el cerdo en el fango; y considerax que vale mas para vivir felizmente lo poco que nos dá la virtud, que lo mucho que nos dispensa la fortuna; que aun para conservarlo como caduco y perece-



dero es indispensable la inmortal sabiduría, y aun mas en el rico que en el pobre, por la mayor variedad de asuntos á que tiene que atender su cuidado; por lo que si el pobre es estimulado á los estudios por la penuria, el rico debe serlo con mayor razón por la abundancia.

Cuiden pues los padres, aunque ricos, de aplicar sus hijos á las letras, conducentes al buen uso de las riquezas, y á evitar aquella soberbia, é inchazón, que es origen de tantos males y discordias: tambien de que sean mas virtuosos, que ricos; siendo la virtud la verdadera estable riqueza, que una vez adquirida, no se pierde, y que uniéndose la nave puede salvarse juntamente con el dueño.

A los que el nimio amor á sus hijos no les permite separlos de su lado, les incum-



be, no teniendo suficiencia para instruirlos ó paciencia, ó tiempo por sus ocupaciones, designarles maestros, no menos virtuosos, que doctos, que con las lecciones humanas, les mezclen consejos, y documentos católicos, imprimiendo en sus tiernos corazones un espíritu religioso, que dudará en tanto que la vida; pues se comienza siempre la memoria de lo que se aprendió en la edad primera; y el joven, como dice el sabio, aunque llegue á la vejez, nunca se desvia de aquel primer camino en que se le puso.

Pero la elección de maestros requiere mucho pulso, por la gran dificultad de hallarlos, que á la doctrina acompañen bondad, y candor de costumbres. De ciencia y virtud hay en el mundo apaxiencia mucha, realidad poca: y hay maestros tan dia-



bolicos, que hacen beber á los simples, y exedu-  
los niños el veneno de la falsa doctrina, mez-  
clado en sus artificiosas, y mal entendidas  
lecciones.

En vano con todo se pondrán maes-  
tros á los niños, que los instruyan sino cui-  
dan los padres con sus buenos exemplos sean  
sus hijos quales desean. Si les presentan su  
espejo manchado; si les dan mal exemplo  
con sus palabras y obras, malograrán sin  
duda los maestros su trabajo, siguiendo si-  
empre los hijos por natural instinto mas  
bien las pisadas del padre, que del maestro.  
Ni basta en este caso el arbitrio de las ad-  
vertencias, y reconvenciones de los padres  
para formar la buena conducta de los hi-  
jos; se requiere la conformidad de las obras  
con las palabras. No atiende el hijo á lo  
que el padre le dice, sino á lo que hace; al



modo del cangreso de la fabula, que diciendole la madre ser irregular e indecente andar xetrogrado, respondió: Camina, que yo te seguire.

Por tanto, quien desea limar, y santificar á su hijo, limere, y santifiquese primero á si propio; y con el exemplo de la devocion, de la caridad, de la justicia, de la verdad y de las otras virtudes hagalo devoto, caritativo, justo, verace, y completamente virtuoso. No puede usar de mas aguda espuela el hombre, que desea hagan otros alguna cosa, que ser él el primero á hacerla. Quando el padre se hubiere santificado á si mismo, podrá entonces con satisfaccion amonestar y reprehender animosamente á sus hijos; como lo hizo Dionisio, que habiendo sorprendido á su hijo en cierta accion fea, le preguntó: ¿Mas me visto sa-



mas hacer tal cosa? Y respondiendole; Tampoco tuviereis padre Rey; ni tu le repuso, tendrais hijo Rey; como sucedio de hecho, pue arrojado por su crueldad del trono, errante por su Reyno, estrechado de la hambre, vino al fin a parar en enseñar a los niños.

Procure el Padre de vivir bien por el beneficio que resulta a sus hijos, y a si propio: a sus hijos, que admirando aquella virtud que resplandece en sus acciones, sienten conmoverse sus animos al deseo de imitarlos: asi propio; con la complacencia de verse en medio de su familia con silencio y puntualidad obedecido, y cordialmente amado y reverenciado. De otro modo no espere el padre que da al hijo mal exemplo, sino que con el tiempo lo aborrezca, lo desprecie, y abomine; como a qualquier otro que ha mal vivido; viniendo por ultima, abandonado de su amor,



y de su auxilio, á morir descomolado

A la expresada causa del mal éxito de los hijos, puede agregarse otra no menos poderosa, y es ser el padre mas que madre, y mas que padre. Mas que madre: excediéndola en el amor ciego á sus hijos, que ó no le desea ver sus defectos, ó si los ve, se acomoda á alabiarlos, ó excusarlos; de modo que si es audaz, é insolente el hijo, le da la interpretation de animoso: si cobarde, de modesto: si charlatán, de discreto y eloquente: y con esta adulacion de si mismo y de su propia conciencia, se lo fabrica en su idea por el joven mas completo del mundo, de cuya ceguera son poseidos por lo comun los padres, que solo tienen un hijo. No menos empeño se toman en excusarlos de sus hierros. Si el hijo está en la edad de cinco ó seis años, se excusan de reprenderles ó castigarles, con decir, que no es



aun tiempo de reconocer sus defectos; si en la edad septenaria, reusan la reprehension por temor de que la alteracion de los espíritus se les encienda la sangre, y sobrevenga una fiebre; ni les parece bien el conturbarlos con el castigo aun a los diez años, alegando, que puede envilecer, y extinguir en su animo el generoso instinto; y aun quando por sus perversas insupportables costumbres se haya hecho odioso en todo el barrio, no desisten todavía de escuvarlo con la falta de juicio, y de extirpar en animo de embiarlo pronto al estudio, donde aprenderá ciencia y crianza. ¿Que resta esperar? Que ascendiendo a los años de la horca, acusen ante el pueblo al padre y a la madre, y los maldiga juramente por su iniqua vergonzosa ternura, y procure si se le ponen a tiro, de arrancaxles, como al oyo, las narices y orejas con los dientes.



Los padres mas que padores son aquellos q.  
 tiranizan a los hijos, y por qualquiera  
 leve falta, como si fuesen esclavos, tienen  
 de continuo sobre si las manos. Verdadera-  
 mente tales padores son odiosos al mundo,  
 porque sin discrecion miden a sus hijos  
 con la propia medida; pidiendoles imposi-  
 bles en querer sean viejos en la juventud;  
 y es tanta la auctoridad, que se atribuyen  
 algunos padres ignorantes, que sin atender  
 a la diferencia de la edad, de los lugares, tiem-  
 pos, grados y costumbres, obligan a los hi-  
 jos a vivir bajo la fuerza, a obstar en to-  
 do contra su voluntad, y aun a venir a la  
 usanza de las buenas gentes de su tiempo.  
 ¡sinientra inteligencia! de que resulta el desa-  
 mor en los hijos, una medrosa antes que  
 amorosa obediencia, la extincion del natu-  
 ral vigor del animo, el miedo de errar en



todo, el odio de h'mimos, y á veces la desesperacion; sino inciden en tal fatal desgracia extremo de todos los males, impresionados sus animos del terror, quedan inutiles por lo menos para el trato civil, y conversacion.

De tales padres puede dudarse con razon que verdaderamente lo sean; porque sentirian á vista de la desgracia del hijo con moverse sus entrañas, como la piadosa madre al oir el terrible grito de la sentencia de Salomon; ó es necesario decir, que son mas crueles que las fieras, y las herpes, las quales tienen cuidado de sus hijos. No por eso reprobamos el rigor de los padres con los hijos inobedientes viciosos, y de malas costumbres; antes son dignos de alabanza en ejercer con ellos la conveniente justicia.

Agradamme aquellos padres juiciosos



que sin usar del castigo, con un rostro medurado, y grave se hacen obedecer, y castigan á sus hijos con sola una palabra, que vergonzosamente los haga conocer su hienxo. Acostumbre pues el padre, á que obedezca el hijo mas por voluntad, que por fuerza, y mezcle en todo caso la justicia con la piedad. Quien asi no se conduce, sepa que ignora regir sus hijos.

La desigualdad en el amor, acompañada de la injusticia, es tambien causa del mal exito de los hijos. No es un padre reprehensible por amar á uno mas que á otro, por mas obediente, ó de mejores costumbres; aun en las producciones del ingenio se estima mas una que otra, segun que se considera mas digna, pero si el padre en el goze de sus facultades, y cuistencias necesarias al sustento, al vestido, y á la como-



244

didad, siendo uno y otro su carne y sangre,  
los trata con desigualdad, fero sin duda re-  
prehensible por injusto; perdiendo el amor  
del que se ve desfavorecido; y siendo su princi-  
pal oficio procurar la paz y la concordia,  
plantará entre ellos por su parcialidad in-  
justa, una raíz de perpetua discordia.

No es de omitir otra causa, que podero-  
samente influye tambien en el mal ficio  
de los hijos; y es quando no quieren los pa-  
dres que jamas salgan estos de la infancia:  
es decir: quando por la avaricia de la vejez,  
o por la ambicion, o la avaricia, o por la ri-  
mia presuncion de si mismos, estan tan asi-  
dos a su paterno imperio, que aunque los  
hijos sean ya en edad y obras maduros, no  
quiere tengan mas comodidad, ni libertad  
en las cosas de casa de la que tenian treinta  
años antes, quando eran niños. Que extra-



245  
no, que los tales, en vez de amarlos, se due-  
lan de la muerte, de que se tarde tanto en  
sacar del mundo á tan fatuos vegetorios? Si  
fuere esto defecto de vegez, no digo que merez-  
can habitar entre los Caupios, donde á los  
septuagenarios no daban los hijos el meyor  
trato; si que son en todo viejos, y que deben  
reputarse por de menos juicio, que los niños:  
si de avaricia deben acordarse que en los  
viejos es extremamente vergonzosa. ¿Que  
cosa mas extravagante, que hurtarse de  
mayor provision, quanto es mas corto el via-  
ge que ha de hacerse? Si acumularon facul-  
tades para si, ya con bien poco les basta, si  
para los hijos, justo es, que de ellas se apro-  
vechen, como de su legitimo patrimonio, quan-  
do tienen juicio para saber usarlos: si de  
ambicion, deberian mirarse estos mezqui-  
nos en el espejo de los grandes Principes.



246  
que luego que conocieron en sus hijos apti-  
tud para el gobierno de los pueblos, les cedió-  
ron los estados, los Reynos y los imperios.

Así lo hicieron un Solonmo Rey de Egipto,  
y en estos tiempos un Carlos 5.<sup>o</sup> y un Feli-  
pe 5.<sup>o</sup>, cuyas heroicas remuncias sobre todas  
sus empresas, engrandecieron su inmortal  
gloria: si de demasiada preñencia de sí mis-  
mos, conozcan que no están vinculados los  
aciertos á las canas, como á los Cabellos de  
Sansón las fuerzas; y que saben componer-  
se muy bien con la edad temprana, la ma-  
durez, el juicio, y la prudencia.

Y aunque los loables avisos producen po-  
cosufo en los viejos, en quienes los vicios  
tienen bien largas las raíces, no dexaré  
con todo de prevenirles que sean celosos  
del bien y reputacion de sus hijos, conce-  
diéndoles discretamente alguna libertad.



para convidar y agasajar á sus amigos,  
 y honrar y obsequiar á los forasteros, y  
 enviándolos á valerse con juicio, y honesta  
 medida de la substancia de la Casa, sin dar  
 lugar á que se apodere de sus animos la  
 codicia, que hace malo al hombre, y no le  
 dexa vivir jamas tranquilamente; antes  
 deben poner su estudio en estimularlo á  
 al honor, á la liberalidad, y á la grandeza;  
 con especialidad á la inteligencia de las  
 cosas de la Casa; para que se instruya bi-  
 en de los medios de conservar y aumentar  
 su estado, y de lo que puede contribuir á  
 perder su buen nombre, y ocasionar su rui-  
 na.

De aqui se siguen tres buenos efec-  
 tos: El 1.º que viendo el hijo abstraerse  
 el padre poco á poco de la administracion  
 de la Casa, descargandola en él, recibe



gran contento, se reconoce obligado al padre, le ama, honra, y le desea larga vida: 2.º el beneficio del hijo de no necesitar en la muerte del padre, valerse valerse de ageno auxilio con riesgo de perdidas, practico ya de tiempo en el manejo de las cosas: 3.º el dulce reposo y satisfaccion que el padre goza en paz en sus ultimos años, por verse libre del trabajo y de cuidados, ver al hijo á su exemplo gobernar la casa felizmente. ¡Ventura grande es á la verdad la de un padre, ver á su lado un crecido numero de hijos bien nacidos, hechos hombres honrados y virtuosos! Con razon pueden estos llamarse luz de sus ojos, y baculo de su vejez. Quando arriva el Padre al puerto de tan alto consuelo, bien puede esperar con animo alegre la ultima hora de su vida, y llamarse feliz muriendo.



Aquí se deseaba que hiciere mencion del modo especial de tratar el padre con las hijas, diverso del que se acostumbra con los hijos. Así sería, si por mas que he querido ceñirme, no huviere estado tan difuso en este razonamiento; fuera de que sería siempre difícil salir bien del empeño, atendido el diverso modo que se observa en la educación, no solo de un país á otro, sino aun en el duxito de un solo país y de una misma Ciudad, que no es posible dar una regla determinada.

Quien quiere que no ponga la hija el pie fuera de casa, como si fuera una santa reliquia, sino una, ó dos veces al año en las fiestas mas solemnes; lo que es ocasion de hacerla inepta para el trato, y de dar mas facilmente en la red; por que no estando acostumbrada á mirar al



sol, á un pequeño rayo, deslumbrada la  
 vista, súbitamente cae de espaldas. Quien la  
 hace comparecer todos los dias acompañada  
 de la madre en las viiitas, en las fiestas, y  
 en los conuites; la qual como cera al fue-  
 go, se destruye; desaparece poco á poco de  
 su rostro la virginal modestia, y puesta de  
 continuo en perspectiva, se le envilece, y  
 menoscaba su reputacion. Algunos hacen  
 á las hijas aprender á leer y escribir, á la  
 musica, y á la danza, sin otro doméstico exer-  
 cicio; sobre lo que nos remitimos al testimonio  
 de aquellos desventurados maxidos, que por  
 tener mugeres tan doctas, va en ruina la  
 casa, y aun el honor. Quieren otros, que  
 sus hijas no salgan de la cocina, cosan, hilan,  
 y abuelvan todos los oficios de una criada;  
 si atendemos á qualquiera de ellas educa-  
 das de este modo, en su lengua, trage, y



costumbres, veremos el retrato de una Abadesa, que comparece entre las demas con aquel garbo, que representaria un satiro entre las Ninfas. ¿Quien pues en tan vario modo de educar podra establecer una ley fija? Sin embargo, todos son loables, dirigidos a su debido fin.

Es necesario que el padre mida primeramente el grado, las qualidades, y las fuerzas de las hijas. Que se proponga donde haya de colocarlas, y los medios que ha de abrazar para lograr felizmente el fin. Si la hija fuere llamada a la Religion, conviene especialmente a la madre, a quien toca este cargo, abstraerla de las cosas del mundo, y habituarla a aquella vida solitaria, donde se conserva el animo casto y simple de las Virgenes, asi para mantener su buen espiritu, como para que no le



parezca estraña y dura la transmigraci-  
on de la casa de su padre á la de Dios. Si se  
inclina al matrimonio, y piensan los pa-  
dres colocarla en parte donde se observa es-  
trechez de vida y de costumbres, deberán edu-  
carla en modo, que no tengan despues con-  
vergencia huya que reformar sus acciones,  
y restringirle la libertad; como por el con-  
trario, si hubiesen de casarla en país mas  
libre, necesitarán levantar la mano, y dexarle  
la libertad conveniente á aquella vida, á fin  
de que no sea conceptuada de ruitica, y de in-  
civil.

Si destinare el padre á la hija al servi-  
cio de alguna Princesa, procure que la im-  
truyan en las cosas que son aptas á gran-  
gearse su gracia; que cante, toque, y baile,  
con todo lo demas que adorna á las damas  
de Palacio: Muchas por algunos de estos me-



dios han sabido hacerse gratas á su  
 Amas, y lograr venturoso matrimonio sin  
 gastar sus padres un maravedi en dote. Mas  
 si el padre hubiese de casar la hija con per-  
 sona que no gusta de semejantes cantos, ni  
 bailes, será bien habilitarla para solo los  
 exercicios de la casa. El aprender á leer y  
 escribir, aunque no es del todo necesario es  
 por lo menos util; y en ningún modo re-  
 prehensible, con tal que esta habilidad se em-  
 plee honestamente. Es verdad que se les pone  
 á las hijas con enenarlas á leer y escribir  
 en ocasion de leer las novelas de Cervantes,  
 y de escribir villetes llenos de vanidad y de  
 lascivia; pero tambien se les proporciona  
 leer las santas meditaciones de Kempis,  
 y llevar las cuentas de la casa con alivio  
 del marido; siendo bien cierto, que la que  
 no sabe escribir, si no puede tratar de



amor por escrito, queriendo, lo sabe hacer de palabra.

Y pues es ya tiempo de concluir el tratado entre el padre y los hijos, y hacer lugar a otros razonamientos, prevengo por regla general, cuiden los padres sean sus hijas castas, no solo de cuerpo, sino tambien de alma; porque no es de precio la integridad de la carne, quando esta corrompido el animo; por lo que conviene infundir en el honestos y santos pensamientos, en modo que siendo en lo interior puras y castas, lo muestren exteriormente en los ojos, y en la frente: siendo cierto notarse mas un defecto en una virgen, que en una casada, como se ve mas claramente una mancha en una ropa nueva, que en una vieja.

Y para lograr con mas seguridad mantenerlas castas, sera bien substraher de su



vista, y de sus oídos todos los espectáculos  
 y razonamientos que inducen lascivia, no  
 dexandoles tiempo de discurrir con pen-  
 mientos vanos y acciosos, teniendolas de  
 continuo exercitadas en las labores y mane-  
 jo de la casa, como lo hacia Augusto con la  
 hija y nieta, teniendolas ocupadas en las la-  
 bores de lana; sin usar mas vestidos, que los  
 que trabajaban las mugeres de su Palacio:  
 Pero la mas segura guardia de las virgenes  
 es apriesurar el casarlas; y al entregar la  
 hija al marido, dara la misma instruccion,  
 que a Sara dieron sus padres al embiarla a  
 casa de su esposo Tobias: Que no faltare jamas  
 a honrar a su suegro, a amar a su ma-  
 rido, a regir su familia, gobernar su casa,  
 y portarse en modo que no tuviere de que  
 ser reprehendida.



En el anterior razonamiento hemos Obligaciones  
insinuado las causas, que por culpa de los de los hijos acia  
padres influyen en la discordancia de volun-<sup>sur padre.</sup>  
tad y costumbres de los hijos, y en la falta de  
su debido amor, obediencia, y respeto. Mas  
como realmente haya algunos, que por pro-  
pia culpa, sin intervenir alguna de parte  
de los padres, causan esta diversidad, y fal-  
tan al cumplimiento de su debida obligaci-  
on, propondremos brevemente al hijo el mo-  
do conveniente de conducirse con el padre, a  
fin de obviar en su tratamiento esta diversi-  
dad, y defectos.

Si considerase bien el hijo quan gran-  
de es el amor del padre en orden a el, se con-  
formaria gustoso con su voluntad, y le su-  
getaria reverente a su autoridad. Mas no  
es de extrañar, si siendo tibio en comenu-



rar el paterno amor, se hiciese de yelo en obedecer a los preceptos paternos. ¡Quanto exemplos podia alegar de piadosos padres, que por infortunio de los hijos, o con muerte voluntaria, u otros dolorosos sacrificios, han declarado su excesivo amor! Contemplese solamente el deconsuelo del Rey David, el qual no obstante haber muerto Absalon a Amón tambien hijo suyo, haberle hecho mil ultrages, hasta conspirar contra la vida y el Reyno; acostumbrado en otros graves casos a señorearse de sus reales afectos, quedó con todo tan vencido del dolor de su muerte, que le obligó a prorrumper entre amargo llanto en aquellas tristes voces: *Hijo mío Absalon, Absalon hijo mío; quien me concederá que yo muera por ti?*

Mas pues los hijos no fixan la consideracion en lo excesivo del amor pater-



no, dire brevemente, que entiendan ser la primera ley de la naturaleza, honrar los hijos al padre, y á la madre. Fue aun por eso los Espartanos acostumbraban á honrar á los ancianos, para habituar con la veneracion á los que nada les tocaban, á tenerla mayor con el padre, y con la madre. Esta ley observada por los paganos, deberán mas bien observarla los christianos, que la tienen de la boca del mismo Dios, dando su benediction, y prometiendo en premio larga vida, á quien reverencia al padre, y á la madre.

No haya alguno tan ingrato, que entre los infinitos beneficios recibidos del padre, olvide jamas, por lo menos aquellos tres principalisimos: á saber, el ser, el sustento, y la educacion; eficazísimo cada uno, á persuadirlo, no tener despues de Dios, mas venerable simulacro, que el padre y la madre.



Guardese de poner por algun accidente su  
 impias manos sobre alguno de ellos; pues  
 no solo por esto, sino aun por insultarlos  
 con las palabras, amenaza Dios con muerte  
 eterna. Si el padre fuese aspers con el, e' inhu-  
 mano, contrapese su crueldad con la exce-  
 lencia de los beneficios recibidos, y no dexe  
 de darle siempre la razon, imitandose a aquel  
 discreto joven, a quien diciendole, que habla-  
 ba mal de su padre; no hablaria, respondi-  
 o, si no tuviese de que hablar. Procure no in-  
 quietarle en manera alguna, ni conten-  
 der con el, si de vencerlo con la paciencia; por  
 que al fin no hallara mejor amigo, que  
 el padre; acordandose, que quien le hace  
 xenitencia, provoca la ira de Dios en mo-  
 do, que no logra paz en esta vida, ni buen  
 fin. Guide de obiar con algun mal portez,  
 que el padre le desee mal, como Edipo a sus



hijos, siendo certísimo, que son oídas de Dios las imprecaciones de los padres.

Con ninguna obra, ó servicio espere recompensar al padre; ni merecer el nombre de adulator, por la alabanza, u otra demostracion de afecto y gratitud; porque quando hiciere en servicio y honor del padre quanto puede, sera siempre menos, de lo que ser debe. Acuerdese finalmente el hijo en todo tiempo de las graues fatigas del padre, y de los dolorosos suspiros de la madre: procure su consuelo: los sirva y obedezca con prontitud y reverencia; jamas cese de honrarlos, vivos y muertos; tenga por cierto, que asi como no hay sobre la tierra imperio mas justo, que el del padre, asi no hay seruidumbre mas honesta, que la del hijo; que quien abandona al padre y á la madre, es abandonado de Dios, y el gran pecado que es entre



los hombres, la impiedad para con ellos.

Resta solo prevenir á los hijos, así varones, como hembras, que cuide cada uno segun <sup>su</sup> sexo, de guardar con especial estudio su caracter: que ni <sup>re</sup>trate el hombre en su porte á la muger, ni la muger al hombre. Es cosa á la verdad, que de dice sobre modo, ver á un joven tan blando, mole, y afeminado en su exterior, que dexa en duda si sea muger, u hombre. Nace esto en parte, del empeño de algunos padres en educar con tanto rigor, y estrechez de reglas á sus hijos, que los reducen á ser mas tímidos, que obesos, y conejos. No habituados al trato, huyen de los hombres, y se encorren, como la fiera en el bosque á la vista de los cazadores, ó precisados á presentarse delante, con especial, de algun sugeto de distincion, es con tal temor, y vergüenza, que ó muestran no tener



lengua en la boca, ó si responden, es tan ineptamente, que excitan la burla, y el menosprecio. Yaunque esta inmutacion, es por hombres juiciosos contruida en mejor sentido, como señal de buena indole, y le gran-gea tal vez benevolencia y gracia, atrae con todo, grave daño, y es temida comunmente por indigna del hombre.

Es necesario corrija el joven este vicio de la educacion. Pues no ha de hacer de Sardanapalo, desprendase de la afeminacion, y cobardia; haga frente á las cosas que engendran vileza, y cobre animosidad, y ardimiento propio de hombres: de otro modo, verificaxase en él el proverbio, de que al perro manso, parece fiero el lobo. Acostumbrese á presentarse á las personas de todas clases, chicas, y grandes; á hablar con ellas, y á hacerse agradable en sus palabras, y acciones;



263  
con lo que adquirirá maxcialidad, y fran-  
queza de animo, se grangeará el amor, y la  
benevolencia, y el apreciable concepto de hom-  
bre civil.

Hoy con especialidad es necesario este  
despejo, este aire de animosidad, y de fran-  
queza en una situacion tan licenciosa, en  
que despreciados los preceptos de Caton, y las  
reglas de Arisitoteles, se miran el respeto, la  
gravedad y la modestia (siempre loables) mas  
como propias de un Religioso, que de un Cor-  
tesano; siendo cierto que en materia de cos-  
tumbres (salvo la honestidad, y la justicia)  
es cordura acomodarse al estilo del pais, y  
de los tiempos. Parecerale sin duda al joven  
este vencimiento propio, una arduidad in-  
superable en los principios: tendrá que es-  
tar siempre sobre sus guardas, en continuo  
violento esfuerzo; pero logrará permane-



264  
ciendo constante, triunfar al fin de su dañosa preocupación, pusilanimidad, y cobardía, y no se conmoviera mas á la presencia del Rey mismo, que á la de sus iguales; sucediéndole lo que á la zorra de la fabula, que á la primera vez que vio al leon, quedó de espanto como muerta; á la segunda temió, pero no tanto; y á la tercera, acercándosele con serenidad, habló con el mui despacio.

Leyendo por casualidad, quando esto escribia, el numero 4 del periodico del Labio, discreto, y eloquente Regañon general, tuve por ocioso hacer mencion de otra causa, de no menor influxo, en la pusilanimidad de los juvenes, en las medrosas expresiones del Oda, y la Marimanta, y fabulosas narraciones, llenas de necedad y terror, con que las madres y las amas de leche introducen el miedo en el cuerpo de los parvulos, que dura despues



265  
toda la vida, como impresion hecha en la  
cera blanda de la edad primera; pues el juicio,  
solidez, y energia, con que se trata alli este  
punto, nada desea que desear. Senome á la  
verdad de complacencia, ver en nuestros dias  
un critico tan cristiano, imparcial, y bien  
intencionado; de cuyo periodico, nos promete-  
mos para la Nacion una imponderable uti-  
lidad.

Volviendo á cobrar el hilo de mi razo-  
namiento, es necesario, que los jovenes, pues  
no se van para Amazonas, observen en su  
porte diverso modo, que los jovenes; mostrando  
interior, y exteriormente aquella virginal  
mansedumbre y modestia, que es propia de su  
sexo y de su estado. Porque á la verdad, es cosa  
monstruosa, y abominable, ver á una joven re-  
presentar en su semblante, en su palabra, y  
acciones, aquella libertad y ardimiento, que



espropis del hombre, y no puede menos de cau-  
sar la misma extrañeza, que si esperando ver  
á una graciosa falderilla, que sirve al recreo,  
y la delicia, se presentare un martin.

Conviene pues á las jóvenes la modestia;  
esta es su dote; por lo que deben presentarse en  
tal aptitud, que la excelencia de esta virtud,  
muestre por defuera la intacta pureza de su  
estado. Bien pueden reunirse en una joven  
todas las bellezas, todas las gracias y virtudes;  
estarán no obstante como muestras, sin el  
explendor de la modestia: así como suelen cu-  
brirse las cosas preciosas con un cristal, pa-  
ra que mas resplandezcan, así ha de cubrir  
la doncella las otras dotes con el velo de la  
modestia, para aumentar su lucimiento, y  
llamar con mayor fuerza la atencion, pa-  
ra admirarla y amarla; antes quanto  
mas bella se conoce, virtuosa, y abundante



& gracias, tanto mas debe huix & la alta-  
 mexia y la licencia; mostrandose humilde  
 en tanta gloria.

## § V.

Obligaciones  
 de los herma-  
 nos entre si.

Si los padres usasen & aquella diligencia  
 para con los hijos, y observasen estas las reglas  
 que quedan propuestas en el anterior razona-  
 miento, bien poco tendriamos en este que dete-  
 nerlos: vivirian los hermanos entre si unidos  
 en amor y concordia, y regidos con un mis-  
 mo espiritu. Pero; donde esta este amor, y esta  
 concordia? Tan raro es entre los hermanos  
 como la Fenix; y si muy comun el odio, y la  
 discordia. Trahe su origen esta, no menos,  
 que del principio del mundo; pues de los  
 primeros hermanos Cain, y Abel, murio el  
 uno á manos del otro.

El investigar las causas de las fraterna-



las discordias, será muestra principal diligencia:  
 halladas las quales, estará pronto remedio, pa-  
 ra que se preserven de la discordia, y se conser-  
 ven en la concordia; al modo que pone el Me-  
 dico su mayor cuidado en averiguar la ocaion  
 del mal; el qual hallado, está desde luego apli-  
 cado el específico conveniente. Y es justo, y necesa-  
 rio el indagar el origen de una enfermedad, que  
 produce los sintomas mas terribles; no encen-  
 diendose en mi juicio tanto la rabia entre  
 las fieras mas crueles, quanto el enojo entre  
 los hermanos; y aun se pretende, que exce-  
 da este los terminos de la vida; alegando el  
 exemplar de Eteocle y Polinice, en cuyos cuer-  
 pos, arrojados juntos en la pira, cuentan se vió  
 el prodigio de separarse una de otra las llamas;  
 como claro indicio de no haber aun la muerte  
 pacificado los animos de los dos hermanos.  
 Lo cierto es, que no es facil apagar el fuego de



la discordia, una vez encendido en el corazon de los hermanos: como no lo es igualmente apartarlos de la concordia, teniendo bien fundado el amor desde el principio.

Dois son en mi dictamen las principales causas de la fraternal discordia: la una por culpa de los padres; la otra de los hermanos. De la discordia, que nace de culpa de los padres, traté ya en el precedente razonamiento, hablando de aquellos infuertos padres, que en el tratamiento en orden á las cosas necesarias á la vida y á la comodidad, favorecen á un hijo mas que á otro; de que resulta, fucitarse en el corazon del hijo desatendido, la envidia del bien del hermano, y la sospecha de que le ponga en desgracia del padre, y le ocasione el infuerto tratamiento, procediendo de esta raiz los perniciosos frutos del odio, la malevolencia, de las contiendas, quejas, y de los ultrages. Y



270  
pues no es de detenernos mas en esto, pae-  
mos á la otra causa, que proviene de los her-  
manos, en atender cada uno solo á su in-  
terés propio, desentendiéndose del de los de-  
mas hermanos, y del de la casa. Son todos  
miembros de un cuerpo civil, como lo son los  
ojos, pies y manos del cuerpo físico, y si seria  
mutilidad, que no se auxiliaren entre mu-  
tuamente, y procurasen el bien del cuerpo, no  
lo seria menos, el que los hermanos no se ayu-  
den reciprocamente, mirando el uno por el  
beneficio del otro, y todos juntos por el comun  
de la casa.

La ciega pasión del amor propio no deja  
al hermano amar á los otros como debiera,  
siéndoles cosa tan propia: las cosas comunes  
aun <sup>en</sup> los mas consuntos, de ordinario se me-  
nosprecian. Mientras que cada uno de los  
hermanos cuida solo de si propio, es forzoso se



diuelva el vínculo del comun amor; que  
 tire cada uno á si su parte, la estreche en  
 su corazon, no atienda á los demas, si solo  
 á si mismo; lo que ocasiona de ordinario la  
 ruina, y tal vez el deshonor de las casas:  
 y es bien claro: porque con la separacion de  
 las facultades, se debilitan las fuerzas de los  
 hermanos; y con la de los animos, se pade-  
 cen tal vez agravios, que cada uno se por-  
 si no es bastante á redimir. Asi lo demos-  
 tró con toda claridad aquel sabio padre, ha-  
 ciendo ver á sus hijos, con el hacecito de varas,  
 su invencible fuerza, en tanto que viviesen en  
 union, no menos del alma, que de cuerpo.

Conviene pues, que los hermanos ante to-  
 do se propongan el honor y utilidad comun;  
 que como miembros, que son de un mismo  
 cuerpo, cuiden unos de otros, como de si pro-  
 pios; se ayuden mutuamente con el consejo,



y con las obras; atentos siempre á la conservación, y aumento de la casa, cuyo nombre es comun á todos; persuadiendose, á que la ruina y deshonra del uno, es la ruina y deshonra del otro; que quien no cuida del bien y honor del hermano, tampoco es regular que cuide del suyo propio; y que es cosa fea y reprehensible, hallarse un hermano elevado en alto grado, inclinar la vista, y ver á otro hermano yacer en baja fortuna, y negarse á darle la mano.

Bien persuadido estaba á este fraterno amor el Africano Scipion; quien después de haver subyugado la España, vencido á Anibal, y conquistado la Africa, creyó nada haber hecho, sino veria crecer igualmente el nombre y la gloria del hermano; de que fue tan zeloso, que no solo se fatigó en



procurar fuese elegido por el pueblo Romano para la empresa de la Asia, sino que despojandose de su propria ambicion, se contentó con seguirlo en clase de Caballero particular, honrandolo en publico como Capitan general, y aconsejandole en secreto como hermano; con cuyos estímulos inflamado su espíritu, obró de modo, que mereció le comunicase su título de la Asia, con gloria suya, y beneficio de los Romanos. Este Asiático podía decir muy bien del Africano

Padre me era en honor, en amor hijo,

En los años hermano:::

Demostraciones ciertamente del mas acendrado, y fino fraternal amor, dignas de eterna memoria; para confusion de aquellos, que no solo no procuran el engrandecimiento de los hermanos, sino que se alegran de sus infortunios, y abatimientos.



Cosa es ciertamente digna de singular alabanza y admiracion, ver una bien fundada concordia entre los hermanos; los quales hayan tomado por empresa, no obrar cosa alguna por proprio interes, si por conuentimiento, honor, bien comun, y de la Casa. Mientras el vinculo de la confraternidad sea estrechado con esta fuerza, no sera capaz de disolverle, ni aun la espada, que deshizo el nudo Gordiano.

Resta proponer el modo de mantener entre los hermanos esta feliz concordia. Depende este primeramente de la prudencia y auctoridad del padre, que debe procurar tener a sus hijos unidos en amor, y acostumarlos a honrarse, y tolerarse el uno al otro. Despues, es oficio de ellos, mientras viven en comun, no solo guardarse de apropiarse cada uno de ellos cosa alguna, sino



aun de dar la mas leve sospecha de ello; por que ademas de la ofensa á Dios, y á la opinion, no hay cosa que promueva mas que esta, el enojo, y mala voluntad en los animos de los otros.

Es de su obligacion tambien guardar el orden de la naturaleza, de modo que el menor, (si la desigualdad de los grados no lo prohíbe) ceda al mayor, y le haga honor; crianza que introducida entre los amigos, debe tener con mas razon lugar entre los hermanos; no habiendo mayor amistad, que la que viene con la sangre, recomendada por la misma naturaleza. Pero es igualmente obligacion del mayor, recambiar la humildad del menor, con señales de benevolencia y amor, y usar de prudencia en excusar la menor edad, de las faltas en que incurriese para con él, haciendole conocer su yerro con dulces pala-



bras, y en tiempo oportuno, en modo que le sea grato este oficio, y en vez de enojarlo, acreciente mas su amor.

Para mantenerse esta concordia entre los hermanos, es con especialidad necesario usen de un cierto temperamento, que alesse del trato aquella familiaridad y licencia, que suele alterar los animos; y solo se mezcle en él aquel santo respeto, que los conserva unidos largamente: á lo que Ciro, vecino á la muerte exhortaba á sus hijos, (aunque no le obedecieron) á amarse, y reciprocamente honrarse. La excesiva libertad en palabras y acciones sin algun freno, hace á veces la llaga tan profunda, que no pudiendo sufrirse el dolor, obliga á explicar el resentimiento con la lengua, y tal vez con las manos; y dessa ineficaz la necesaria correccion; atribuyendose esta mas á vicio de la



naturalera, que al celo de la enmienda; lo que no sucede, quando proviene de persona discreta, y llena de respeto, que entonces la abraza el animo, persuadido, á que el afecto, ó grave rason estimula á hacerla.

Ni se entienda por respeto aquella desconfianza, que tiene en decir libremente la verdad el subdito para con el Principe, ó magistrado, y el criado para con el amo; extinguiria esta de todo el fuego de la caridad, que se desea entre los verdaderos hermanos; si solo debe entenderse por aquel grave y discreto modo, con que honramos á otros, y los invitamos tambien á que nos honren á nosotros; lo qual, sino impide aconsejar, y corregir al amigo, mucho menos al hermano.

En conclusion: asi como vulgarmente se dice que una mano lava á la otra, y



ambas la cara; así un hermano debe servir  
 á otro, y deben todos concurrir juntos al ser-  
 vicio de la casa; por cuya conservación y au-  
 mento se requiere entre ellos, una concordia  
 compuesta de amor, de inteligencia, de res-  
 peto, y de corrección.

### S. VI.

A cada paso oigo á los amos lamentarse Obligaciones  
 del desamor, y mal servicio de los criados. Atxi- del amo acia  
 buyese esto por lo general á la desemejanza el criado.  
 de vida, animos, y costumbres de unos y otros;  
 pero si se reflexiona debidamente, se hallará  
 otra causa aun mas poderosa en la servidum-  
 bre misma, que se hace mas por necesidad, que  
 por voluntad; porque conociendo el hombre ha-  
 ber nacido libre, reduciendose á la servidumbre,  
 es forzoso, que violenta su naturaleza. Constitu-  
 yese, es verdad en prision voluntaria, pero á



su panar, segun el proverbio, come siempre el pan en la xatonera: es regular aborrezca á quien lo tiene debajo de su mando, y que si le juró fidelidad con la lengua, se revele despues con el animo á su servicio.

No hablo aqui de la servidumbre en general, con inclusion de la del noble, que por muchas, y muy justas razones no necesita de mis avisos; si solo de la del humilde, atendida la nobilissima diferencia, que milita entre una, y otra. El noble en virtud de su propia disposicion, sirve al Principe por amor y voluntad, sin otro fin, que el honor, y la gloria: sirve el humilde al noble por fuerza, estrechado de la hambre, y la necesidad, con solo la mira del interes. Cíñe tambien al noble la cadena; es cierto, que por ser de oro, no liga menos, ni sujeta á menores incomodidades; pero se suaviza aquella, y se compensan estas con



280

el goze de las mayores satisfacciones. Cadena  
amada de los hombres de talento, y de juicio,  
que desean sobresalir entre sus iguales, medrar,  
ser honrados, y de provecho en el mundo.

¡ Quanto sería mi gozo, si llegase á arras-  
trar la cadena de esclavitud dichosa, respecto  
al esclarecidísimo Personage, en cuyo obse-  
quio logra hoy tan digna ocupacion la plu-  
ma! sonariame á la mas grata lisonja cada  
eslabon en ella; y tendriame por mas ventu-  
roso, que lo fueron los siervos de Salomon  
en el concepto de la Reyna de los Sabeos.

Siguiendo pues el hilo de mis razonami-  
entos, en declarar el modo conveniente de  
tratarse amos, y criados, expondrems prime-  
ro las causas de las discordias, que nacen ca-  
da dia entre ellos, y despues el modo de conci-  
liarlos. Ademas de la causa ya insinuada  
en la desemejanza de vida, y costumbres de



amo y criado, causa comun á entrambos, hay todavía otros dos; una de parte del amo, otra de parte del criado. Pertenece al uno mandar, al otro servir: uno u otro que falte en su oficio, es preciso se siga alteracion, y desorden.

Falta el amo en su oficio quando no sabe mandar: es necesario proponerle el modo: este no es otro, que el que anteponga la servidumbre al mando; es decir, que antes de mandar, aprenda á servir; así se ve, que por lo general saben bien mandar los que han sabido servir. Por falta de ellos hay tantos amos indelicados, soberbios, caprichosos, insolentes, que jamas hablan á sus criados, (como si fuesen esclavos) sino con orgullo, é imperio: ni usan sino de voces llenas de terror, de amenazas, é improperios; de que se sigue, acrecentarse en ellos el odio al amo.

Pero aun es mayor la indelicacion de



los que gritan e' infurian á los criados en presencia de los de fuera: dandose á ellos motivo á pensar no ser recibidos con buena voluntad en la casa: cuyo proceder violento, es lo que aborrecen mas los criados; y se convence de que quando buscan amo, no inquieren si sea avaro, u adolezca de otros vicios, si solo, si es de condicion pacífica, ó terrible.

i ¿que diremos de los que hablan á sus criados con las manos? Que parece haver fervido, haver sido apaleados, y que quieren vengarse en sus criados; ó, si no han fervido, que se persuaden á que no saben los criados usar de puñales; de que tenemos no pocos exemplares. Descubre el amo en este genero de tratamiento su penima naturaleza; y ofende con el castigo al Señor Supremo, á quien toca el conocimiento del proceder de su criado.

Hay tambien amos de humox tan fan-



taurico, <sup>e</sup> quieren ser obedecidos por señas, como si fueren mudos; y que los criados los entiendan por discrecion, como si fueren adivinos.

Quieren otros, que un criado en un punto haga tres ó quatro servicios; sin juicio para conocer, (como dixo un fixiente de un Monasterio,) que no se puede á un tiempo llevar la cruz, y tocar las campanas.

Hay tambien otros tan delicados, e insaciables, que si tuvieran mil criados, los ocuparian á todos, sin estar jamas contentos; por no poder hacerse cosa, que les agrade, deleitandose en mudar en cada mes de criado: practica vergonzosa, que manifiesta su poco sustumiento, y dá ocasion á que paderca su credito, relatando despues el criado despedido, á donde quiera que va, la vida del amo, que si bien con una verdad mezcla cien mentiras, no dexa con todo de ser oido; á que se



añade el fastidio de instruir, y acomodar  
 á su humor al nuevo criado: y los hay tan  
 impacientes, que pretendiendo lo imposible,  
 quieren de sus criados el servicio, antes que  
 sea mandado. Otros finalmente, y son los  
 peores de todos imputando falsamente algu-  
 na culpa á sus criados, los arrojan de casa,  
 reteniendo injustamente su sudor, y el de-  
 bido salario; que presto se halla el palo pa-  
 ra dar al perro.

Seria inmenso, si hubiera de reflexionar  
 los defectos, que se hallan por lo general en  
 los amos, que jamas sirvieron. Si bien pue-  
 de decirse, que han servido, y sirven todavia,  
 siendo siervos de sus vicios.

Pasemos á la otra causa, que nace  
 de culpa de los criados por no saber servir.  
 Entiendo que no sepan servir, no solo los  
 ineptos para la servidumbre, sino tambien



los que son aptos para ella, pero que son viciosos. Mas son tan raros los criados sin vicio, como son raros los hidropicos sin sed; y aunque sus vicios comunmente son sin numero, con todo, son sus principales ornamentos las tres propiedades de los perros; ladrar, morder y ser soberbios. Tienen la propiedad de ladrar; pues no bien piensan decir, o hacer los amos en cosa alguna, que no llegue por su boca á noticia del publico: así decia cierto criado, que tenia su cuerpo lleno de ciurcas, por donde salia quanto le entraba por sus oidos. Tienen tambien la de morder, que les es tan peculiar, que por mas beneficios, que se les hagan, no dexan de llamar ingratos á los amos, y lacerar su fama: así decia un Poeta,

La parte peor de un criado ser la lengua.



La de la soberbia nadie ignora que la tienen muy en su punto; por lo que decia tambien un Poeta, que

Fodo Palacio esta lleno  
de criados altaneros.

A estos vicios figuen en grupa la mentira, pues jamas se acomodan a decir verdad a los amos, y tal vez ni aun a los confesores; y lo que es peor la infidelidad; tan grande que no contentos con robar en el espendir el dinero del amo, arrojan fuera tambien su hacienda por las ventanas; no siendo menos infieles en el honor quando les acomoda. Concluyo con decir, que su menor vicio es digno del remo: y que tenemos tantos enemigos, como criados. Mas esta generalidad con que hablo, no obsta, a que haya amos, que sepan mandar, asi como hay criados, que saben obedecer.



Prescribamos ya el modo de acordarse amo y criado, y tratarse segun conviene, para grangearse el mutuo amor y benevolencia. Pero antes es necesario, que consideren ambos, que no hallandose hoy entera bondad y perfeccion en algun hombre, por haberse consumado ya la celebrada edad del oxo, es preciso soportar por una y otra parte algunos defectos; con tal que les avistan las mejores y mas necesarias qualidades; en cuya consideracion debera acordarse el criado, estar su voluntad sujeta a la del amo, y este principalmente saber, que no puede prometerse de sus criados, atendida su condicion, aquella fe, diligencia y afecion, que prestaria el a un Principe; y que le conviene mas cerrar los ojos a algunas faltas, que pensar en romperse inutilmente la cabeza en corregirlos.



288

Por si se deiea saber que faltas sean estas digo, que son de dos maneras: Intolerables, y tolerables. Son las intolerables las que comete el criado con palabras, u obras en ofensa del honor de Dios, del proximo, o del amo: debe por ellas expelerlos de casa, o reformarlos: de otro modo siendo cierto, que el pez comienza a podrirse por la cabeza, se expone, a que se le atribuyan los vicios del criado, o porque se los haya enmenado, o por que guste de tener criados viciosos.

Las tolerables son algunos defectos naturales de poco relieve: como ser inciviles, indiscretos, descuidados, necios, desdenosos, importunos, jactanciosos, o tener otras qualidades de este jazer. Estos deben soportarse; y aun hay amos de vida honesta, que con tal que sus criados sean fieles, se complacen en tenerlos necios, chanceros, o bu-



289  
fones para su paratiempo. De esta clase  
debió de ser aquel criado, á quien mandan-  
do su amo al salir de casa, bucase á un  
carnicero llamado David, y le comprase  
unas tripas, habiendolas este ya vendido,  
se encaminó á la Iglesia en busca del amo,  
que á la sazón oía el sermón, y diciendo el  
Predicador al tiempo de entrar en ella,  
¿ que dijo David? respondió: Que ha ven-  
dido las tripas.

Y si mas dilacion paremos á exponer  
el insinuado modo de tratar entresi amos  
y criados. Quien desea ser bien servido, ne-  
cesita este el criado asistido de tres princi-  
pales qualidades, que son amor, lealtad,  
y suficiencia; lo que conseguirá con la fa-  
cilidad, que no imagina, si se mostrase con  
el humano y amoroso: si quieres ser ama-  
do, ama, dice un sabio, á los que sustentan



y los constituirán en precuion de amarte.  
 Para lo qual conoziene, reflexione que aun-  
 que los criados sirven, son hombres; sus co-  
 habitadores, sus humildes amigos y su consi-  
 deros: con lo que echará luego de ver, ser los  
 criados enemigos las mas veces por culpa del  
 amo, que los hace.

No es decir con esto, haya de hacer el  
 amo con el criado del compañero y del her-  
 mano: á todas nuestras acciones está cons-  
 tituida su justa medida: y en excederse en  
 este punto, daría indicio del animo vil, de  
 ser indigno de mandar, y de merecer servir  
 con los criados. Mantenga pues su grado  
 que de la nimia familiaridad se origina  
 el menoscupio. Fal discrecion observe en el  
 trato con sus criados, que ni los haga sober-  
 bios, ni pusilanimos. No muestre siempre  
 austero su semblante: deponga á tiempos



la gravedad señorial: que no dar al criado alguna señal de amor, es ponerle en duda de si le será grato su servicio, y entiviar su afición. Para manifestarle su benevolencia es necesario conozca los tiempos y lugares oportunos.

Conviene, si así es lícito decirlo, que tenga dos rostros en uno solo; imitando al sol que en su giro por el cielo presenta su aspecto ya sombreado con la oposición de pañeros y nubes, y ya claro y sereno. Debido es que en público y en presencia de sus amigos use de gravedad con los criados, pero también lo es, que retirado en casa, en el aspecto y palabras muestre aquella benignidad, que le es tan grato y los inflama tanto en su amor y deseos de servirlo. Y si es alguno de aquellos nobles que sirvió á algún Principe, debiera acordarse de quanto alegría á los cortesanos



una sola palabra graciosa, una vieta alha-  
guena, ó algun otro favorecito, que les dispen-  
sa su señor.

En esta parte con especialidad he siem-  
pre enalzar hasta el cielo la bondad y ju-  
icio de nuestros augustos soberanos, afirman-  
do que ningun Principe supo jamas hacerse  
servir con mas amor y respeto, que estos seño-  
res; pues no obstante la severa magestad, que  
representan en publico, que excita en todos  
aquella tacita reverencia y amoroso temblor  
en los corazones, privadamente y fuera  
de sus altos asuntos, se muestran por extre-  
mos familiares, benignos y agradables con  
sus criados; atentos estos siempre á honrar-  
los y á executar con la puntualidad mas  
afectuosa y reverente, sus regios mandatos.

Sea pues como con dignidad pueden aca-  
riciarse los criados y adquirirse su amor.



de cuya adquisicion resulta tambien por consecuencia el beneficio de la lealtad; tan necesaria al amo por su utilidad y honor.

Con el amor y fe se requiere tambien en el criado la suficiencia. Esta es del cargo de el amo el señalarla. Diraxeme, que quier sea el amo maestro del criado, quando de ordinario reusa ferto de sus hijos. Quien que sea maestro de si mismo, aprendiendo á mandar, á que ligue luego el bien servir. No se persuada: hayan de exonerarle los criados de todo cargo: debe tomar tambien su parte: ni que regir los criados es cosa facil; en la realidad es mui dificil; y mas si fueren muchos: asi suele decirse, que donde son muchos los criados, son muchas la discordias, pocos los servicios y ningun secreto.

i En que diremos, pues, consiste el mandar bien? En dos cosas; tocante una á la



palabras, otra á las obras. En quanto á las palabras, es necesario se persuada el amo, que no hay criado tan bien practico en servir á otros, que no necesite recibir del nuevo amo nuevas leyes para saber agradarle, executar su ordenes, hacer su voluntad, y conformarse con sus costumbres. Asi es preciso irle ordenada y distintamente significando su intencion, mandandole con claridad lo que quiere que haga, haciendole con amor y paciencia perder los habitos, que no le agradan, corrigiendole con humanidad en lo que falta, hasta reformarlo á su gusto. Y yo por lo que á mi hace preferiria siempre á un criado inexperto, que jamas huviese servido, bien que auistido de talento y docilidad, á un otro practico y consumado en la servidumbre, que la hubiere exercido en muchas casas; porque á los criados de esta clase le es mas facil mu-



dar el pelo, que los malos resabios, que de ordinario se contraen en este inconstante modo de servir.

Manda bien al criado en quanto á las obras, quien con ellas y su exemplo le estimulará á imitarlo, siendo imposible sea diligente en el servicio, el criado del amo negligente. Asi se dice con xaron, que el ojo del amo engorda al caballo; y que el mejor abono de la heredad, son los pasos del amo. Por el contrario, deberá esperar diligencia en el criado, si viese al amo ocupado en estos, u otros semejantes exercicios; sigue siempre el criado en lo bueno, como en lo malo, los pasos del amo.

Manda bien igualmente, el que usa de su autoridad en modo, que con una suave insinuacion sabe hacerse mejor servir, que otros con palabras inflexibles y amenazas.



con que hacen temblar la casa, consternan  
como leones, y oprimen á sus domesticos; igno-  
rando lo que dixo un Poeta:

Que gran fuerza se encierra en dulce imperio.

Quando hubiere coneguido el amo del criado el  
amor, la fe, y la suficiencia, pondrá todo su  
cuidado en conservarlos; lo que conseguirá fa-  
cilmente, con ayudarlo en sus trabajos, visitar-  
lo en sus enfermedades, y con darle á tiempos  
algunas de las cosas, de poco coste al amo, de gran-  
de beneficio al criado, que no se reconoce obliga-  
do por lo que recibe en pacto y justa retribucion  
de sus fatigas, sino por lo que se le da de supere-  
rogacion en agradecimiento. Engañase el  
que piensa, que criado alguno noble, ó inno-  
ble sirva por solo su salario, sin otra ex-  
pectacion.

Es pues necesario remunerar al buen cria-  
do, y tenerlo junto á si como cosa rara, re-



flexionando, que en cierto modo es cosa propia; que no hay posesion mejor en esta vida que la de un buen criado; y que está escrito, ser la mitad de la alma un fiel criado. No se deidénara de oír sus razones, de aconesarse tal vez con el, y governarse por su fiel parecer, siendo cierto haber habido criados de mas provecho en las casas de lo que lo han sido los hermanos, y los hijos mismos.

Con un tal criado comunicará familiarmente; y aunque inferior, cuidará de tratarle, como el quisiere ser tratado de su mayori; del modo que le eniña el Evangelio con el exemplo del amabilisimo Centurion. Evitará de este modo el vicio de la ingratitud; como irá creciendo en fortuna, aumentará la del criado; no faltando, sobre el justo salario, a remunerar con mano liberal, segun sus fuerzas, su larga, fiel servidumbre. Sin embargo de la



instruccion que indirectamente resulta al criado de la que viene inmediatamente dada al amo, se hace preciso imponer tambien á aquel en particular algunos cargos. El primero que le impongo es, que haga recuerdo de aquel antiguo proverbio: *Obligaciones del criado acia el amo.*

Hacer la cama al perro es gran trabajo. Es decir: que así como no sabe de que lado quiera echarse el perro, mientras va girando para acomodarse, tampoco le sabe en que servicio pueda complacerse al amo en la vanidad de su quito. Por tanto siendo tan delicada su naturaleza, tendrá que emplear el criado infinito desvelo, y fatiga en servirlo, con lo que á penas logrará satisfacerlo. Pero jamás incurra en el error comun de los criados, que al modo de las escobas nuevas, que limpian bien la casa, sirven con diligencia en el principio y despues aflojan. Este no es el modo de



adquirirse gracia; que el premio no es del que comienza, sino del que persevera; y ha de pre-suponer, que está esperando el amo, que leaos de entivarse el criado, se encienda cada dia mas en su servicio.

Dispongaie ademas á conformar todos sus penamientos, y costumbres con los del amo; y á atar el asno sin contradiccion alguna donde quiere; no habiendo cosa, que desagrade mas al hombre, que hallar contraste, en quien debe obedecerle. Ni se persuada á obtener la gracia del amo con adulacion, y con fingidos modos: si vale, y le obedezca con simplicidad de corazon; que de la infidelidad de las palabras, se arguye la de las obras, de que está el amo en continua sospecha; y acuerdese, que el criado tiene mas necesidad de saber, que de hablar. Sirva fielmente; no por el poder del amo



sino por su obligacion; imitando á aquel buen criado, á quien preguntando uno: ¿Si te recibiere por mi criado, serias hombre de bien? si; le respondió, aunque no me recibiesen. Y pues para nada vale quien no es reconocido, ni hay cosa mas sensible, que recibir y no agradecer, quando conoce ciertamente el criado, que no puede conformarse con el gusto del amo, cuide de salir de su casa con buen modo, antes que estar en ella con poca, ó ninguna satisfaccion; y quando conozca que la ha logrado, dese por muy contento; diciendo en su corazón; bien aventurado el que vive á bienaventurados: huya las nuevas servidumbres; acordandose de aquel vulgar dicho: Que las piedras que van rodando, no acrecen, si solo las que perseveran inmóviles en sus canteras. Tómase fálte al amor, respeto, fe, vigilancia,



cielo, prontitud, y secreto. En una palabra:  
 ó sirva como fiexo, ó huya como ciexo.

Plata aqui la idea propuesta de verdadera urbanidad; compuesta de las principales reglas generales, y especiales del trato civil exterior, e interior; indispensable al hombre su conocimiento, y ejercicio, para hacerse en palabras y acciones, amable y grato; á cuyo fin le dirige la virtud de la urbanidad. Si no quedare cumplidamente satisfecho el argumento, habrá de suplir la voluntad por el acierto.

*Si minus perite, aut parum caute forte a me  
 aliquid dictum, scriptum ve fuerit, a quo cun-  
 q<sup>e</sup> emendari cupio. D. Hieron. super Ecclesiastem.*



B 11754

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200039585

Ayuntamiento de Madrid











The image shows a full-page view of marbled paper, likely from an old book. The pattern is a complex, organic swirl of colors including deep green, earthy brown, dusty rose, and navy blue, all set against a light cream background. The colors are distributed in large, irregular, cell-like shapes separated by thin, dark veins. The texture of the paper appears slightly aged and uneven.

Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid



